Selección RNR

ANA I. MARTÍN

La hija del ANTICUARIO

Suspense Romántico

La hija del anticuario

Ana I. Martín

1

La oficina estaba en una calle próxima a la tienda, por eso dio un rodeo y llegó unos minutos tarde frente a la placa de latón que leyó antes de llamar: «J. Castillo y M. Ramírez, abogados». No tenía idea de cuál de los dos lo recibiría, y pensaba en ello cuando sintió al otro lado los pasos contundentes y seguros de unos tacones que se acercaron al pulsar el timbre. Una mujer con el rostro muy maquillado pero vestida con sobriedad le lanzó una rápida ojeada y, antes de que pronunciase una sola palabra, le preguntó:

—¿Es usted Pablo Álvarez?

Afirmó con un movimiento de cabeza y ella le hizo un gesto con la mano para que la siguiera, haciendo sonar de nuevo los tacones sobre la tarima de madera.

—Enseguida viene el señor Ramírez —dijo deteniéndose ante una puerta que terminó de abrir para invitarlo a pasar.

No había nada que le llamase la atención en aquel despacho. Era un lugar anodino que olía un poco a tabaco, con una estantería repleta de libros voluminosos, carpetas y archivadores, y diplomas enmarcados ocupando la pared contraria. Entonces dirigió la vista a la mesa; aún humeaba la colilla medio apagada de un cigarro en el cenicero de cristal, al lado del anuario de anillas abierto por el 4 de abril de 1988. Había algo escrito, quizá el recordatorio de su cita, y empezaba a inclinarse para leerlo cuando la puerta golpeó y se cerró a su espalda. Se enderezó de inmediato y se volvió hacia el abogado que entraba con unos papeles enrollados en una mano y le tendía la otra para chocársela en un gesto rápido y vigoroso.

Era más bajo que Pablo; algunas canas poblaban su pelo oscuro, y sus facciones casi geométricas con el ceño marcado le conferían un aspecto sobrio que entonaba con su profesión, al igual que la voz grave y algo ronca típica de los fumadores cuando dijo que tomara

asiento a la vez que lo hacía él, dejándose caer en el butacón de cuero. Puso los papeles que llevaba sobre la mesa y estos se desenrollaron y volvieron a su estado original, mientras se colocaba las gafas como si fuera a echarles un vistazo. Pero no lo hizo, se limitó a observarlo por encima de ellas, y Pablo no tuvo más remedio que dejarse inspeccionar, sin saber si aún tendría los párpados hinchados por haber dormido mal esa noche. También se sentía raro por estar bien afeitado un día de diario y haberse peinado a conciencia para que no le cayese ningún mechón hacia la frente. Sin embargo, lo que más lo incomodaba era la americana de su padre: le tiraba de los hombros, y procuraba no hacer ningún movimiento brusco por temor a romper las costuras.

—Parece nervioso —dijo Ramírez.

—No… bueno sí, un poco. —Y la voz le tembló sin poderlo evitar.

—Tranquilícese, no creo que la cosa pase a mayores —repuso esbozando una mueca de sonrisa que apenas cambió la forma de sus labios.

Pero, a él, que lo tratase de usted le produjo una sensación desagradable. Nunca había hablado con un abogado y aquel daba la impresión de ser demasiado serio y distante, como si en realidad le fuera indiferente si vivía o moría. Ni dejó de preocuparle cuando se ajustó las gafas y dedicó unos segundos a repasar aquellas hojas.

Minutos después, volvió a levantar la vista para decir:

—Aunque podría complicarse.

Pablo tardó unos segundos en digerir el significado de esas palabras.

—¿Qué quiere decir con eso de complicarse?

El abogado se echó hacia adelante, apoyado los antebrazos sobre la mesa.

—Conozco a la familia Esquivel desde hace años. Mi relación con ellos es más personal que profesional, por eso tengo interés en que este feo asunto se solucione. Sin embargo… —Se quedó unos segundos en silencio antes de añadir—: no sé si va a ser posible, puede que al final acabe enredándose más de lo que nos gustaría.

—Pero…

—Espere, no se inquiete y déjeme terminar.

A Pablo le costaba estar tranquilo, incluso mantenerse sentado, y Ramírez continuó.

—Como le he dicho, la relación personal que me une a la familia ha hecho que acceda a ser el intermediario, pues Celia, quiero decir, la señora Esquivel, no desea hablar directamente con usted. Así,

para asesorarla y de paso intentar solucionar el problema sin complicaciones legales, necesito saber todo lo sucedido. Por eso está aquí, aunque tiene todo el derecho a marcharse y no decir nada.

Hizo una pausa, quizá esperando algún comentario por su parte, pero él seguía mudo, expectante y paralizado ante lo que acababa de escuchar, y el abogado prosiguió.

—Mi papel se limitará a recoger información, evaluaré los hechos que me cuente y se los trasladaré a ella; entonces estará lo que se dice en sus manos. —Aquello pareció divertirlo porque alzó un poco más las comisuras de los labios—. Si la señora Esquivel le cree, pues estupendo y fin de la historia. En caso contrario, pondrá la pertinente denuncia y presentará cargos contra usted.

—¿Denuncia y cargos contra mí? —Se levantó como impulsado por un resorte.

—Siéntese —lo apaciguó Ramírez sin inmutarse ante su reacción.

Lo hizo lentamente; tampoco veía que tuviese otra opción.

—Debe entender que hay cosas que no están claras —continuó—, que las dudas sobre usted son razonables, y que según tengo entendido el único que podría respaldarle es don Saturnino; desgraciadamente no podemos contar con su testimonio, al menos por ahora.

—Él me dijo que iba a explicárselo a…

—Lo siento —le cortó—, eso no sirve. Además, la señora Esquivel me ha dicho que le pidió que la informara si ocurría algo con su padre o si actuaba de forma extraña, cosa que no hizo. Por eso no tiene que sorprenderle que ahora esté contra usted, y si atestigua que su padre tenía mermadas sus facultades metales después de la enfermedad que padeció…

—¡Las facultades mentales de don Saturnino eran tan buenas o mejores que las de usted y las mías juntas! —exclamó sin poder contenerse.

Ramírez arqueó las cejas.

—Las opiniones son irrelevantes —dijo serio—. Si ha visto alguna vez una película de juicios sabrá que lo único que cuenta son los hechos probados.

Pablo sintió que algo le aplastaba contra el asiento, incluso ese último comentario le pareció una burla fuera de lugar. Y pensó en el viejo profesor. Por él estaba metido en aquel embrollo que escapaba a su comprensión, y lo odió por no haber previsto que con sus misterios podía acabar dejándolo en la estacada, sin nada a lo que agarrarse para defender su inocencia. Aun así, sacó fuerzas para

decir lo que pensaba.

—Lo que cree que me he llevado solo está en su imaginación, quizá sea a ella a la que le flojea la mente.

El abogado apretó el ceño en un gesto de incomodidad.

—Le aconsejo que no hable así de Celia Esquivel, en nada la favorece y no voy a consentírselo porque, vuelvo a insistir, es su opinión, o dicho de otra forma para que lo entienda, sería su palabra contra la suya. Tenga en cuenta que la policía y el juez opinarían lo mismo, que sería incomprensible que, sabiendo don Saturnino que podía sufrir otro ataque, no le dijese la combinación de la caja fuerte a su propia hija y sí a usted, casi un desconocido.

Pablo se recostó contra la butaca. Maldecía para sí el momento en el que se le había ocurrido mentar aquello a Celia Esquivel cuando había ingresado su padre en el hospital.

—Yo tampoco la sabía, fue justo antes de marcharnos y porque no le quedó más remedio —se apresuró a explicar—. La señora Celia sabe de sobra por qué no lo hizo, se lo escuché a don Saturnino cuando se lo pidió. Le dijo que no había nada que le incumbiera, y cuando ella discutió argumentando lo mismo que usted, que debía saberla por si le ocurría algo, él le contestó que entonces contratase a un ladrón experto en cajas fuertes o que pusiera una carga de dinamita para reventarla.

Ramírez se tapó la boca para no mostrar que sonreía.

—Muy propio —murmuró, pero volvió a ponerse serio para preguntarle—: ¿Por qué ha dicho que no le quedó más remedio?

—Porque apenas podía mover los dedos, y yo antes de hacerlo le pregunté si quería que lo supiese su hija. Don Saturnino se cabreó conmigo, me saltó con que si lo hacía ya podía irme a mi casa y no volver más. Siempre me amenazaba con el despido y yo no quería perder el empleo, así que la abrí —tragó saliva para continuar—. Quizá debí ser más espabilado e intentar enterarme para decírselo a ella, pero no lo hice porque en el fondo me daba igual si tenía millones o ratas muertas. Solo vi que se guardó el sobre que le había llevado el mensajero en el bolsillo del abrigo y no me fijé en ningún momento si cerró la caja o quedó abierta porque salí a llevar su equipaje al pasillo.

Por unos minutos solo se escuchaba el ruido lejano del tráfico, hasta que el asiento del abogado crujió ligeramente. Se recostaba en él y le miraba como si acabase de llegar.

—Cuénteme desde el principio… todo lo que recuerde.

Pablo sintió su mirada y estuvo a punto de hundir la cabeza entre las manos. Y lo habría hecho si hubiese estado solo porque se

sentía de pronto hastiado. Sin embargo, de aquel hombre dependía que la hija de don Saturnino lo hundiera en el fango o no lo hiciera. O lo que era lo mismo, tener que enfrentarse a una denuncia, quizá a un juicio, y no tenía dinero para asumirlo. Por eso se enderezó, dejó los brazos apoyados sobre los de la butaca y empezó a contar la historia desde el instante en que había llegado a la casa del catedrático, hacía algo más de cuatro meses, concretamente el 24 de noviembre de 1987.

2

Lo primero que supo de don Saturnino Esquivel fue que estaba jubilado y tenía ochenta y tres años. Su amigo Óscar, que trabajaba en la secretaría de la Universidad Autónoma, le había conseguido la entrevista con el catedrático que no quería a nadie relacionado con el departamento de Historia. Al parecer era un tipo excéntrico, de fuerte carácter, al que no le gustaban las intromisiones ni dar cuentas de sus actos. Óscar le explicó también que su trabajo consistiría en ser una especie de secretario y chófer pues, a pesar de su avanzada edad, seguía ejerciendo su profesión. Era un experto en los Vetones, unos pueblos prerromanos de origen celta de los que Pablo no había oído hablar en su vida. La Historia antigua no le atraía especialmente; él se había licenciado en Física y estaba haciendo la tesis para optar a una beca de investigación. Pero necesitaba el trabajo, ganar algo de dinero pues, tras la muerte de su padre hacía catorce meses y los problemas de su hermano, la economía familiar se había complicado bastante. Sus empleos anteriores, de reponedor en un supermercado y vendiendo suscripciones del Círculo de Lectores puerta a puerta, no le daban para ganar lo suficiente y lo que era aún peor, no podía dedicarle tiempo a la tesis después de haberla compaginado con el servicio militar. Por eso le gustó aquel trabajo: sería por las mañanas, estaba bien pagado y dispondría de las tardes libres.

Se presentó cinco minutos antes de la hora fijada y le abrió la puerta una mujer delgada y de mediana estatura, vestida con un traje de chaqueta entallado de color verde. Pablo la tenía presente en la memoria, su belleza fría y distante al estilo de las heroínas de Hitchcock, rubia, con los ojos azules y peinada con un moño similar al de las actrices que salían en las películas del maestro del *suspense*. Supo después que tenía cincuenta años, aunque en ese momento fue

incapaz de calcularle la edad; era de esas personas que podrían aparentar menos en cuanto se lo propusieran. Pero nada de eso le contó al abogado. Le había dicho que conocía a Celia Esquivel y que eran amigos, por lo que sabría de sobra el aspecto que tenía. Sin embargo, no se pudo callar que, al abrir, lo recibió con la misma expresión hostil y desconfiada que veía en su etapa de vendedor de suscripciones al presentarse después de dar las buenas tardes.

—Es puntual, eso le gustará a mi padre. —Había sido su comentario, como si en el fondo aquello le desagradara.

Lo hizo seguirla por un pasillo donde las alfombras amortiguaban sus pasos hasta llegar al salón. Se oía el ruido de los coches a través de un balcón abierto que la mujer se apresuró en cerrar, después le dijo que esperase y desapareció tras una puerta lateral que dejó abierta.

Como no le había ofrecido asiento, continuó de pie, mirando lo que tenía a su alrededor. Y era mucho, empezando por las molduras que bordeaban el alto techo, la lámpara de araña, los muebles —no entendía de maderas ni estilos, pero imaginó que aquellos serían caros y antiguos—, además de objetos, adornos, cuadros… Incluso dentro de la embocadura de la chimenea, que no debía encenderse desde hacía años, había un caldero de cobre que resplandecía como el fuego.

Aunque lo que más le llamó la atención fue un cuadro con un suntuoso marco dorado colgado por encima de la repisa de la chimenea. Representaba un jardín y una fuente en tonos claros, casi transparentes, y en el margen derecho se veía el nombre del autor que se acercó a leer.

—Sorolla —murmuró para sí.

—¿Es bonito, verdad? —escuchó a su espalda y se sobresaltó.

No había sentido acercarse a nadie. El suelo de tarima del salón también estaba cubierto por alfombras que silenciaron sus pisadas, y ante sí tenía a un viejo delgado y encorvado que apenas le llegaba al hombro, aunque su voz contundente y enérgica le produjo un ligero escalofrío que le impidió contestar.

—Es auténtico; el gran Joaquín Sorolla lo pintó en el treinta y dos.

Miraba el cuadro casi con veneración, hasta que se volvió hacia él.

—Valdrá millones, ¿no le parece?

Iba a responder que no lo sabía ni entendía de arte, pero el anciano ya no estaba a su lado, andaba despacio, apoyándose en un bastón mientras su hija que acababa de entrar le susurraba, casi

como si le increpase, que por qué le contaba eso a un extraño. Él, después de sentarse en la butaca, se quedó observándolo con una sonrisa apenas esbozada.

—No tiene pinta de ladrón, aunque está fuerte: si quisiera, nos ahogaría con una sola mano.

¿Era un chiste, o al viejo le gustaba el humor negro?, se preguntó Pablo, pues al no acompañarlo con un gesto distendido le confirmó las sensaciones del primer momento, la prueba palpable de su carácter huraño y desconfiado.

—Ya te puedes ir, para entrevistar a este joven me basto solo —le dijo a su hija.

—No iba a quedarme —repuso ella en el mismo tono áspero—. Solo pensaba si debía traer un café…

—Nada, ninguno queremos nada —la interrumpió—. Esto no es una visita de cortesía.

Ella no replicó. Le señaló a Pablo el sofá contiguo para que tomase asiento, y abandonó el salón sin más.

Él se sentó, con el cuerpo recto como un palo y sin dejar de mirarlo discretamente. Tenía el escaso pelo blanco y liso, la nariz ancha y las cejas alborotadas sobre unos ojos pequeños que le conferían un toque de fiereza en contraste con la imagen que transmitía en ese momento. Sentado en aquel sillón orejero era como un ancianito bondadoso que se dispone a leer cuentos a sus nietos, pero esa visión se hizo añicos cuando oyó su voz enérgica que pareció estallar como un trueno.

—¡A ver, diga algo de una vez!

Pablo tuvo que procesar en décimas de segundo lo que podría decir y solo se le ocurrió hacer un pequeño currículo de su vida.

—Me llamo Pablo Álvarez, soy de Madrid, tengo veintiséis años, me he licenciado en Física y preparo la tesis…

—¿Para qué? —le cortó.

Le desconcertó la pregunta, sobre todo viniendo de un catedrático.

—La necesito para optar a una beca…

—Debería haberla terminado ya —volvió a cortarlo.

—Tuve que interrumpirla por asuntos familiares.

Ni él le preguntó qué asuntos eran, ni Pablo tenía intención de contárselos.

—Todo eso me da igual —dijo el viejo—. Para mí como si estudia para bombero. Lo más importante es que pueda fiarme de usted, que sea digno de confianza… dentro de lo que se puede ser en estos tiempos.

Y pareció examinarlo con más detenimiento antes de volver a hablar.

—Es lo malo que tiene la vejez: el no poderse valer por uno mismo, depender de otros para todo y confiar a pesar de que uno no se fie ni de su propia sombra.

Pablo no sabía qué decir y siguió callado.

—Es el cuarto que viene a trabajar para mí desde… —Se quedó en silencio unos segundos, como si hubiese perdido el hilo de lo que pensaba decir hasta que continuó—. Mi hija contrató a los otros, pero tuve que echarlos porque parecía buscar a los más idiotas con lupa, y el último además era un alfeñique, no podría levantar del suelo ni a un gato esquelético. Por eso prefiero decidirlo yo mismo.

Entonces le explicó en qué consistiría el trabajo, algo muy sencillo y que coincidía con lo que le había dicho su amigo Óscar: escribir lo que le dictase y llevarle en coche a la facultad. Y solo por encima le contó que una enfermedad lo había dejado, según sus palabras, «medio inválido, pero no tonto».

—Usted se limitará a obedecerme, para eso le pagaré, y si cumple nos llevaremos bien.

Acto seguido le dijo que podía marcharse y que lo esperaba al día siguiente, a las nueve de la mañana.

—Sea puntual —le advirtió—. No soporto a los que llegan tarde, así que cuando le diga una hora quiero que esté a esa hora.

Pablo afirmó con la cabeza, pero don Saturnino aún no había terminado con su advertencia.

—Usted es joven y sano, puede permitirse el lujo de perder su tiempo, pero no el mío. Si no cumple, no me venga con excusas y búsquese otro empleo, ¿entendido?

Volvió a afirmar con brío y se despidió hasta el día siguiente con un «hasta mañana» que apenas le salió de la garganta.

Cuando recorría el pasillo para abandonar el piso, apareció por detrás Celia Esquivel.

—¿Lo ha contratado mi padre? —preguntó en voz baja.

—Eso creo, empiezo mañana —contestó en el mismo tono.

—Pues hasta mañana. —Y abrió la puerta dejándole salir.

A las nueve menos cinco minutos del día siguiente tocaba el timbre.

Celia Esquivel vestía un traje de chaqueta, esa vez de color azul, con un pequeño bolso colgado del hombro. Apenas respondió a su saludó cuando le tendió una tarjeta.

—Ahí está la dirección y el teléfono de mi trabajo, llame si ocurre cualquier cosa.

Él leyó para sí. Era la misma calle y debajo, escrito a bolígrafo, había un número de teléfono de un tal doctor Carrasco, un guion y la palabra «urgencias» con otro número.

—Mi padre está en su despacho, es la segunda puerta yendo por el pasillo que hay después de cruzar el salón.

Sin más demora salió y cerró la puerta, y él permaneció unos segundos allí, escuchando el ruido de sus tacones avanzando por el rellano, cómo se detenían de pronto y la máquina del ascensor se ponía en marcha.

Volvió a mirar la tarjeta y se la guardó en el bolsillo de la camisa, deseando para sus adentros no tener que llamar nunca a ninguno de aquellos números.

La puerta estaba entornada y golpeo despacio con los nudillos.

—Pase —le respondió su voz enérgica.

La habitación era amplia y cuadrada, forrada casi por completo con estanterías atestadas de libros salvo en las zonas de las dos ventanas. La mesa de madera maciza y de grandes proporciones tenía también libros y papeles apilados, además de unas esculturas de aspecto tosco alineadas en perfecto orden y que a Pablo le recordaron a las figuras que hacen los niños con la plastilina. Miró entonces a don Saturnino; el hombre no había levantado la cabeza y parecía absorto buscando algo en aquel caos.

—Le he dicho que no limpie ni ordene, que no entre siquiera —murmuraba, y alzó por un momento la vista hacía él—. ¿Tan difícil es de entender?

No supo qué responder y el catedrático le señaló una silla junto a la mesa, en tanto él seguía enfrascado en su búsqueda.

Pablo se sentó y miró lo que tenía frente a sí: unos folios en blanco con dos bolígrafos Bic, uno azul y otro rojo, colocados encima. Luego siguió recorriendo la mirada hasta que le llamó la atención la foto de una chica ataviada con el birrete y la beca de los graduados en Derecho. Pero solo le dio tiempo a fijarse en la melena larga y oscura antes de que don Saturnino cogiera el retrato y lo colocara a su lado, de forma que solo veía la trasera del marco.

—Quizá se pregunte por qué no uso máquina, y es porque no soporto el ruido de las teclas: no me deja pensar y me pone de mal humor. Así que empiece a escribir lo que voy a dictarle, y procure hacerlo con letra clara, que yo la entienda y también la chica que lo pasará a máquina. —Y lo miró fijamente— ¿Sabrá hacerlo?

—Sí… sí —contestó enseguida.

Fueron tres horas seguidas de copiar, y lo hacía como un autómata, sin comprender nada, pues lo único que le preocupaba era hacerlo con claridad. Y don Saturnino dictaba despacio, incluso se quedaba meditando varios minutos que le permitían descansar la mano. También tuvo que alcanzarle algunos libros de las estanterías y volver luego a colocarlos, con lo que casi sin darse cuenta pasó la mañana. Le dijo que por ese día bastaba y le recordó que al siguiente no olvidase el carné de conducir, que irían a la Autónoma.

Salió a la calle contento. Se sentía afortunado de no volver a ir de puerta en puerta intentando convencer a la gente para que comprasen lo que no querían, aunque para ello tuviese que aguantar el mal humor de aquel viejo maniático. Eso pensaba cuando oyó que le llamaban desde la otra acera. Bajo el letrero de «Antigüedades De Mora-Torrens», un hombre insistía con señas para que se acercara.

—Te llama doña Celia —le dijo pero, al ver su expresión confusa, le preguntó—: ¿No eres tú el que está trabajando para su padre?

Al responder que sí le indicó que pasara dentro, que al fondo había una oficina y que ella estaba esperándolo.

La tienda era el lugar más atestado de cosas que había visto en su vida, donde se mezclaban objetos de la más diversa procedencia. Había jarrones chinos de alguna dinastía milenaria, una escafandra digna de una novela de Julio Verne, armaduras medievales, trabucos y espadas, mariposas clavadas con alfileres tras un cristal, esculturas de distintos tamaños y materiales, muebles de todos los estilos, cuadros colgados o sin colgar apoyados contra las paredes, vajillas, lámparas… Atravesó todo aquello como si recorriera un laberinto, sorteando sillas y baúles, y tropezó con la pata curva de una mesa donde los objetos que había encima se temblaron durante unos segundos. Pero al fin llegó al pequeño cuarto donde, tras la ventana, vio a Celia Esquivel con unas gafas sujetas por un cordón dorado examinando unos papeles. Al sentir su presencia las dejó caer y lo miró, haciendo un gesto para que pasara y se sentase en el taburete que había junto a la puerta.

—¿Qué tal le ha ido?

—Bien —contestó.

Ella tardó unos segundos en volver a hablar; parecía indecisa, pero enseguida recobró su aplomo.

—Mi padre debería estar tranquilo, sin hacer esfuerzos de ningún tipo, pero se empeña en llevar la vida de antes y no le conviene. —Y suspiró exclamando—: ¡Es un cabezota!

A Pablo le sorprendió aquella confianza, y más lo que dijo a continuación.

—Tiene que colaborar conmigo, por el bien de su salud, que es lo más importante para mí. Por eso debe informarme si ocurre algo… lo que sea. Y desde luego él no debe enterarse de que lo hace, lo despediría enseguida como hizo con los otros. No tiene contemplaciones si algo lo disgusta, así que sea discreto.

Estaba asombrado y confuso, no entendía una sola palabra, menos aún de qué pretendía que la informara, e inmediatamente se preguntó qué iba a sacar con ello si además se jugaba el despido.

—Le dio un ictus hace dos años y medio —le aclaró ella—. Los médicos pensaban que no recobraría la movilidad, sin embargo, después de una dura rehabilitación, logró mejorar, y pese a que hay cosas que no puede hacer, lleva una vida casi normal.

Hizo una pausa, colocando las gafas que colgaban de la cadena dorada en perfecta simetría antes de seguir.

—Todo esto no quita que los riesgos estén ahí por mucho que no lo quiera reconocer. En cualquier momento podría sufrir otro y las consecuencias serían peores, no solo las físicas, también mentales.

La reacción de Pablo se reflejó en su rostro y ella sonrió levemente.

—No se preocupe, nada peligroso, aunque por algo estoy hablando con usted a pesar de que no me gusta airear cosas de familia, pero no me queda más remedio. —Y clavó sus ojos azules en los suyos, inequívocamente autoritarios por mucho que pretendiera ocultarlo tras un gesto de amabilidad.

Entonces se enteró de que don Saturnino era viudo, que su mujer había muerto en un accidente de coche, y que la amaba tanto que desde entonces tenía extraños comportamientos que se habían sumado a la enfermedad y sus secuelas.

—Estoy muy preocupada por él —acabó diciendo—. Por eso vuelvo a pedirle que esté atento y me mantenga informada.

Al día siguiente llevó a don Saturnino a la facultad en un viejo Mercedes con matrícula de hacía al menos veinte años. No era muy potente, pero superaba en clase y estilo al humilde utilitario de su padre, y a Pablo le gustó conducirlo. Era lo mejor de su trabajo, aunque también tenía que ayudar al anciano en cada movimiento, como entrar y salir del vehículo, y guiarlo hacia el edificio de la facultad de Historia desde el aparcamiento.

—No le queda más remedio que ir pegado a mí como un perro lazarillo, por si me caigo y tiene que recogerme —le dijo, mostrando una risita socarrona mientras caminaban, él apoyado en

su bastón y Pablo a escasos centímetros pendiente de sus pasos.

No había llegado a la rampa de acceso al edificio cuando fueron acercándose alumnos que lo saludaban o preguntaban por su salud, y nada más pisar el vestíbulo le salió al encuentro una mujer que lo tomó del brazo. Don Saturnino se aferró a ella confiado, y se volvió un instante para advertirle que en dos horas estuviese allí mismo.

Pablo se quedó inmóvil, viendo cómo se aproximaban al catedrático otras dos personas que, por la forma de tratarlo y el respeto que transmitían, debían ser colegas que lo apreciaban sinceramente. Y se fijó bien en su cara porque tantas atenciones alegraban al anciano, incluso aseguraría que lo rejuvenecían.

Cuando lo perdió de vista, él siguió hacia la secretaría; tenía dos horas libres y se le ocurrió visitar a Óscar para charlar un rato. Pero su amigo atendía a unos estudiantes y acabó saliendo fuera, yendo hacia la explanada que se extendía al otro lado del aparcamiento. Así, mientras don Saturnino aprovechaba su escaso y valioso tiempo, él perdía el suyo tumbándose en el césped, recibiendo los cálidos rayos de sol de esa mañana de otoño.

Los tres meses que siguieron tuvieron la misma rutina: escribir lo que don Saturnino le dictaba, conducir el Mercedes y esperar al viejo profesor mientras departía con sus colegas o consultaba libros y archivos en la biblioteca. Entre tanto, su hija le salía al encuentro todas las semanas citándolo en la tienda. Ya le era familiar su aspecto impecable con sus trajes entallados, al igual que las preguntas sobre su padre: que si hacía o decía algo raro, si le comentaba cosas personales, si recibía llamadas… para acabar insistiendo en que cualquier detalle, por insignificante que le pareciese, sería importante para ella. Pero Pablo no sabía qué decir, pues lo único de lo que hablaba era sobre los Vetones, de los que acabó sabiendo que habían ocupado la zona entre los ríos Duero y Tajo, y que tuvieron asentamientos en Ávila, Salamanca, Toledo, Zamora, parte de Cáceres y algo de Portugal. Además, se enteró de que existieron los vacceos, los carpetanos, los oretanos y los túrdulos. Recordaba también algo de los verracos de piedra de los que tenía reproducciones de pequeño formato dispersos por las estanterías, y que lo último que le dictó fue sobre el descubrimiento de unos restos hallados en un lugar llamado *Caesarobriga*. Y todo eso la traía sin cuidado a Celia Esquivel, por lo que se despedía de él con el mismo tono agrio y decepcionado de siempre.

Hasta que algo cambió la rutina.

Don Saturnino le dictaba un párrafo que le sonaba mucho y que correspondía a lo que había copiado el día anterior. Lo comprobó y, efectivamente, así era. Y no solo eso, también se fijó en que lo leía de un libro del que él mismo era el autor. Le preguntó entonces por ello y le respondió que siguiera, que para eso le pagaba y no para hacer preguntas ni dar su opinión.

Pablo pensó hablarle de ello a su hija cuando la vio en la calle dando órdenes a su empleado, que cargaba un mueble en la furgoneta, pero las palabras del viejo volvieron a sonar en su cabeza. Hacía un trabajo por el que le pagaba bien; sería estúpido por su parte correr el riesgo de perderlo.

Después de aquel suceso siguieron dos llamadas de teléfono, y en ambas la conversación fue escueta, respondía a su interlocutor casi con monosílabos y al colgar se quedaba en un estado de nerviosismo que enmascaraba con su mal humor. Pasaron unos días y fue él mismo el que telefoneó y le oyó decir: «Mándemelo… sí, todo».

Al día siguiente se presentó un mensajero con un sobre que guardó en la caja fuerte disimulada tras unos libros huecos.

Celia Esquivel le había hablado de aquella caja, incluso le confesó con expresión avergonzada que solo su padre conocía la combinación y que tampoco sabía lo que tan celosamente custodiaba. Por eso volvía a requerir su colaboración, dándole a entender que debía averiguarlo para ella.

—¿Por qué no se lo pregunta? —se le ocurrió decir.

—¿Crees que si no lo hubiese hecho y me lo hubiese dicho estaría pidiéndotelo a ti?

Era la primera vez que lo tuteaba y más que amistoso su tono fue de una brusquedad desconcertante. Y aquella conversación acabó, pues una pareja entraba en ese momento en la tienda y ella los siguió, atendiéndolos con su mejor sonrisa.

Esa noche le costó dormir. Dudaba si debía decir lo del sobre y las llamadas, y respecto de la caja, después del episodio del sobre, intentó averiguar algo para contentar a la hija, mirando por encima de su hombro cuando volvió a abrirla al día siguiente. Pero lo único que vio y logró distinguir fueron los bordes de unos marcos.

—Son los retratos de mi mujer, si le interesa saberlo —le dijo volviéndose.

Por mucho que le intrigara se abstuvo de hacer ningún comentario. A fin de cuentas, acabó pensando, si no quería que su propia hija se enterase de lo que tramaba —si es que tramaba algo o

eran simples manías de un viejo senil—, a él le traía sin cuidado. Y concluyó para sí que lo mejor era ser prudente y callar.

Pero a medida que pasaban los días, al comportamiento de don Saturnino cada vez más extraño se le sumó un ritual que empezó a seguir invariablemente. Abría la caja fuerte, aunque le suponía un gran esfuerzo, y sacaba el sobre que le había llevado el mensajero. Luego leía su contenido y se quedaba varios minutos con la mirada perdida en el vacío.

Tras unos días haciendo lo mismo, cada vez más agotado y exhausto, ya no leía las hojas que sacaba, tan solo las miraba mientras a él le mandaba copiar con el bolígrafo rojo el artículo de una revista científica, y Pablo se sentía como un niño al que ponen una tarea cualquiera para que estuviese entretenido y no molestase. Sin embargo, no dejaba de observar al viejo por el rabillo del ojo, viendo como tenía la cabeza vencida hacia el pecho, con aquellos folios apretados entre los dedos de una mano mientras la otra caía como sin vida, con las venas hinchadas bajo la piel arrugada y salpicada de manchas.

Un día permaneció inmóvil más tiempo de lo acostumbrado, con los ojos cerrados. Pablo pensó que con un poco que se acercara podría leer alguna palabra de las escritas en esos papeles, pero la completa quietud del anciano lo alarmó; parecía que ni siquiera respiraba y se asustó. Entonces le asaltó la duda y el miedo de que aquello pudiera ser el comienzo del famoso ataque del que Celia Esquivel le había advertido. Se levantó precipitado, e iba a llamarla cuando abrió de pronto los ojos y lo miró directamente.

—¿Dónde va? Aún no es la hora.

—No —musitó apenas, incapaz de preguntarle si le ocurría algo.

—Continué entonces.

Lo hizo, mientras él volvía a su ensimismamiento que interrumpió de repente al preguntarle:

—¿Puedo contar con usted el fin de semana?

Él no dudó en contestar que sí.

—El sábado iremos a un sitio que ya le diré, y traiga algo de ropa, puede que tengamos que quedarnos una noche. En todo caso no serán más de dos días.

Le comentó que le pagaría un extra por ello y le advirtió:

—No le diga ni una palabra a mi hija.

A Pablo le extrañó pues, ¿cómo no iba a enterarse si vivía con él? Y eso mismo le preguntó.

—Sé que le ha pedido que me espíe —dijo con un rictus de sonrisa en los labios y Pablo se sobresaltó.

El viejo se levantó despacio apoyándose en la mesa, y dejó el sobre de nuevo en la caja fuerte, cerró y volvió a sentarse exhalando un profundo suspiro.

—No deja de decirme que no le cae bien, que no se fía… y precisamente por eso, porque sé que no le ha contado nada, me confirma que puedo seguir con esto. —Y en un tono más bajo, como si hablara para sí, terminó diciendo—: Tampoco puedo esperar más, no me queda tiempo.

Volvió a quedarse unos segundos en silencio.

—A ella le diré, si surge el caso, que estuve en las excavaciones de Valdecañas.

—No entiendo, don Saturnino.

—No necesita entender —repuso el catedrático con su voz más enérgica y autoritaria—. Solo hacer lo que le diga, y depende de usted que cumpla el compromiso que adquirió conmigo, lo que le dije el primer día que vino. Necesito confiar en usted y eso significa que nadie tiene que saber nada de lo que haga, mi hija menos aún.

Se echó un poco hacia adelante en el asiento y se quedó fijo en sus ojos.

—¿Es creyente? —le preguntó.

Pablo tardó unos segundos en contestar, desconcertado por la pregunta, pensando si habría o no una respuesta correcta.

—Más bien no —contestó a media voz.

—Pues entonces deme su palabra y prométame que no le dirá nada a mi hija, que puedo confiar en usted en el caso de que… —Pero no acabó la frase, y en un tono que le pareció de súplica volvió a repetir—: ¿me promete que no hablará y me ayudará?

Pablo tragó saliva. En cierta forma estaba conmovido.

—Por supuesto, cuente conmigo —repuso con brío, aunque le temblaba la voz.

Los preparativos de aquel viaje se hicieron a espaldas de Celia Esquivel. Pablo supo que ella debía acudir como todos los años a una importante feria de antigüedades, e imaginó que ese debió ser el motivo por el que su padre había elegido ese momento para irse sin tener que dar explicaciones. Sin embargo, ella se enteró o percibió algo, por eso la vio con los brazos cruzados ante su tienda, esperándolo con gesto impaciente.

No necesitó decir nada para saber que debía acercarse y la siguió por los estrechos y atestados pasillos, e iba tan apresurada que al pasar junto a una cómoda tiró una lámpara de cristal de colores que había encima. Cayó con un ruido estrepitoso y rodó hasta llegar a los pies de una escultura de terracota, dejando tras de

sí vidrios rotos.

—¡Félix, recoge esto! —gritó a su empleado y continuó hasta el cuartito de la trastienda.

Nada más entrar cerró y le espetó sin más:

—¿Qué pretende mi padre?

Él se encogió de hombros, y era sincero al hacerlo porque realmente no lo sabía.

—¡Que va a una excavación! —exclamó con una fría carcajada —. No sé qué piensa hacer, pero está loco si cree que voy a consentir que vaya a ninguna parte, es un inválido y si le pasa algo…

Se sentó. Aún seguía alterada y hablaba nerviosa.

—Tengo que ir a esa feria, pero si como me imagino se empeña en seguir con ese disparate quiero que me llames inmediatamente. —Le dio la tarjeta de un hotel—. Ahí me hospedaré, y si no estoy les dejas el recado. Y por supuesto, si insiste en ir, le pones la excusa de que el coche no funciona, cualquier cosa con tal de evitar que salga de Madrid.

Pero Celia Esquivel no pudo hacer nada. Una hora después de irse a la feria de antigüedades, el catedrático le pidió que llamara para confirmar la reserva de dos habitaciones en la casa rural de un pueblo del que nunca había oído hablar, y a las diez y cuarto del día siguiente el Mercedes rodaba por la Nacional V. Pablo conducía y don Saturnino, en el asiento de al lado, apretaba entre sus débiles dedos el sobre que guardaba en el bolsillo del abrigo.

3

Estaba cansado, tenía la garganta seca y miró al abogado que se apoyaba sobre el brazo del sillón, sujetándose la cabeza con la mano.

—Después de coger el sobre de la caja fuerte que me pidió abrir, no sé si para no perder tiempo o por los nervios del viaje… después de eso, no volví a pisar esa casa.

—¿Y usted no le dijo la combinación a nadie? —preguntó Ramírez.

—¿A quién iba a decírsela?

—Puede que a su hermano lo hayan visto por allí —repuso el abogado, y antes de que pudiera reaccionar añadió—: Tengo entendido que había salido de un centro de desintoxicación y que fue detenido por robo y altercados con la policía.

—¡Mi hermano es un enfermo, no un delincuente! —exclamó airado ante semejante insinuación.

Sin darse cuenta se había sujetado a los brazos de la butaca para no saltar y encararse con aquel hombre. Y no quería volver a dejarse llevar como le había ocurrido con el vendedor del puesto de periódicos de su barrio. Había insinuado lo mismo que Ramírez al denunciar a su hermano César cuando le habían robado, basándose solo en que rondaba la zona y al ser drogadicto había debido hacerlo para comprar alguna dosis. Había sido esa la única vez en su vida que se había pegado con alguien, o al menos lo había intentado pues el quiosquero, aunque más bajo que él, había esquivado el golpe y no había llegado a más porque enseguida había acudido la policía y los había separado.

—Yo no sabía que le daban el alta —habló con más calma—. Vino sin avisar. Quería verme antes de que yo saliera de viaje, y mi madre le dio la dirección. Consiguió subir porque el portal estaba

abierto, pero no entró en el piso, nosotros ya no estábamos y los sábados la mujer que limpia no va. Solo por casualidad se encontró con un vecino, y su aspecto después de pasar meses en el centro de rehabilitación no era muy bueno que digamos… Pero ese hombre no lo conocía de nada para insultarlo ni amenazarlo, y César en ningún caso se enfrentó a él, otros vecinos pueden atestiguar que se fue enseguida.

Le había costado seguir hablando, sentía la garganta como una lija y tenía calor, pero se sobrepuso para continuar.

—No vi a mi hermano, así que es imposible que pudiera darle ninguna llave ni la combinación de la caja.

Ramírez cambió de postura, avanzando el cuerpo hacia adelante.

—No necesitaba verlo, podrían haberse comunicado por teléfono. En el momento antes de salir llamaría con cualquier excusa, le diría la combinación y dejaría una llave escondida en alguna parte.

Pablo escuchó aquello como si fuera un sueño. Era algo absurdo, aunque reconocía que tendría sentido para alguien que quisiera incriminarlo.

—Ni mi hermano ni yo tenemos nada que ver —concluyó.

—¿Y del camafeo no sabe nada? —le preguntó.

—Ni siquiera sabía lo que era un camafeo hasta que ella dijo que podía haberlo robado con el dinero. Y estoy cansado de repetir que no vi nada de eso. Solo sé que se llevó un sobre, el mismo que luego quemó.

Una media hora antes de irse de la casa rural, don Saturnino había arrojado a las brasas de la chimenea el sobre que había sacado de la caja fuerte. Pablo se quedó mirando igual que él las llamas que se avivaron alimentadas por el papel hasta que acabó de retorcerse en un amasijo negro que se descompuso en ceniza.

Entonces le preguntó:

—¿Sabe quién era Balzac?

—Un escritor francés —contestó un tanto desconcertado.

—¿Y ha leído algo suyo?

—No.

—Pues se lo aconsejo. Era un gran conocedor del ser humano y escribió una obra monumental que retrataba la sociedad de su tiempo.

No dejaba de mirar el brillo de las brasas que le iluminaban el

rostro, cuando volvió a hablar en un tono bajo, casi fatigado.

—En uno de sus libros decía que se puede vivir con una duda en el corazón cuando el pasado no nos ha ofrecido un afecto puro y perfecto. Sin embargo, para los que sí creían tenerlo, los que pensaban que todo era sincero y ninguna sombra oscurecía su vida… para esos pobres diablos plantearse una, por mínima que sea, les resulta insoportable, porque esa duda acaba convirtiéndose en una obsesión: la de buscar la verdad sin descanso. Crees que es lo único importante, sin darte cuenta de que al hacerlo acabas perdiendo otras cosas por el camino.

Guardó silencio durante unos minutos, pero Pablo intuía que aún no había terminado.

—He dedicado mi vida a desenterrar del olvido mundos que ya no existen con el objeto de resucitar esas culturas, buscando la verdad en todas ellas igual que en mí mismo. Pero el que busca la verdad acaba topándose con dos dilemas: la dificultad de encontrarla y la de asimilar lo que encuentra, lo que ha rescatado del olvido… Y debes estar preparado para asumirlo, aunque luego no dejes de preguntarte si mereció la pena… o si, por el contrario, era mejor no saberlo, ignorarlo… Pero es demasiado tarde, está ahí y no hay vuelta atrás, buscabas la verdad y por eso has acabado encontrándola.

El anciano retrocedió despacio hasta sentarse en el sofá cercano.

—¿Ahora qué? —murmuró, y tras un largo silencio alzó la vista hacia él—. Recoja todo y pregunte lo que debemos. Cuando esté listo me avisa y nos vamos.

Acto seguido se recostó contra el respaldo, cerrando los ojos, y los mullidos cojines parecieron engullir su frágil cuerpo.

No pasaron allí la noche como estaba previsto. De pronto don Saturnino tenía prisa, debían irse cuanto antes, y Pablo, que conocía de sobra su carácter, no preguntó nada, como tampoco lo hizo cuando fueron a aquella casa, el motivo principal del viaje.

Estaban ante la fachada pintada de cal, con rejas en las ventanas del piso inferior y un balcón con las persianas bajadas en el superior. Le dijo que lo esperase y él se quedó recostado contra el coche, mirando al fondo de la calle, a las casas en su mayoría pintadas de blanco que proyectaban su sombra contra el suelo gris. Pero volvió enseguida la cabeza; el viejo no había entrado, seguía frente a la puerta hasta que con paso vacilante se echó hacia atrás. Pablo tuvo que apresurarse para sostenerlo por el brazo, pues parecía que iba a caerse; sin embargo, se recompuso y le dijo que volvían. Él, obediente, lo ayudó a entrar de nuevo en el coche.

Eran casi las once de la noche cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a Madrid. El tráfico era fluido y las luces de los vehículos iluminaban la oscuridad con las farolas que se sucedían a lo largo de la autovía. Los carteles resplandecían con sus anuncios de urbanizaciones, centros comerciales o de moda de unos grandes almacenes... En todo el trayecto ninguno de los dos despegó los labios, incluso el viejo tenía los ojos cerrados y parecía que dormía. Hasta que percibió que se agitaba con un movimiento espasmódico, y Pablo estuvo a punto de salirse de la carretera por el susto. No obstante, tuvo el temple suficiente para echarse hacia el arcén y parar, mientras oía el grave bocinazo de un camión que pasó adelantándolo.

No necesitó ni un segundo para saber que ese sí era un ataque, aunque no había visto nunca ninguno. La convulsión había cesado y el cuerpo parecía rígido, con los ojos casi en blanco. Sin pensarlo más se incorporó al tráfico y condujo a la máxima velocidad que le daba el coche, adelantando sin tregua hasta llegar frente a la entrada del hospital, creyendo que llevaba un cadáver.

Los servicios médicos de urgencias se hicieron cargo enseguida y él llamó desde la cabina del vestíbulo al hotel donde se hospedaba Celia Esquivel. La despertaron porque dijo que era grave y muy urgente, y cuando la tuvo al aparato, le comunicó sin preámbulos que su padre estaba ingresado. No pudo decirle más, no sabía los detalles y un pitido incesante advertía que debía meter más monedas en la ranura y no tenía más. Se cortó la comunicación justo en el punto que ella decía que iba enseguida y lo llamaba idiota a gritos.

—Es una casualidad que sufriera el ataque en la misma carretera donde su mujer tuvo el accidente —comentó Ramírez.

El abogado le contó que unos kilómetros antes había sido donde se había salido del carril y se había estrellado contra la mediana. Había habido otros coches implicados, pero nadie resultó mal herido, salvo ella que murió en el acto.

—Una extraña coincidencia —volvió a decir y enseguida le preguntó—: ¿A quién iba a ver a ese pueblo?

—No lo sé —respondió alzándose de hombros.

Por algún motivo que a él mismo se le escapaba, había recordado su promesa. El viejo estaba en un hospital con tubos enchufados a máquinas que lo mantenían con vida, los médicos no

sabían si se recuperaría, pero aún no había muerto, y él sintió que no podía faltar a su palabra. Solo si dejaba de existir, entonces lo haría. Y por primera vez, tras llevar casi dos horas hablando y respondiendo preguntas e insinuaciones, encogido de miedo y asustado, se enderezó en la butaca seguro de sí, como si nada pudiera pasarle. En su mano tenía el principio del hilo de aquella madeja, podía tirar en cualquier momento para desenredarla porque sabía a quién había ido a ver don Saturnino. Se llamaba José Padilla y vivía en el número seis de la calle de Las Eras.

—Le digo que no lo sé —repitió cuando Ramírez le preguntó de nuevo.

El abogado lo miró con desconfianza, con la expresión que traslucía el convencimiento de que le ocultaba algo. De todas formas no insistió, consultó su reloj y le dijo que esperaba a un cliente en cinco minutos.

—Mientras don Saturnino esté en el hospital, Celia no hará nada —lo tranquilizó mientras lo despedía, y al tenderle la mano añadió con un gesto cómplice—: Estaremos en contacto, a no ser que prefiera hacerlo a través de Estela.

Pablo abandonó el despacho pensando en ella, la chica de la foto de graduación cuyo rostro miraba siempre que podía hasta casi saberse de memoria, a la que conoció dos días después de que ingresaran a su abuelo.

Había discutido con Celia Esquivel que no lo dejó defenderse ni explicarse, lo insultó y le lanzó amenazas; por eso se mantuvo a distancia, aunque quería interesarse por el estado del catedrático y se asomó a la sala de espera. Allí la vio, como en la foto tenía el pelo largo de un castaño oscuro y liso peinado con la raya al medio; vestía una falda corta de color negro como las medias, blusa estampada y zapatos sin apenas tacón, con una chaqueta roja colgada del brazo junto al bolso. Era guapa, aunque de una forma distinta a la de su madre de la que solo parecía haber heredado el porte elegante y el azul de los ojos. Aunque los suyos eran cálidos y acogedores, igual que su sonrisa, la más bonita que había visto en su vida y que le chocó aún más después de la antipatía que le había demostrado la madre, en especial tras los últimos acontecimientos.

—Mi abuelo me habló de ti —fue lo primero que dijo sin dejar de sonreírle.

Él se sintió cohibido y solo se atrevió a preguntar:

—¿Han dicho algo los médicos?

—Aún no —contestó más seria—. La vez anterior lo pusieron todo muy negro y acabó recuperándose, ahora solo dicen que está estable y prefieren esperar.

Por una de las puertas vieron salir a Celia Esquivel con el médico, y Estela retrocedió.

—Es mejor que mi madre no me vea contigo. Me ha recomendado que no me acerque a ti.

Aunque antes de separarse le dijo que necesitaba hablarle.

—¿Puedes esperarme abajo?

Estuvo conforme y bajó a toda prisa la escalera; se quedó junto a la puerta de entrada que no dejaba de abrir y cerrarse con el incesante transitar de la gente. Mientras, él no apartaba la mirada hasta que pasados unos minutos la vio; descendía ágil los peldaños, sin la chaqueta ni el bolso.

—Apúntame tu teléfono —dijo dándole un trozo de papel y un bolígrafo.

Lo hizo y ella lo cogió, doblándolo por la mitad.

—Te llamaré —repuso tan solo, y se despidió enseguida, subiendo de nuevo los escalones.

En ese momento no imaginaba que sería para concertarle la cita con el abogado, por eso caminó despacio hacia el metro y no veía a las personas con las que se cruzaba porque mil ideas le revoloteaban por la cabeza. Estaba contento por primera vez en esos días; la posibilidad de volver a verla lo hizo sentir que flotaba en una nube en lugar de recorrer los oscuros túneles del suburbano.

4

El polideportivo estaba cerca de la plaza, anexo a un colegio a través de un pasadizo techado con un tejado transparente que Pablo cruzó con su bolsa al hombro mientras escuchaba el eco de los botes de una pelota. Al empujar la pesada puerta que daba al pabellón, una corriente de aire pareció querer succionarlo hasta que la soltó y se cerró con un golpe seco.

Óscar estaba solo. Practicaba reversos contra un rival imaginario y tiró desde la línea de tres puntos; el balón trazó una parábola en el aire, dio en el aro y rebotó para volver a sus manos. Iba a tirar de nuevo, pero al ver a Pablo se lo pasó. Él soltó la bolsa, se alzó sobre las puntas de las zapatillas y lanzó tan fuerte que dio en el tablero y salió despedido hacia las gradas vacías, rodando de la tercera a la segunda fila, donde se quedó detenido por el escalón.

—Tío, hacía días que no te veía —dijo Óscar mientras se aproximaba a la grada y recogía el balón—. Perdimos con los del Puente, nos dieron una paliza de veintisiete puntos.

—Son muy buenos.

—Sobre todo el rubio; no creo que llegue al metro setenta, pero las enchufaba todas, metió cuatro seguidas al final del último cuarto.

Óscar empezó a botar el balón sin moverse del sitio a la vez que hablaba.

—Ya me enteré de que le dio otro ataque al Satur. Una putada para ti; era un buen curro.

Pablo asintió con la cabeza. Había dejado su bolsa en el banquillo y se quitó la sudadera que dejó encima.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó su amigo.

—Debería buscar algo, pero tengo que terminar la tesis, solo me quedan por repasar algunas cosas y la bibliografía, y el tutor tiene

que hacer la última revisión antes de presentarla con lo de la beca.

Su amigo le pasó la pelota, marcó los pasos yendo hacia canasta y tiró contra tabla; entró después de dar un bote en el aro.

—También me enteré de que vino tu hermano.

—Sí, ya le dieron el alta.

—¿Y volverá al instituto? —le preguntó Óscar, que se había hecho con el rebote.

Era su mejor amigo, por eso era el único con el que había hablado de la situación de su hermano. Y siguió con la vista la pelota que su amigo botaba hasta que la lanzó de un modo intencionadamente forzado, «a lo Larry Bird», como le gustaba decir.

—No creo, en el centro que estuvo le han conseguido una especie de trabajo —le contó, inclinándose para recoger el balón—. Es en Cáceres, en la zona del Jerte.

—¿No era tu padre de por allí?

—De más al norte, cerca de la comarca de Las Hurdes.

—¿Y qué va a hacer?

—Cosas relacionadas con la naturaleza, tienen colmenas y está aprendiendo a cosechar miel. Dice que le gusta mucho, así que puede que acabe convirtiéndose en apicultor.

—Sería genial, con tal de salir de la mierda en la que estaba… —Esperó a que Pablo tirara para ir al rebote—. En esos casos es lo mejor, cambiar de ciudad y de ambiente para no volver con las malas compañías.

Tiró de nuevo a canasta desde la línea de personal y el balón entró limpiamente.

—¿Hacemos un uno contra uno mientras llegan los otros? —le propuso.

—Vale, empieza tú.

Óscar intentaba escapar a la presión defensiva. Manejaba bien el bote, aunque su fuerte era el tiro; ninguno lo aventajaba en puntería y en los tiros libres resultaba casi infalible. Había estado cerca de ser profesional, pero una rotura de ligamentos lo hizo retirarse antes de empezar. Sin embargo, el baloncesto seguía siendo su pasión, entrenaba a los niños del colegio además de ser el promotor de aquel grupo de aficionados.

Corrió hacia el lateral protegiendo el balón con el cuerpo, pero se quedó arrinconado en la banda y de un manotazo Pablo le hizo perderlo, con lo que le tocaba a él atacar. No obstante, se quedó quieto con la pelota entre las manos; hacía tiempo que quería preguntarle algo y no había tenido ocasión de hacerlo.

—¿Conociste a la mujer de don Saturnino?

Óscar arrugó un poco la frente. Desde su metro noventa y ocho, el más alto del equipo, se pasó la mano por el pelo oscuro y ondulado, como si buscase la información antes de contestar.

—La vi cuando el Satur dio unas conferencias. Yo llevaba unos meses trabajando en la secretaría así que de eso hará cosa de seis años. También vino la hija, de ella me acuerdo más —dijo esbozando una sonrisa—. Se parecía mucho a la madre, pero en joven. Era rubia y muy guapa, aunque demasiado flaca para mi gusto.

—¿Y qué sabes de la mujer? —volvió a preguntar.

—Que tenía nueve o diez años menos que el Satur, y que sus colegas se sorprendieron cuando se enteraron de que se casaba. Era un tío bastante serio y estricto, no se le conocían líos y de pronto encontró a una que no solo estaba buena, también tenía pasta porque su padre era un rico anticuario que le dejó un negocio en pleno barrio de Salamanca. Luego… Supongo que sabes que murió en un accidente de tráfico y que al poco tiempo a él le dio el patatús.

Pablo conocía aquello por la propia Celia Esquivel y por su abogado.

—¿Y cuándo volvió a la facultad? —preguntó de nuevo.

—Cuando murió la mujer estuvo bastante sin aparecer, pasó la dirección de las tesis que llevaba a otros profesores y anuló seminarios y conferencias. Luego le ocurrió lo del ictus. Todo el mundo creyó que se moría y, aunque no fue así, no pensamos que volveríamos a verlo hasta que un día se presentó de repente. Me sorprendió su aspecto. No es que fuese un tipo fuerte ni alto, pero encogió un montón y parecía que le habían caído quince años de golpe. Lo único que tenía igual era la voz, ese tono que le sale de mala hostia que te hace temblar. Y tú debiste caerle bien si duraste tanto.

Pablo sonrió apenas. No sabía si aquello podría considerarlo de forma positiva, y sin decir más empezó a botar de nuevo, solo unos segundos, pues Óscar consiguió robarle el balón. Corrió hacia la canasta y saltó dejándolo con las dos manos en medio del aro.

Siguieron con el ataque-defensa, turnándose con igual suerte, hasta el último lanzamiento fallido de Pablo.

—Hay una cosa que me chocó —dijo Óscar parándose con el aliento entrecortado y el balón bajo el brazo—. Fue un día que vino a secretaría a por unos papeles.

Pablo lo escuchaba con atención.

—Había pasado poco tiempo desde el accidente de su mujer y tenía, como es lógico, mala cara y le temblaba la mano de tal forma que le costó firmar unos documentos en el registro. Lo acompañaba la hija, que quiso ayudarlo, pero le habló mal y ella salió al pasillo. Entonces llegó el jefe de administración para darle el pésame porque no había tenido oportunidad de hacerlo. El pobre había estado hospitalizado varios meses y estuvo jodido.

Tomó aliento unos segundos antes de seguir, mientras Pablo esperaba expectante.

—Cuando le dijo lo típico, que lo sentía y que le acompañaba en el sentimiento, el viejo hizo un gesto de agradecimiento, y al volverse murmuró «bien está». Eso le oí decir cuando pasó a mi lado y nadie más que yo lo escuchó. Además, me dio la impresión de que lo decía con rabia, y fue un par de días después cuando le dio el ataque.

Se quedó mirando a Pablo.

—Bien está —repitió—. ¿Qué puñetas querría decir con eso?

Tampoco él lo entendería si estuviese en su lugar, sin embargo, después de los acontecimientos que había vivido, a Pablo no le cabía duda de que debía tener algún sentido. No era la primera vez que pensaba que todo aquel asunto, el sobre y la visita a ese tal José tenían relación con la mujer de don Saturnino, que el catedrático quería averiguar algo de su vida, y ese algo le afectaba de forma muy directa, hasta el punto de hacerle enfermar por segunda vez. Pero no quería pensar en ello en ese momento. Estaba allí para divertirse y como respuesta se encogió de hombros. Óscar le pasó el balón y tiró; entró limpio, sin apenas mover la red. Justo entonces escucharon el ruido de voces acercándose, y uno a uno fueron llegando el resto de los compañeros del equipo.

5

Se levantó tarde y estaba desayunando cuando entró su madre para dejar la compra. Apenas quedaba sitio en aquella mesa tan estrecha como la propia cocina, y fue haciendo hueco para soltar las patatas, las zanahorias, unas acelgas húmedas que mojaron el cartón de la caja de galletas, y por último la bolsa de pan que colgó detrás de la puerta, al lado del delantal y de la escoba. Todo lo había hecho con movimientos rápidos y precisos, mientras Pablo daba el último sorbo al café y su madre enseguida le quitó la taza vacía para dejarla en el fregadero.

—Te llamó una chica —le dijo de pronto—. Estela… no recuerdo su apellido.

Se giró en el taburete; su madre colocaba las verduras en el frigorífico y esperó a cerrar la puerta para mirarlo. Tenía solo dos años más que Celia Esquivel, pero parecía mucho mayor debido a la absoluta falta de interés por cuidar su aspecto, como las visibles canas y las profundas arrugas bajo los ojos, signos de los últimos años de sufrimiento.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

Y le dio el recado, que esa tarde quedaba con él a las seis en una conocida cafetería de la calle Goya.

—Parecía simpática, ¿quién es?

Solo contestó que era una amiga y se levantó con aparente tranquilidad. Sin embargo, en su interior no podía evitar el nerviosismo que no lo abandonó hasta que llegó al lugar de la cita.

Se había puesto los vaqueros con su mejor camisa y el anorak verde que tenía el borde de piel de la capucha bastante deteriorado, pero no tenía otra cosa mejor y hacía frío. El cielo se había cubierto de nubes grises y podía empezar a llover de un momento a otro. Eso pensaba apoyado contra la pared, cuando un taxi paró en doble fila.

Vio a Estela pagando al conductor y se enderezó enseguida en un impulso de ir a abrirle la puerta, pero se quedó inmóvil en medio de la acera, esperándola.

Ella se aproximó con pasos apresurados. Vestía un impermeable amarillo sin abrochar, por el que se veía un vestido ceñido de un color marrón similar al tono de las botas y el bolso que colgaba del hombro.

—Vengo del hospital —le dijo.

Antes de que él preguntase, comentó, mientras traspasaban la puerta del local, que su abuelo seguía estable.

—Es lo mejor que se puede esperar, y que no ha sufrido daños cerebrales. El médico opina que es por haberlo llevado tan rápido al hospital, y eso fue gracias a ti —concluyó dedicándole una sonrisa.

En el interior de la cafetería flotaba el olor del café mezclado con el dulce aroma de la bollería expuesta tras los cristales del mostrador, que Estela miró con detenimiento.

—Solo he comido un sándwich y una manzana, y estoy hambrienta —habló sin apartar la vista del expositor—. Los croissants tienen muy buena pinta, pediré uno, ¿y tú?

—Yo solo un café cortado.

Ella pidió uno con leche además del croissant al camarero que se acercó a atenderlos. No quedaban mesas libres junto a las ventanas, solo al fondo había dos, y una de ellas formaba un rincón íntimo, apartado y discreto, que fue al que se dirigió ella. Pablo la siguió un tanto deslumbrado por el amarillo de su impermeable hasta que se acomodó en el asiento tapizado. Él hizo lo propio en el de enfrente, bajo la fotografía enmarcada de una montaña rodeada de nubes.

Estela se había quitado el impermeable que dejó a un lado con el bolso. Lucía un collar de cuentas de colores a juego con los pendientes y las uñas pintadas de rosa cuando apoyó los codos sobre la mesa y las manos en las mejillas.

—¿Qué tal te fue con Max?

Pablo se quitaba el anorak y se quedó a medio camino.

—¿Max? —preguntó a su vez.

—Maximiliano Ramírez, el abogado —y añadió sonriente—: en casa lo llamamos Max, es mi padrino y está colado por mi madre desde siempre.

—Será por eso que no me cree y sí a ella —repuso sin pensar, dejando el anorak en el respaldo.

—Yo si te creo —se apresuró a decir más seria, y sacó del bolso un pañuelo que desdobló con cuidado, enseñándole algo en su interior.

—Este es el camafeo que mi madre dice que has robado.

Pablo no entendía nada y la miró desconcertado.

—Mi abuelo me lo regaló al morir mi abuela —le explicó—. Me pidió que no se lo dijese a mi madre. Ella quería venderlo porque sabía de un coleccionista que estaba dispuesto a pagar mucho dinero. No solo es una joya valiosa por los materiales, esto es oro, el relieve de la efigie está hecho en jade, y las incrustaciones que ves son rubíes y esmeraldas.

Pablo lo miraba, hipnotizado por la belleza de la orfebrería que destacaba entre los finos dedos de Estela con sus uñas pintadas de rosa.

—Lo que hace que tenga más valor es que perteneció a Madame de Montespan, la amante de Luis XIV, el famoso Rey Sol, que lo encargó para regalárselo. —Y lo miró preguntando—: ¿conoces su historia?

Pablo negó con la cabeza y ella empezó a contarle.

—Fue su favorita durante doce años y tuvieron siete hijos a los que no reconoció oficialmente, pero los recompensó con títulos de nobleza. Luego, al perder el favor del rey, abandonó la corte y estuvo envuelta en sospechas de conspiración, incluso la acusaban de ser algo bruja y de querer envenenar al rey. Hubo un escándalo que el propio Luis XIV quiso acallar, haciendo destruir los documentos que la inculpaban, pero existían copias y por eso acabó saliendo a la luz. Muchos historiadores dudan de que fueran ciertas las acusaciones. Sería algo así como matar a la gallina de los huevos de oro. Y ella, que era una amante del lujo, acabó sus días en un convento, y se supone que se vería obligada a vender sus joyas, entre ellas este camafeo que tiene la imagen de Atenea, la diosa griega de la guerra y la sabiduría, y curiosamente Athénais era el segundo nombre de Madame de Montespan.

Se quedó mirando a Pablo con la expresión orgullosa de tener un pedazo de historia en la mano, hasta que algo le ensombreció el gesto mientras seguía con la vista en el broche.

—Mi abuela se lo ponía mucho hasta que unos años antes de morir dejó de hacerlo y lo guardó en la caja fuerte. Le pregunté una vez por ello y me contestó que temía que se lo robasen, algo extraño, pues nunca antes le había preocupado.

A pesar de lo interesante que resultaba aquel relato y la curiosidad que le cruzó por la mente de saber cómo había acabado esa joya en las manos de su abuela, lo principal seguía siendo la injusta acusación que pesaba sobre él.

—Si lo tienes tú… deberías decírselo a tu madre.

—¡Claro que se lo diré! No quiero que te culpe por algo que no has hecho.

Y se inclinó un poco hacia él.

—Nadie sabe que lo tengo, salvo mi abuelo y ahora tú —le susurró como si temiese que alguien pudiese oírla en medio del trajín de la barra, las conversaciones o la música ambiental.

—Tienes que decírselo —repitió él.

—Lo haré, no te preocupes.

—¿Cuándo? —insistió.

—Pronto.

Aquellas palabras no lo tranquilizaron y se quedó mirando sus manos, cómo volvía a colocar la joya en su pañuelo, hacía los dobleces y lo guardaba de nuevo en el bolso.

El camarero llegó con la consumición, dejó las tazas donde el café humeaba con una nube de espuma de leche flotando en la superficie, además de un plato con el croissant.

—Max cree que ocultas algo —le dijo echando uno de los azucarillos en el café.

—¿Qué voy a ocultar?

Supo que no era convincente al notar la inseguridad en su propia voz.

—Eso lo sabrás tú —contestó ella.

Cortó un trozo del croissant, lo pinchó con el tenedor y se lo metió en la boca masticando despacio.

—¿Por eso me has pedido que venga? —preguntó sintiéndose a la vez defraudado.

Estela tomó un poco de café antes de responder.

—Por eso y para enseñarte el camafeo y que supieras que no debes preocuparte. —Hizo una mueca no exenta de ironía—. También por mi madre, me intriga el motivo por el que te ha metido en este lío, aunque sospecho que será lo de siempre.

Volvió a cortar otro trozo de croissant, pero no lo comió porque se quedó mirándolo.

—A ella le encanta llevar el control de todo y contigo no ha podido. No te has dejado manipular como tampoco mi abuelo, por eso chocan tanto. Desde que murió mi abuela discuten más, especialmente cuando cambió la combinación de la caja fuerte y guardó en ella sus retratos. —Su rostro dibujó una mueca de tristeza —. Mi madre no es capaz de comprender que se querían mucho, aunque lo más molesto para ella fue no disponer a su antojo de lo que guardaba, en especial el camafeo, que pensaría que estaba dentro.

—Y como yo abrí la caja…

—Exacto —dijo ella, y comió un poco de croissant antes de seguir—. Mi madre pretende controlarlo todo, incluso estuvo a punto de solicitar por vía judicial que declararan incapaz de administrar sus bienes a mi abuelo cuando le pasó lo del ictus, e intentó meter en ello al pobre Max.

Pablo abrió mucho los ojos; aquello le parecía excesivo hasta para Celia Esquivel.

—No quiero decir con eso que no lo quiera —aclaró ella—. Solo que no es sentimental. Le gusta demasiado el dinero, lo contrario que a mi abuelo. Por desgracia para ella tiene pleno poder para hacer lo que le apetezca porque, salvo en el caso de la tienda, mis abuelos habían testado el uno a favor del otro y todo es suyo mientras viva.

Pablo se perdía entre aquel galimatías de herencias y ambiciones que ella siguió contando.

—Mi abuelo puede donar dinero para las excavaciones arqueológicas, y ha invertido bastante sin que mi madre se entere porque si lo hiciera le daría un infarto.

Se sonrió, pero él no pudo.

—¿Cómo el dinero que cree que yo he robado junto con el broche?

Estela dejó de reírse.

—Podría ser, aunque en el caso del dinero, no puedo decirte con seguridad si lo tenía ni en qué lo gastó porque no lo sé. Pero ya te he dicho que no te preocupes, que todo se aclarará.

Hasta ese momento Pablo no había empezado su café y se echó el azúcar removiéndolo despacio con la cucharilla, mirando como desaparecía poco a poco la espuma de leche.

Entonces ella empezó a hablar de su vida sin que él le preguntara. Supo que tenía veinticinco años, que su padre era italiano y que trabajaba en la embajada cuando conoció a su madre. Como era un gran amante del arte y las antigüedades, solía recorrer tiendas, mercados y rastrillos, y cuando entró en la de Celia Esquivel se quedó prendado de ella y no paró hasta conquistarla.

—Me dijo que fue difícil. Como has podido comprobar mi madre tiene un carácter arisco, pero lejos de ser un impedimento debió tomárselo como un reto, igual que cuando busca lo que él llama «tesoros escondidos» en cualquier tienda o mercadillo. Y los dos tienen su genio, aunque mi padre le gana en sentido del humor. Es muy mediterráneo en todo, por eso siempre discutían, ninguno daba su brazo a torcer y menos aún mi madre. Si duraron tanto fue

porque nací yo. Estuvieron años manteniéndose correctos, aunque era evidente que acabarían separándose. Primero fue la distancia por el trabajo de mi padre que tuvo que volver a Italia, y al legalizarse el divorcio, lo solicitaron.

Estela hablaba de aquello con absoluta naturalidad, sin parecer que le afectase, mientras él no podía imaginar una situación tensa entre sus padres; siempre se habían llevado bien, apenas discutían y si hubiese sido así la vida en un piso de setenta metros cuadrados habría sido muy difícil, menos aún en la época en que su abuelo Higinio había estado viviendo con ellos y había tenido que compartir habitación con su hermano César.

—Cuando me preguntan si la separación de mis padres me había traumatizado o me hizo perder la fe en el amor, tengo que decir que no porque tenía otro ejemplo, el de mis abuelos. Viví mucho con ellos y no he visto a nadie que se quiera tanto.

Se hizo un silencio que Pablo no quiso interrumpir hasta que ella volvió a hablar.

—Hace casi dos años, cuando terminé la carrera, me fui a Milán. Estudié un máster de Derecho Internacional, además de perfeccionar el idioma, y estaba barajando la posibilidad de quedarme, incluso tenía concertada una entrevista para hacer prácticas en la embajada… Entonces pasó lo de mi abuelo, y me entraron remordimientos por no haber venido más veces a verlo. Solo hablábamos por teléfono y… bueno, estas navidades tampoco… y no sé si podré volver a decirle que lo quiero…

La voz se le quebró mientras los ojos se le humedecían por la emoción, y con uno de sus dedos cortó el paso de una lágrima. Luego apretó los labios, mirando al fondo de la cafetería hasta que recuperó la serenidad.

—Es mejor no seguir hablando de cosas tristes —sonrió levemente y lo miró—. Ahora te toca a ti contarme algo.

Pablo se alzó de hombros, a la vez que dejaba escapar una sonrisa al acordarse de la primera vez que había estado ante don Saturnino y le había dicho algo parecido, aunque no de aquella forma tan encantadora.

—¿Y sobre qué?

—Lo que tú quieras.

Pasó por alto las cosas más importantes y dramáticas, como la muerte de su padre y los problemas de droga de su hermano, y se detuvo en hablarle de sus estudios, del proyecto de la tesis y la beca de investigación que quería conseguir, junto con los partidos de aficionados que jugaba en el pabellón de su barrio.

—Nunca me ha gustado el deporte —dijo ella—. Mi padre es aficionado al futbol; no llega a los extremos de ser un *tifosi,* pero una vez que me llevó a ver al Inter de Milán me horrorizó: la gente gritando como locos, insultando al rival y al árbitro.

—El baloncesto es más tranquilo.

—Entonces no me importaría ver algún partido.

—Este sábado jugamos a las doce —se apresuró en señalar, pero ella no dijo nada, y Pablo se dio cuenta de que se había precipitado al interpretar sus palabras.

Solo cuando abandonaron la cafetería, a punto de ser las nueve, Pablo le preguntó cómo había llegado el broche a manos de su abuela.

—De su padre, se lo regaló cuando se casó. Se dedicaba a la compra-venta de arte y antigüedades, aconsejaba a ricos que querían invertir, negociaba por ellos e incluso para algunas Casas Reales porque, aparte del español, dominaba el francés y el alemán, lo que le permitió moverse por toda Europa. Fue en los últimos años de su vida cuando abrió la tienda y se estableció definitivamente en Madrid. Mi abuela, cuando él ya no podía, se encargó de llevar el negocio. No había estudiado arte como mi madre, pero sabía situar cualquier pieza en su época, tasarla, y distinguía una copia de un original.

—¿Y tu abuelo?

—Él nunca se metió en sus cosas. Escribía sobre sus investigaciones y daba clases en la universidad, mientras que para ella la tienda era su reino. Fue una mujer increíble para su época, valiente y decidida, y en la España atrasada y machista de entonces se desenvolvió sola, conducía su propio coche e iba y venía a ferias y subastas sin necesidad de que nadie la acompañase.

—¿Cómo llegó el broche a tu familia? —insistió Pablo.

Ella contestó que lo ignoraba.

—Podrías preguntárselo a tu madre cuando le digas que lo tienes tú —repuso él con toda la intención.

Estaban muy cerca del edificio donde vivía y Estela soltó una carcajada.

—¿Es que tienes miedo de mi madre?

Pablo se detuvo. Ella tenía los brazos cruzados, el aire movía su pelo y le pasaron unos mechones por la cara que retiró sin dejar de reír.

—No es miedo —contestó él con gravedad—. Solo que no me gusta que nadie me cargue con algo con lo que no tengo nada que ver y encima sea motivo de burla. Quizá a ti te resulte gracioso y te

entretenga, pero no a mí.

Y dicho aquello, reanudó su camino sin esperarla.

Enseguida sintió que corría tras él, pero no se detuvo, siguió andando hasta que al oír que lo llamaba por su nombre se paró, girándose.

—Lo siento —dijo avergonzada al llegar a su lado—. No era mi intención ofenderte y en ningún caso burlarme.

Pablo aceptó sus disculpas con un gesto de cabeza.

—A veces soy demasiado espontánea, es algo que debí heredar de mi padre.

—No tiene la menor importancia, de veras.

Caminaron los pocos metros que les faltaban sin hablar.

—Hasta luego —dijo ella, y le tendió la mano que Pablo tomó como si pensase que fuera a quemarlo, pero era pequeña y delicada.

—Hasta luego —le devolvió a media voz, mientras ella desprendía su mano de la suya y se adentraba en el portal.

En el trasbordo que hizo en Sol no había el tumulto de gente apretujándose en los vagones de las horas punta y encontró sitio donde sentarse. Así, entre el traqueteo monótono del tren sobre los raíles, no dejaba de pensar en lo ocurrido unos minutos antes. No solo su situación le resultaba confusa, también lo estaba por aquella chica a la que no entendía del todo, y varias sensaciones competían en su interior hasta que su cerebro racional se topó con la realidad. Si por un momento pensó que Estela estaba a su alcance, no tenía más que recordar que pertenecía a un mundo muy distinto del suyo. En su casa no había cajas fuertes porque no tenían nada de valor que guardar, tampoco broches que perteneciesen a la amante de un rey francés ni cuadros de Sorolla que costaban millones sobre la chimenea porque tampoco tenían chimenea, no habría entrado siquiera en el piso. Y él era el hijo mayor de la viuda de un albañil, sin más patrimonio que sus estudios universitarios y la esperanza de una beca.

Hacía calor en el vagón y se quitó el anorak. Entonces se fijó en un hombre joven que seguía de pie, recostado contra la esquina en el otro extremo, aunque había asientos vacíos. Le chocó que tuviera la cremallera de la cazadora de cuero negra subida hasta el cuello, y era un tipo fuerte, con el pelo engominado, largas patillas y la nariz aplastada como la de los boxeadores. Por un segundo su mirada se cruzó con la suya y la retiró enseguida, dejándola de nuevo en el

vacío. No tenía nada que leer para matar el rato y sintió la somnolienta dejadez que le despertaba cuando el tren aminoraba la marcha para hacer la siguiente parada. Entraba retumbando en la estación y los viajeros se acercaban a las puertas, «dejen salir antes de entrar», y Pablo los miraba como una distracción al igual que los carteles y anuncios, incluso los letreros remarcados en rojo con el nombre de las estaciones que iban sucediéndose a cada paso antes de adentrarse de nuevo en el túnel. Menéndez Pelayo, Menéndez Pelayo, Menéndez Pelayo… y la siguiente sería Pacífico, luego Puente de Vallecas, Nueva Numancia y, por último, la suya, Portazgo, el final de la línea uno.

Subió de dos en dos los escalones hacia la salida donde coincidió con el de la cazadora de cuero que empujaba como él el rotor de al lado. Pablo se puso el anorak y salió a la calle, aprovechando la marquesina del estadio de futbol para protegerse de las primeras gotas que empezaban a caer. Su casa no estaba lejos y anduvo ligero. La lluvia se hacía cada vez más copiosa y se cubrió la cabeza con la capucha hasta llegar al edificio de ladrillo marrón donde vivía. Era el primero de la manzana donde se sucedían otros cinco bloques exactamente iguales, rodeados por una estrecha zona ajardinada. En algunos balcones se veía ropa tendida, y en el segundo B, justo debajo del suyo, se alineaban los delantales y mandiles de los Carrizo, los dueños de la mejor carnicería del barrio.

Pablo se quitó la capucha y sacó la llave del bolsillo del pantalón. Cuando se volvía para cerrar vio que, por el otro lado de la acera, a la altura de los cubos de basura, pasaba el mismo de la cazadora de cuero que lo miró sin detenerse.

6

Era la tercera vez, así que no podía ser una casualidad. Al asomarse por la ventana del despacho, mientras esperaba al tutor de su tesis, lo vio sentado en el banco frente a la facultad de Ciencias. Vestía su cazadora, con gafas oscuras y tenía el cuerpo ladeado con la evidente intención de no perderse quien entraba o salía. Y Pablo no pudo reprimir una sonrisa amarga pensando que Celia Esquivel y su abogado habían decidido vigilarlo. Aunque eso no era lo que más le dolía, sino que Estela no cumpliese su palabra; no había vuelto a tener noticias suyas y además se encontraba con aquel tipo pisándose los talones.

Pero no iba a darle más vueltas y al día siguiente, al salir de la facultad donde llevó al tutor la copia definitiva de la tesis, no volvió derecho a su casa. Hizo el trasbordo hasta Goya y se dirigió al piso de los abogados, dejando a su espía disimulando con que entraba en la cabina de teléfonos.

Le abrió la secretaria que le comunicó que el señor Ramírez estaba ocupado en ese momento, que apuntaría su nombre y se pondría en contacto para una cita. Pero él insistió en que era urgente y la mujer le hizo pasar a una sala contigua.

Era una habitación pequeña, con una ventana de cristal opaco y una lámpara de pie que iluminaba el rincón al que se dirigió, cogiendo la revista que estaba más a mano. La portada tenía la foto de un paisaje helado con el titular «La primera base española en la Antártida», y abrió las páginas para leerlo.

Casi terminaba el artículo cuando escuchó una puerta y voces de fondo. Además de a Ramírez, reconoció la de Celia Esquivel.

Se acercó a la puerta entornada y los vio encaminarse hacia la salida. Ella, con su elegancia y altivez habitual, mientras el abogado la miraba embelesado, tomando su mano y besándola. Pablo sonrió

para sí; aquello semejaba la escena de una película cursi y anticuada.

—Me encargo del chico, no te preocupes —le oyó decir.

—¿Y mi hija? No sé qué voy a decirle después de…

Estaba de espaldas y no veía su rostro, pero bajó la cabeza como si estuviera apenada.

—Puedo hacerlo yo —se apresuró servicial.

—No, Max, es mejor que lo sepa por mí… y gracias por todo.

—No hay de qué, Celia, sabes que siempre estoy a tu disposición.

Y casi hizo una reverencia, como la del vasallo a su reina. Cerró tras ella y Pablo retrocedió presuroso, sentándose de nuevo con la revista. Pero no leía, estaba pendiente de los sonidos y pudo oír a la secretaria diciendo que un joven lo esperaba. Segundos después unos pasos se aproximaron y la hoja de madera se abrió de par en par.

—¡Vaya! —exclamó Ramírez visiblemente sorprendido, volviendo por un instante la vista hacia la puerta—. Pasa al despacho.

Pablo lo hizo, un tanto desconcertado al oír como el abogado lo tuteaba amistosamente.

Tomó asiento en el mismo sitio que la primera vez y miró a Ramírez que consultaba su reloj a la par de que se sentaba. Sacó un cigarrillo de la cajetilla que tenía sobre la mesa y alargó el paquete hacia él.

—¿Fumas? —le ofreció.

Él negó con la cabeza y el abogado lo dejó a un lado para encender un pitillo.

—Solo tengo unos minutos —dijo tras dar la primera calada.

—No voy a tardar mucho —replicó en un tono tan áspero que hasta a él le sorprendió.

Ramírez esbozó una breve sonrisa.

—Parece que estás más tranquilo que el otro día. —Y echó la cabeza hacia atrás para expulsar una bocanada de humo.

—¿Por qué ha mandado que me sigan? —le lanzó sin más, y el abogado frunció el entrecejo.

—¿Seguirte? —preguntó a su vez.

—Sí, usted o la hija de don Saturnino… o los dos.

Ramírez descargó la ceniza en el cenicero donde había otras dos colillas.

—No sé de qué me hablas, chico, soy abogado, no me dedico a seguir a la gente.

Le molestó aquello de «chico» igual que el tuteo; habría preferido volver al trato distante y frio de la primera cita.

—¿Y ella? —insistió Pablo.

El hombre pareció titubear, pero respondió con contundencia:

—Ella tampoco. Además, ¿para qué íbamos a seguirte? Lo sé casi todo de ti, incluso lo que no me has contado, como que desde que murió tu padre en un accidente laboral apenas llegáis a fin de mes, que tu madre limpia por horas en una casa de la calle San Francisco, que tu hermano estuvo detenido por temas de droga, y tú pasaste por comisaría por el intento de agresión a un vendedor de periódicos… Pero lo más importante es que necesitas un empleo, o lo que es lo mismo, dinero.

Pablo se había quedado mudo, no parpadeaba siquiera, y Ramírez continuó:

—Lo que aún no sé del asunto de don Saturnino Esquivel te encargarás tú de contármelo cuando llegue el caso, es cuestión de tiempo y tengo mucha paciencia, así que ¿para qué iba a seguirte?

—Por el puñetero broche y el dinero —declaró con rabia—. Pero no se molesten, no lo tengo.

Ramírez estrujó el cigarrillo en el cenicero. Apenas había dado unas caladas y lo miró tan indignado como él.

—Te repito que no he puesto a nadie para que te siga, más aún, Celia ha estado aquí hace unos minutos y quería que hablase de nuevo contigo. —E hizo una pausa que dio énfasis a sus palabras—. Antes de llevar el asunto por cauces legales va a esperar a ver la evolución de su padre. Si se recupera y habla a tu favor apoyando lo que me has contado, quedarás libre de sospechas, y el asunto se habrá terminado.

Él iba a preguntar qué ocurriría si don Saturnino moría, pero sonó el timbre de la puerta y Ramírez se puso en pie.

—Celia no va a dejar las cosas así, el camafeo tiene que aparecer y no solo eso, también sabes algo que te has empecinado en callar, y te aconsejo que si no quieres tener mayores complicaciones lo hagas. Y yo estaré aquí para escucharlo.

Le tendió la mano como despedida, pero Pablo no la chocó.

—Se equivoca completamente —dijo yendo hacia la puerta, cruzándose con el cliente que pedía permiso para entrar en el despacho.

El tipo de la cazadora de cuero seguía junto a la cabina de teléfonos

y Pablo titubeó, aún parado frente al portal, hasta que tomó el camino contrario al que le llevaba al metro. Pasó intencionadamente por la calle de la tienda de antigüedades hasta llegar al edificio del piso del catedrático. Miró los botones del portero automático e hizo ademán de llamar porque necesitaba hablar con Estela para preguntarle el motivo por el que no había confesado que ella tenía el broche. Pero la posibilidad de encontrarse con la madre lo hizo desistir, no por miedo sino por prudencia; estaba demasiado alterado y acabaría diciéndole a la cara lo que pensaba y de la forma más dura posible.

Volvió entonces la cabeza hacia la fachada de la tienda, varios metros más abajo y en la acera contraria, el de la cazadora se había detenido y hablaba con Félix, el dependiente de Celia Esquivel.

—Con que no tiene nada que ver —masculló para sí.

Apresuró el paso y se metió enseguida por la calle contigua, corriendo y sorteando los coches, hasta que estuvo seguro de que no lo seguía y continuó hacia Alcalá para coger el autobús en Cibeles.

7

Maximiliano Ramírez tomó el sobre que le pasó Evaristo García, de *E.G. Investigación Privada*, que se sentaba frente a su mesa y al que observó con curiosidad. No tenía el aspecto de los tipos duros de las novelas de género negro, más bien parecía un oficinista pequeño y enjuto, con la nariz corta y los ojos empequeñecidos tras las gafas, redondos y vivaces como dos canicas negras a punto de salir rodando.

—No es ético darle información de un cliente —empezó a decir titubeante—. Nunca en mis treinta años de profesión había hecho algo semejante, y cuando se puso en contacto conmigo… Solo me convenció que me asegurase que no sería para perjudicar al señor Esquivel, al que deseo una pronta recuperación.

El abogado asintió con un gesto de cabeza.

—Son tiempos difíciles —siguió el investigador—. En este mundo mío cada vez hay más competencia. No solo intrusos que lo único que han visto son películas y creen que este oficio es pan comido, también gente joven con medios modernos, y las tecnologías no están a mi alcance. Yo soy de la vieja escuela.

Sonrió sin apenas estirar los labios mientras el abogado seguía sin alterar su semblante. Le era indiferente si tenía o no ética o le iba mal el negocio, y abrió el sobre a la vez que lo miraba por encima de las gafas.

—Que quede claro que no hablará con nadie más de este caso —dijo con su voz grave y contundente.

—No, por supuesto que no —se apresuró a decir Evaristo García y añadió—: Le doy mi palabra, como que esa es toda la documentación de la que dispongo y que no quedará ni rastro en el archivo.

—Por lo que le pagaré las doscientas mil pesetas que acordamos.

Él asintió, hundiendo el mentón entre el cuello de la camisa. El abogado sacó los tres folios mecanografiados junto a una fotocopia de un recorte de prensa que dejó al lado, y olvidándose del investigador, empezó a leer para sí:

> Rafael de Mora Torrens nació el 18 de abril de 1872 en Madrid. Su padre se llamaba Bernardo de Mora, un barcelonés que se trasladó a la capital para formar parte del gobierno de la primera república. Su madre, Leonora Torrens, era hija de un comerciante que se dedicaba a la importación y que se arruinó al perderse las posesiones españolas en Cuba.
> El matrimonio vivió en un palacete situado en la calle Libertad hasta que Bernardo de Mora perdió su puesto en el gobierno y tuvieron que mudarse a un piso de la calle Arenal.
> Rafael cursó sus estudios en San Isidro y la Complutense, donde empezó Historia del Arte y Filosofía. Con veintidós años se marchó a París y, en la Sorbona, completó su formación.
> Desde entonces residió en París, aunque pasó largos periodos en Londres, en Berlín y en Viena.
> De 1897 a 1901 trabajó para un conocido marchante de arte, Vicent Nowiski, francés de ascendencia alemana que estuvo envuelto en un escándalo de falsificación de obras de arte que implicaron a personas de la nobleza. Fue encarcelado, y De Mora en ningún momento se vio mezclado en la trama, aunque fue investigado.
> Por sus conocimientos de idiomas, De Mora se creó nuevos contactos al margen de su antiguo socio. Trabajaba para diversos clientes y se movía por toda Europa.
> Cuando estalló la Guerra del 14, Rafael De Mora ya ha hecho fortuna, y a pesar de haber salido su nombre en varias tramas relacionadas con falsificaciones y fraudes, no se pudo demostrar nada en su contra.
> Durante años no volvió a España salvo por la muerte de sus padres. En 1918 se presentó en Madrid, pero fue al año siguiente cuando se estableció definitivamente.
> En ningún registro figura como casado, aunque según los ecos de sociedad tuvo varias amantes, y en una publicación de la época se llegó a anunciar su compromiso con Blanca Hernanz, hija de un diputado sevillano.
> El 6 de junio de 1920 escrituró el bajo que compró en la calle Velázquez donde situó la tienda de antigüedades —aún

existente—, además de una vivienda que ocupó toda la planta superior del mismo edificio donde vivió hasta su fallecimiento.

Tuvo dos dependientes: Segundo Ramos y Carmelo Salazar. Este último tenía antecedentes penales y trabajó para De Mora durante unos meses.

En 1934 apareció Teresa, la hija de Rafael De Mora, que tenía diecisiete años. Los datos de la madre no se encontraron, pero su paternidad es reconocida en un documento.

La señorita De Mora no frecuentaba salones ni fiestas que eran el reclamo para darse a conocer en sociedad y formalizar noviazgos y compromisos; trabajaba en la tienda y enseguida dominó el negocio. Su padre tampoco parecía tener prisa por buscarle marido hasta que empezó a tener problemas graves de salud y sufrió dos infartos que lo obligaron a llevar una vida más tranquila.

En 1936, unos meses antes de la guerra civil, Teresa conoció a Saturnino Esquivel, un profesor de universidad que procedía de buena familia y que vivía en la misma calle.

La guerra estalló. Saturnino Esquivel, de treinta y tres años, se casó con Teresa, de veinticuatro, el 10 de octubre de 1937. Quedó embarazada y, durante el asedio a Madrid, Teresa dio a luz una niña, Celia. Su esposo, que estaba en el frente, no conocería a su hija hasta finalizar la guerra.

Teresa De Mora se trasladó a la vivienda de su marido, pero siguió en contacto con su padre y trabajó en la tienda de la que ya se había hecho cargo por completo.

El 2 de septiembre de 1946 Rafael De Mora Torrens murió de un infarto a la edad de setenta y seis años, por lo que dejó a su hija Teresa la propiedad del piso y la tienda con todo su contenido.

Ramírez terminó de leer la segunda hoja y pasó a la última.

Carmelo Salazar, el empleado de De Mora, empezó sus problemas con la justicia desde muy joven. De hurtos menores hasta un atraco a una oficina postal, donde estuvieron a punto de detenerlo. Escapó de la policía y logró pasar la frontera. Fue a París, donde conoció a Rafael De Mora. Sin datos que lo confirmen con rotundidad, ambos debieron tener asuntos comunes hasta que Salazar regresó a España y contrajo matrimonio con Felisa Sánchez. Poco después, fue acusado y

detenido por estafa a varios comerciantes…

Ramírez detuvo la lectura y miró al investigador.

—¿Qué tiene que ver este Carmelo Salazar con nuestro asunto?

—Mucho —contestó él—. No solo que coincidió y conoció a De Mora en París, sino que al ser detenido como cerebro de la estafa y pese a múltiples pruebas que lo incriminaban, gracias a sus contactos y el abogado que le proporcionó y pagó, no pasó ni un mes en la cárcel. Más aún, al poco tiempo trabajaba de nuevo para él. —Tomó aliento para dar más énfasis a sus conclusiones—. Según mi experiencia, eso significa que De Mora y Salazar fueron socios en París, y en asuntos nada limpios, sin duda. Por eso lo ayudó en el juicio, por motivos de lealtad entre compinches de fechorías.

—Sigo sin encontrar la conexión —repitió Ramírez.

—Está muy clara —dijo García estirándose en la butaca, ya más confiado—. Estuve tres semanas buscando en la hemeroteca hasta que di con el artículo que hablaba del juicio a Carmelo Salazar. Se describe el tipo de delito sin dar nombres, pues debieron estar implicados hombres de dinero e influencias, y lo más desagradable fue que usaba de cebo a una cría de quince años que además era la hermana de su mujer. Luego, cuando se libró de una pena que podría haber sido de al menos doce años, no volvió a tener más líos con la justicia, y como está ahí escrito —señaló con el índice el papel que tenía Ramírez en la mano—, en mil novecientos treinta y cuatro dejó de trabajar para él y no volvieron a tener contacto; ese es el momento en el que aparece su hija Teresa como surgida de la nada.

Extendió el brazo y cogió la fotocopia del recorte de prensa, mostrándosela al abogado.

—Es de una publicación de sucesos de la época. Ahí están los datos de Salazar y su cuñada, y esa es la foto de ella. No se aprecia muy bien y la copia ha restado calidad a la imagen. —Y le marcó con el dedo el texto que había al pie—. Teresa Sánchez era el nombre de la cuñada de Salazar, la chiquilla que usó para embaucar y estafar a varios comerciantes, y que también salió impune del proceso y no volvió a saberse de ella. Era rubia, de ojos azules y bastante guapa, como la hija de De Mora.

—¿Insinúa acaso que son la misma persona? —preguntó perplejo.

El investigador parecía de pronto más alto al enderezarse en la butaca.

—En mi profesión tenemos un dicho: «Si vuela como un pato,

camina como un pato y nada como un pato, es que es un pato». Por eso no lo insinúo, estoy convencido de ello, y que a Carmelo Salazar y a su mujer les debió pasar algo.

—¿Cómo qué?

—Por la catadura del individuo pudo ser cualquier cosa, algo pendiente con De Mora, aunque también pudo ayudarle a escapar y cambiar de identidad, o podía ser que alguno de los que estafó tomara venganza… Todo lo que se imagine tiene cabida en ese mundo de delincuentes.

Ramírez ya no prestaba atención. Observaba aquella fotografía donde se remarcaba con el trazo de un bolígrafo la imagen de la joven que tenía el mentón bajo en un gesto de timidez, pero la mirada era directa, desafiante, y se sobresaltó sin poder evitarlo. Tenía un increíble parecido con la madre de Celia. La había conocido lo bastante para recordar ese gesto tan característico, y presintió que aquel hombre podía tener razón.

—Esto significaría que Teresa no era… —Y no pudo terminar la frase porque aún no salía de su asombro.

—La hija del anticuario —apuntó García—. Ni natural ni en principio adoptiva, aunque luego arregló los papeles, sin duda previo pago, y lo dejó claro en su testamento al nombrarla como su única hija y heredera universal de todos sus bienes.

—¿Por qué cree que haría eso? —preguntó desorientado.

—Tiene su lógica si recordamos que ella estuvo envuelta en aquel feo asunto con su cuñado. Salió incluso en la prensa.

—¿Y por qué se iría con él y se hizo pasar por su hija?

Evaristo García se alzó de hombros al decir:

—Nada es seguro, salvo que a la vista de los hechos podemos especular si quiere.

Le miró y Ramírez hizo una seña con la mano para que lo hiciera.

—En mi trabajo he tenido oportunidad de conocer casos muy truculentos, no se imagina las cosas que suceden, y en este tengo dos teorías. La primera, que Rafael De Mora se apiadó de la chica librándola del sinvergüenza de su cuñado que la había utilizado para atraer a sus víctimas. La segunda teoría, que Rafael De Mora tampoco era ningún santo, aunque tuviese más clase y fuera de buena familia, le gustó la chica y puede que la hiciese su amante como debió serlo de Salazar. Teresa Sánchez, o De Mora, se vio arrastrada por las circunstancias para escapar de una vida de penurias o de alguna institución de las que había por entonces para las mujeres, digamos, descarriadas. Y Rafael De Mora le ofrecía

seguridad, la trató bien y al final se comportó como un padre al darle su apellido y dejarle sus bienes.

—Es increíble —murmuró Ramírez— ¿Y Saturnino Esquivel sabía todo eso?

—Ni lo imaginó. De Mora tenía amistad con su familia. Fueron clientes suyos y por aquel entonces era un hombre respetable, de buena reputación, y con el señor Esquivel compartía el interés por la Historia. Desde luego, no me extrañaría nada que el propio De Mora alentara las relaciones con su supuesta hija de forma que, cuando él faltase, ella quedara protegida, y no solo con dinero, sino con un marido.

—Digamos que lo buscó discretamente —añadió el abogado.

—Es posible. No le convenía exponerla mucho por si alguien la reconocía, y la guerra fue una buena cortina.

—Y ni Esquivel ni su familia se enteraron de nada… Aunque al final debió sospechar, por algún motivo lo contrató —acabó diciendo, interrogándole con la mirada.

—No me dio explicaciones y yo tampoco se las pido a los clientes. Ellos contratan un servicio y yo se lo doy, y en su caso, lo que me dijo fue que quería conocer el pasado de su mujer. Me dio los datos y unas fotografías que le devolví con el informe, y me pagó en metálico el setenta y cinco por ciento de lo acordado.

García respiró hondamente.

—Ha sido la investigación más difícil y complicada que he llevado en mis treinta años de profesión porque debía averiguar cosas muy lejanas en el tiempo. Tardé casi tres meses en recomponer la figura de Rafael De Mora, y el señor Esquivel estaba impaciente por ver los resultados. Me pedía que lo llamase para ir contándole lo que descubría, hasta que me sorprendió al decirme que no siguiera y que le mandase lo que tenía. Yo le insistí en que la investigación no estaba completa, que aún quedaban muchos cabos sueltos y que estaba a punto de llegar a la pista de Felisa Sánchez y su marido Carmelo Salazar, que eso ayudaría a cerrar la historia. Pero me dijo que bastaba y me dio la impresión de que él ya tenía cerrada la suya, al menos la que le interesaba. Algún dato que no me dio completaría lo que necesitaba saber y yo le mandé el informe, uno igual al que tiene usted, y me envió el dinero restante.

—¿En metálico?

—Sí.

—Ahí acabó entonces —repuso el abogado.

—Efectivamente, y no volví a saber de él hasta que me llamó usted, y me apenó mucho saber que el pobre hombre estaba tan

mal.

Ramírez sacó el talonario del cajón de su escritorio y empezó a poner la cantidad que se pagaría al portador, pero se detuvo un momento y lo miró.

—Podría terminar esa investigación si subiese la cifra.

—Si usted quiere… —balbuceó sin disimular su interés.

—Ya veremos —dijo como si lo hubiese pensado mejor y estampó su firma. Arrancó la hoja del talonario y los ojillos del investigador siguieron el trozo de papel que Ramírez aún sostenía en la mano.

—Una última cosa —habló apoyando los antebrazos en la mesa y mirándole con fijeza—, si por casualidad se pusiera en contacto con usted la hija de don Saturnino Esquivel, no le niegue que prestó un servicio a su padre, pero no le dirá nada sobre lo que ha averiguado de su madre. Dígale que fue un caso de celos infundados, que no encontró nada.

Evaristo García afirmó moviendo la cabeza a la vez que decía que sí. Entonces el abogado le dio el cheque.

Cuando se hubo marchado, recogió la documentación y se levantó. No había nadie en la oficina y recorrió a grandes zancadas la distancia que lo separaba del pequeño despacho de la secretaria que compartía con su socio, encendió la luz y apretó el botón que puso en marcha la trituradora de papel. Primero introdujo el sobre, después las hojas y se quedó mirando hasta ver como salían convertidas en finísimos hilos hacia la papelera.

8

Estela observó las arrugas marcadas con los párpados cerrados y la mascarilla de oxígeno que cubría el rostro de su abuelo casi por completo. Una goma transparente se perdía bajo el embozo de la sábana y llevaba las gotas de suero que caían lentamente, y que la enfermera acababa de cambiar además de revisar el monitor. Alzó un poco la sábana y tomó su mano entre las suyas; la sintió liviana y áspera, y volvió a dejarla despacio sobre la cama.

—Hasta mañana, abuelo —le susurró acercándose a su oído, y le dio un beso en la frente.

Pero aún no abandonó la habitación. Lo miró durante unos minutos más, confiada en que de un momento a otro abriría los ojos y diría: «mi pequeña Estel», como siempre la llamaba. Sin embargo, no ocurrió nada. Recogió su bolso y la chaqueta, y salió despidiéndose de la enfermera.

Cuando llegó a su casa pensaba cenar algo ligero para acostarse pronto, sin esperar a su madre, que muchas veces se quedaba hasta tarde en la tienda. Pero al ir hacia la cocina escuchó voces que provenían del salón y se acercó con cautela.

Su madre hablaba con un hombre que vestía una gabardina gris y al que no podía verle la cara, pues estaba de espaldas, con la cabeza alzada hacia el cuadro que colgaba sobre la chimenea. El flexo de latón dirigido a la pintura resaltaba sus colores luminosos, el agua resbalando por la fuente, las sombras de los árboles con el increíble juego de matices que se proyectaban sobre la fachada amarilla… El propio Sorolla se había retratado sentado en un banco del fondo, con un cuaderno de apuntes sobre las rodillas.

—No creo que baje de los cinco, en Christies´s, el último que se vendió de un tamaño similar y que sin duda era inferior a este, llegó a tres millones doscientas mil libras, que al cambio serían algo más

de cuatro millones de pesetas.

Celia Esquivel aprobó con un simple gesto.

—¿Y el camafeo? ¿Sigues interesada en venderlo? —preguntó el hombre.

—Sí… supongo que sí.

—El que quiere comprarlo está dispuesto a subir un diez por ciento, y creo que llegaría a más, pero tienes que tener en cuenta que al venderlo directamente te ahorrarías los gastos de la casa de subastas, los impuestos… Por otra parte, eso garantiza su autenticidad, ya sabes que hay muchas falsificaciones.

—Este no lo es.

—Lo sé; tu madre me lo enseñó y sé que es auténtico. Pero mi palabra sola no vale, traería a un experto para estar seguro.

—Lo comprendo, igual que con el…

Fue entonces cuando Celia percibió la presencia de su hija, que se había quedado en la entrada del salón y la miraba con gesto interrogante.

—Ya hablaremos en otro momento —se apresuró en decir a su invitado y, sin presentárselo, le acompañó a la salida.

A los pocos minutos regresó.

—¿Qué tal está tu abuelo?

—Igual —contestó, y agregó en un tono de reproche—: Hoy no fuiste.

—Me resultó imposible, pero llamé al doctor Carrasco y mañana me acercaré por la tarde, comeré cualquier cosa…

—¿Quién era ese hombre? —la interrumpió entonces.

Ella se movió inquieta, colocando en otra posición una caja de marquetería que había sobre la mesa.

—Tengo que decirle a Virtudes que no cambie las cosas de sitio —murmuró.

—Mamá, ¿quién era ese hombre? —insistió ella.

—Un conocido, nadie que...

—Estabais hablando del camafeo y de tasar el Sorolla —atajó con frialdad.

—¡Tasar! —exclamó con una risa forzada.

—Mamá, he oído como te preguntaba si vendías el camafeo y lo que costaría el cuadro.

—¿Eso? —repuso con indiferencia—. Solo quería saber su valor. No es nada extraño.

Y Estela, al oír aquello, no pudo disimular la decepción que le embargaba.

—Me parece horrible por tu parte —empezó con la voz

temblorosa—. Sabes que el abuelo adora ese cuadro, que jamás lo vendería porque fue un regalo de sus padres cuando se casó y… y no lo entiendo… a no ser que estés tan segura de que va a morir y quieres ganar tiempo para…

No pudo continuar; acabaría llorando si lo hacía, y se volvió para dirigirse a su habitación.

—No quiero venderlo —dijo Celia antes de que saliera—, pero a veces hay que hacer cosas que no nos gustan.

—¿Qué quieres decir? —preguntó volviéndose.

—Ven, siéntate a mi lado —le pidió.

Las dos se acomodaron en el sofá. Estela, con el bolso sobre las rodillas, no miraba a su madre. Tenía los ojos fijos en el sillón vacío de su abuelo, situado junto al balcón. Recordaba cuando era una niña y se sentaba en el brazo mullido mientras él le contaba cosas sobre los pueblos celtas y romanos. Ella le preguntaba si tenían príncipes y princesas, si vivían en castillos, y su abuelo le decía que sí, que los tenían, pero eran distintos a los de los dibujos de los cuentos.

—No crees que vuelva a sentarse ahí —habló a media voz, conteniendo las ganas de llorar a la vez que se dirigía a su madre—. No vendas el cuadro, por favor.

A Celia Esquivel le costó hablar.

—Te he dicho que no es que quiera, pero…

—¿Pero qué? —inquirió ella, alzando el tono.

—Mira, Estela, hay cosas… no iba a decirte nada, pero Max piensa que tienes que saberlo, no eres ninguna cría y… —Se calló, incapaz de seguir.

—¿Qué intentas decirme, mamá?

Celia se mordió el labio y, en lugar de responder, se levantó bruscamente.

—Ahora vengo —dijo tan solo.

Anduvo al paso más amplio que su falda estrecha le permitía y desapareció por la puerta que conducía a las habitaciones. Al poco tiempo sintió el sonido amortiguado de sus pasos en la alfombra; traía un cuaderno que le dio mientras se sentaba de nuevo.

Ella lo abrió, pasando las hojas. Estaba repleto de conceptos y de cifras escritas a mano, y se giró hacia su madre.

—¿Qué es esto?

—Una contabilidad.

Estela siguió expectante.

—Más bien una doble contabilidad —aclaró—. Mi madre la llevaba desde marzo de mil novecientos ochenta. Por entonces yo

estaba con los problemas de separación de tu padre, y bueno, me había desentendido bastante del negocio, aparte de que los temas económicos siempre los llevó ella. Yo me dedicaba especialmente al trato con los clientes en la tienda, pero cuando murió, tuve que ocuparme de todo, y eso incluía revisar las cuentas. Y al hacerlo estaban tan confusas que fue necesario ponerlo en manos de una gestoría que me recomendó Max. Aún, después de tres años, hay cosas sin resolver porque…

Dejó de hablar por un momento para alzar la vista al techo, y Estela percibió un brillo húmedo en sus ojos.

—Mi propia madre me había mentido, llevaba una contabilidad a mis espaldas, sacando dinero sin justificación, comprando por encima del valor muebles inexistentes o que al menos yo nunca llegué a ver, haciendo malas tasaciones y eso no lo había hecho antes. Actuó como si quisiera deshacerse de la tienda y arruinarla cuando le había dedicado su vida; era la herencia de su padre, de la que se sentía tan orgullosa y que me hizo amar a mí también. Sin embargo… —Bajó la vista a sus manos enlazadas que no dejaba de retorcer—. Empezó a decirme que rehiciera mi vida, que volviera a casarme y que Max era perfecto para mí, que no lo dejara escapar. Me decía que, si seguía así, me quedaría sola el resto de mi vida, y yo insistía en que me gustaba mi libertad, que ya había estado casada y no me apetecía repetir la experiencia. Además, pensaba dedicarle más tiempo al negocio. Lo había hablado con mi padre porque quería que ella dejara los viajes. Pero continuó azuzándome, como si me impulsara a dejar la tienda, y muchas veces acabábamos discutiendo porque yo no lograba entender cómo de la noche a la mañana se contradecía de aquella forma.

Estela escuchaba con atención, aunque todo le aturdía.

—Cuando vi las cuentas comprendí que lo que quería era alejarme porque el negocio iba a la ruina, pero no sabía cómo había sucedido. —La miró entonces—. Se me ocurrió que debió sufrir algún trastorno que hizo que se equivocase o pasó algo en su matrimonio, pues recordé algunos momentos de tensión entre ellos una semana antes de su muerte. Incluso el propio accidente me resulta incomprensible. Ella conducía muy bien, tenía años de experiencia, conocía esa carretera que era una autovía y un tramo recto.

—¿Es que piensas que la abuela pudo suicidarse?

—No sé, Estela, no le encuentro otra explicación, salvo que tuviese algún motivo, que tu abuelo se enterase y, por eso, al poco de morir quitó sus retratos y los guardó, y luego le dio el ictus. Tú

estabas en Milán y no has podido ver como se volvió. Siempre hemos chocado porque los dos tenemos un carácter fuerte y somos cabezones, y fue peor a raíz de aquello. No podía hablarle sin que me contestase mal, y él es serio y seco, eso lo saben todos los que le tratan, menos contigo, que es un trozo de pan, se le cae la baba solo con mentarte.

Estela sonrió no sin cierta amargura, y su madre siguió.

—Tuve que hacerme cargo de los pagos pendientes junto con los intereses de un crédito del que en ningún momento me había informado.

—Pero el abuelo tiene dinero; pudiste pedírselo.

—No podía hacerlo; habría tenido que darle explicaciones y no sabía qué decirle. Además estaba recuperándose del ataque y, como te he dicho, no parábamos de discutir por cualquier tontería. Y la situación era desesperada: los compromisos con la casa de subastas Durán fueron la puntilla y por eso tuve que sacar todos mis ahorros para pagarlo. —Suspiró hondamente—. Fueron mil cosas, Estela, y todas me las tenía que tragar y digerir sola, y si no hubiese sido por Max… Tuve que contarle todo porque no tenía a nadie más; quiso ayudarme ofreciéndome dinero, pero no podía aceptarlo.

—¿Y es mucho? —preguntó ella.

—No es solo la cantidad. Si hipoteco la tienda podría asumirlo, pero sería complicado porque tampoco es que el negocio marche como la seda. Va a trompicones, sobre todo al no poder reponer con mercancía de calidad que es a lo que están acostumbrados mis clientes. Por eso he llegado a tener cosas que nunca habría aceptado ni aunque me las regalasen, y es porque no puedo meterme en gastos que no sé si podré asumir. Los negocios marchan a rachas, unas veces vendes mucho y otras… —Respiró hondo—. Ahora estoy en una de las malas, apenas cubro gastos para pagar a Félix, la luz, el teléfono, los impuestos…

—¿Has pensado en papá?

—¡Pedirle dinero a tu padre! —exclamó con una mueca de desdén—. Antes cierro.

Miró con detenimiento a su hija y llevó la mano a su pelo, colocándoselo hacia atrás.

—No pensaba contártelo, pero Max me dijo que así comprenderías que no tengo más remedio que vender el camafeo o disponer de las seiscientas mil pesetas que sabía que tenía tu abuelo en la caja fuerte. Porque cuando al fin tuve acceso a ella, solo encontré los retratos y sesenta y tres mil pesetas; del camafeo no había rastro.

—Por eso crees que el chico que trabajaba para el abuelo lo robó —añadió ella.

—¿Quién si no? Es imposible que fuera Virtudes. Lleva viniendo a limpiar desde hace más de veinte años. Es casi de la familia y para mí está libre de toda sospecha. Pero el chico ese… Contratarlo fue un error. Le pedí que colaborase conmigo; le expliqué claramente la situación y aun así solo le preocupó no enfadar a tu abuelo. Aunque ahora comprendo esa lealtad. Sin duda fue interesada y tenía sus motivos. Max opina como yo, que oculta algo y que no es tan inocente como nos intenta hacer creer.

—Quizá sí —repuso ella—. El dinero y el camafeo a lo mejor no estaban en la caja.

—¿Dónde iban a estar entonces? —saltó mirándola, y Estela no respondió—. Lo único que sé es que él la abrió y que a raíz de eso se complicaron las cosas.

—Pablo no ha complicado nada —volvió en un tono más efusivo, y su madre la miró sorprendida.

—¿Has hablado con él? —preguntó y, ante su silencio, supo la respuesta—. Te dije que no lo hicieras, que solo lo haría Max porque seguro que es un ladrón, o si no el cómplice de su hermano, que ya tuvo problemas con la policía y es un drogadicto.

—¡Mamá, no te inventes!

—No me invento nada —repuso ella—. Es la verdad, y si no me crees puedes preguntárselo a Max.

—No es un ladrón —insistió, y pensaba alzarse del sofá para ir a la habitación. En el fondo del tercer cajón de la cómoda tenía aquella joya envuelta en el pañuelo blanco. La cogería y se la enseñaría para liberar a Pablo de las acusaciones. También le contaría que su abuelo cooperaba donando dinero para excavaciones de las que nunca le hablaba. Sin embargo, todo lo que le acababa de revelar la había dejado tan impresionada que no pudo moverse. Hasta que escuchó de nuevo la voz de su madre.

—No vuelvas a verlo, Estela; no me gusta.

Ella miró sus ojos tan parecidos a los suyos.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¿No te basta con lo que te acabo de decir? Además, él tiene la culpa de que tu abuelo esté así. No me hizo caso y lo llevó con el coche.

—El abuelo se lo pidió, y precisamente por eso puede que no muriese, porque ingresó enseguida en el hospital.

Celia no repuso nada, pero con su silencio a Estela se le cruzó un pensamiento: que Pablo, al llevarlo tan rápido al hospital, hubiese

prorrogado su vida y eso le impidió disponer de sus bienes. Pero era una idea tan horrible que la desechó inmediatamente, avergonzada de que se le hubiese ocurrido.

—Es un buen chico y el abuelo lo apreciaba —acabó diciendo.

—¿Te has olvidado de Fabio?

Estela no respondió. Se levantó y dejó el cuaderno en el sitio que había ocupado, y salió del salón. También su madre se incorporó, se acercó al teléfono y marcó un número, tirando del cable del aparato hasta sentarse en el sillón de su padre.

—Hola, Max —dijo en tono cansado.

9

Bajo los soportales de una manzana de edificios estaba el bar de Paco, donde solían ir después del partido a tomar una cerveza. Paco les ponía un pincho de tortilla, aceitunas o los sorprendía con pequeñas raciones de ensaladilla, callos o paella, que todos devoraban, aunque no estuviese en su punto, mientras comentaban los pormenores del encuentro y las jugadas, con lo justo e injusto del arbitraje. Y ese día no estaban satisfechos, por lo que la charla fue acalorada, quitándose la palabra unos a otros. El rival era el penúltimo de aquella liguilla de aficionados y solían darles palizas de más de veinte puntos. Sin embargo, solo habían ganado por nueve, y gracias a un triple sobre la bocina, sino habrían sido seis.

Estuvieron cerca de una hora hasta que se fueron dispersando cada uno a su casa, y Pablo siguió la misma ruta que Óscar, que vivía con su mujer en lo que llamaban «la torre», un mazacote de doce plantas que sobresalía por encima de todos los edificios de alrededor.

—¿Te pasa algo? —le preguntó su amigo; subían la cuesta de la calle hasta la avenida donde pasó un coche tocando el claxon; era uno de sus compañeros al que ambos saludaron.

—Si lo preguntas por los tiros libres que fallé —repuso él—, hoy no era mi día.

—Es cierto, a veces es como si el aro hubiese encogido, no entra ninguna. Pero no te lo decía por eso, sino por la tercera falta, cuando le pusiste la rodilla al base en el bloqueo y el tío casi se deja los piños en el suelo.

—Me había empujado con el codo cuando íbamos al rebote y el árbitro no pitó nada, pero tienes razón, me pasé.

—No es tu estilo, de Antolín me lo esperaría porque es un broncas, pero no de ti.

Tampoco Pablo entendía su propia reacción, y aunque se disculpó con aquel chico y lo ayudó a levantarse, lo justo habría sido que le expulsaran del partido. Pero no supo qué decirle a Óscar y se quedó mirando al autobús que se detenía en la parada. Bajaron dos mujeres y subió otra además de una pareja joven enlazados de la cintura.

—No es que quiera que me lo cuentes —oyó decir a Óscar—, solo que, si necesitas algo, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, pero no pasa nada, ha sido un mal día.

Y mientras hablaba, alguien los sobrepasó; corría hacia el autobús que estaba a punto de cerrar la puerta y se sorprendió al ver que era el de la cazadora negra que subía de un salto la escalerilla.

—¿Conoces a ese tío? —le preguntó a su amigo.

—¿El de la chupa de cuero?

—Sí.

—No me suena, ¿lo dices por algo?

—Por nada, solo que me parecía que lo había visto en algún sitio.

El autobús arrancó y ellos se detuvieron en el punto donde debían separarse.

—Tendrías que echarte novia, así se te alegraría la cara —dijo Óscar riendo.

Él sonrió también y se despidió sin más comentarios.

—¡Acuérdate de que cambiamos el entrenamiento al lunes a las nueve! —le gritó su amigo mientras se alejaba.

Nada más abrir el portal le llegó el olor a comida, concretamente a pollo asado, que debía provenir del primero derecha y que lo acompañó hasta entrar en su casa. La mesa estaba puesta en el salón y la televisión encendida con el telediario.

Pero antes sacó la ropa de la bolsa y la metió en la lavadora que estaba encastrada en la terracita, junto a la bombona de butano de repuesto.

—Te ha llamado otra vez esa chica —dijo su madre saliendo de la cocina con la fuente de la ensalada—. Sigo sin entender su apellido, sonaba como extranjero, Jordani o algo así.

—Es Giordani, su padre es italiano. ¿Y qué quería?

—Que te esperaba en la misma cafetería, también a las seis, y me dio su teléfono por si no podías ir.

Pablo cogió el papel y se lo guardó en el bolsillo del pantalón antes de sentarse a la mesa.

—¿Sales con ella? —le preguntó su madre mientras servía la

comida.

En ese momento daban la previsión del tiempo. Seguirían los cielos despejados con nubes de evolución nocturna sin posibilidad de precipitaciones. Mientras que en la sierra se esperaban cotas de nieve por encima de los mil quinientos metros y por el Atlántico entraba una borrasca que alcanzaría Galicia y parte de la cornisa cantábrica.

—¿Sales con esa chica? —volvió a preguntar.

—Ya te dije el otro día, solo es una amiga —contestó para salir del paso, pero su madre insistía y añadió—: Es la nieta del catedrático para el que trabajaba.

—¿El que está en el hospital?

—Sí. Por eso he quedado, para saber cómo se encuentra.

Con aquella aclaración su madre pareció quedar satisfecha pues no preguntó más.

Llegó a la cita varios minutos antes. Como la primera vez, se apoyó contra la fachada de la cafetería a esperar, mirando pasar los coches, cuando escuchó un ruido insistente a su espalda. Se volvió y vio a Estela dando con su anillo en el cristal para llamar su atención.

Entró enseguida. Ella tenía un café servido y con un gesto lo invitó a sentarse.

—Vine antes —le dijo, algo obvio, a lo que Pablo no repuso nada y pidió una cerveza al camarero que se acababa de acercar.

Durante unos segundos ninguno habló. Se observan casi con timidez y él se fijó en el anillo con una piedra violeta, el reloj con la correa blanca, también su jersey de pico era blanco y ceñido, con un pañuelo de vivos colores anudado al cuello. El pelo, en lugar de suelto, lo llevaba recogido en una coleta y peinado hacia atrás.

—Te preguntarás por qué no te llamé después de tantos días —empezó—. Debes perdonarme, pero estuve yendo al hospital, pendiente de la evolución de mi abuelo. Como no volvió a repetirse el ataque que era lo que los médicos temían, ayer le quitaron la respiración asistida y lo subieron a planta, y esta mañana abrió los ojos.

—¿Ha recuperado la conciencia? —se apresuró en preguntar.

—A medias —contestó—. Aunque está consciente sigue sin poder comunicarse, te mira si le hablas, pero no sabemos si logra entender quiénes somos. Los médicos dicen que hay que seguir

esperando, no saben cómo evolucionará.

El camarero le dejó la consumición y ella siguió hablando.

—Antes que nada, tengo que decirte que no le hablé a mi madre del camafeo. —Y la comisura de sus labios dibujó una tenue mueca de sonrisa—. Sé que te dije que lo haría, y lo siento de veras porque es ponerte en un aprieto…

—Más que un aprieto diría yo —le soltó con brusquedad.

—Tienes razón en enfadarte, y por eso quería verte, para explicarte el motivo de por qué no lo hice.

Entonces le contó, sin omitir palabra, la conversación que había tenido con su madre dos días antes.

—Deberías dárselo si, como te ha dicho, está en un apuro.

Estela lo miró con expresión decepcionada.

—Yo creo que al contrario —indicó con firmeza—. También opinaba lo mismo que tú mientras me lo contaba, pero luego lo pensé con más tranquilidad. Si mi abuela quería que dejara la tienda, es porque debía haber algún motivo.

—O tu madre tiene razón y le dio algo, a la gente mayor…

—¡No a mi abuela! —exclamó cortándole—. Tú no la conocías, sino no dirías eso. Mi abuela era extraordinaria, y para nada le estaba entrando ningún tipo de demencia.

—¿Entonces?

Estela pareció meditar la respuesta mientras removía despacio el café con la cucharilla.

—Es lo que quiero averiguar. Y no es que desconfíe de mi madre, he visto el cuaderno, aunque… quizá todo esté relacionado con el comportamiento de mi abuelo. Si discutieron como me ha contado, es algo bastante raro que no alcanzo a comprender, pues no recuerdo haberlos visto hacerlo, así que debió ser importante —dijo mirándolo con intensidad—. Tú sabes algo, no solo lo cree Max, también yo, fuiste con él a ese pueblo y sabes a quién fue a ver.

Sus ojos azules seguían clavados en los suyos.

—Tu abuelo me hizo prometer que no lo haría, y mientras viva mantendré mi palabra.

Fue una frase un tanto solemne, se percató de ello, aunque en su fuero interno se reservó una segunda parte: «mantendría su palabra mientras no lo comprometiesen más».

Estela tomó un poco de café y se echó hacia atrás en el asiento.

—Es verdad que eres un buen chico y se puede confiar en ti —acabó diciendo con una sonrisa.

—¿Te burlas de mí otra vez?

—No, y no vuelvas a decir que lo hago porque no es verdad. —Cruzó los brazos, echándose hacia adelante—. Nunca me he burlado de ti, lo que pasa es que tú eres un desconfiado. Crees que quiero hacerte lo que te hace mi madre o que te juzgo. Eso es lo que piensas constantemente. Tú y mi abuelo sois tal para cual, no os fiais de nadie.

—Tendremos motivos para ello —repuso lacónico.

—Aun así, aunque pienses eso, necesito que rompas tu promesa.

—¿Por qué?

—Porque tengo que saber más para estar segura de si debo darle el camafeo a mi madre.

Pablo dejó en la mesa la cerveza que estaba a punto de llevarse a los labios.

—¿Quieres decir que no le dirás a tu madre que lo tienes si yo no te lo cuento todo? —Y su tono fue más áspero al continuar—¿Va a seguir acusándome, amenazándome con denunciarme y encima tendré que aguantar que me mande a un matón que me siga?

—¿Qué dices de un matón? —preguntó sorprendida.

—Sí, un tipo con una cazadora de cuero negra y cara de boxeador que me sigue a todas partes.

Giró la cara hacia la ventana; no lo veía, pero presentía que no andaría lejos.

—¿Crees… dices que mi madre ha hecho eso?

—Ella o tu padrino, el abogado. Fui a verlo el otro día y se lo pregunté.

—¿Te confirmó que lo había contratado?

—Claro que no, pero lo sé, como él lo sabe todo de mí y…

—¿Lo de tu hermano? —preguntó ella ante su silencio.

Pablo respiró hondo antes de hablar.

—Mi hermano no tiene nada que ver, y estoy harto de que sea una constante, que todo el mundo crea que porque estuvo enganchado tiene que ser por fuerza un delincuente. Con esa excusa lo culpan de todo lo que sucede a su alrededor y en este caso es porque vino a verme y subió unos tramos de escalera.

—Yo no pienso eso —dijo ella.

Pablo tomó un poco de cerveza. Por momentos notaba calor en las sienes, como si aquello lo estuviese trastornando, haciéndolo sentir vulnerable, y no le gustaba hablar de sus problemas. No obstante, las palabras empezaron a brotar de su boca como un torrente incontrolable.

—Mi padre murió en un accidente en la obra en la que

trabajaba, y mientras tratábamos de asumirlo, llegó lo de mi hermano. César se drogaba, y ni mi madre ni yo nos dimos cuenta de lo que ocurría hasta que llamaron de la comisaría porque lo pillaron vendiendo un radiocasete que resultó ser el mío. Entonces se destapó todo: las notas que falsificaba con los justificantes para faltar a clase, el dinero que le desaparecía del bolso a mi madre, el que llegara siempre tarde… Además comía poco, estaba arisco y no hablaba casi, y siempre había sido el gracioso de la familia; le gustaba contar chistes e imitar a gente. Pero creímos que podía ser una depresión pasajera, algo normal porque la muerte de mi padre le afectó mucho. Y en ningún caso se nos pasó por la cabeza que estuviera metido en nada, que fumase porros y esnifara coca, menos aún que se pinchase.

Hizo una pausa antes de seguir.

—Luego vino lo difícil, sacarlo de ese ambiente y convencerlo para que lo dejara porque es inútil si no está dispuesto a colaborar. Afortunadamente no llevaba mucho tiempo enganchado y conseguimos que entrara en un centro privado. Costaba bastante, pero lo necesitaba, y ahí se fue gran parte de la mísera indemnización por el accidente de mi padre y… bueno, después de unos meses le dieron el alta y ahora gracias a una gente del *Proyecto Hombre* está en Cáceres. Si no vuelve al barrio se curará por completo; estoy convencido de ello.

Guardó silencio; ya había hablado bastante.

—Comparado con lo que me has contado, lo mío es una tontería —dijo ella.

—Para cada uno sus problemas son lo más importante —repuso él con una débil sonrisa.

—Es cierto, y espero que tu hermano consiga salir.

—Gracias.

Estuvieron unos segundos sin hablar, bebiendo cada uno de su consumición, hasta que ella rompió el silencio.

—Cada vez estoy más convencida de que hay algo extraño en mi familia relacionado con mi abuela —dijo, mirándolo con tal intensidad que parecía que le atravesaba—. Necesito que me ayudes a averiguarlo, y te prometo que no diré nada a mi madre ni a Max; será algo entre los dos.

—Ni tu madre ni el abogado son el motivo de que…

No lo dejó terminar.

—Ya sé que lo haces por la promesa que le hiciste a mi abuelo, pero no debes preocuparte, a él no le importaría que me lo contases a mí.

Y su voz era suave, persuasiva…

—¿Me ayudarás? —insistió de nuevo.

Pero él no iba a pensarlo siquiera. Contestaría con un «no» rotundo; lo gritaría si fuera preciso, aunque lo oyesen todos los que estaban en la cafetería. Porque los asuntos de aquella familia, por extraños y misteriosos que fueran, no le incumbían. Tampoco sabía qué iba a sacar mezclándose en ellos, pues lo único que tenía claro en ese momento era que se había hecho cómplice del secreto de un viejo que estaba medio muerto en un hospital mientras su hija quería llevarlo a los tribunales. Y en ese momento la nieta insistía en comprometerlo metiéndolo hasta el cuello si fuera necesario. Pero estaba harto. No quería saber nada salvo liberarse diciendo la verdad, informándolos de todo, incluso de que era Estela la que tenía el broche y sabía qué había sido del dinero. Lo soltaría para que lo olvidasen, ellos y el matón de la cazadora de cuero.

Sin embargo, no le salieron las palabras.

Observó el bonito rostro que tenía ante sí, los ojos de aquel azul cálido, los labios con una sonrisa entre seductora y suplicante… Poseía una fuerza tan irresistible que lo cautivaba y no podía dejar de mirarla. Le gustaba, de eso ya no le cabía ninguna duda. Desde que la conoció, quizá desde el mismo día que la vio en la fotografía que tenía su abuelo en su despacho, no se le había ido de la mente. Por eso le dijo que sí con un movimiento de cabeza mientras recordaba el estribillo que le había oído a uno que cantaba con su guitarra en la entrada del metro:

Ella me arrastra, ella me hace ser un idiota,
y no me importa porque con ella iría
al mismo infierno si me lo pidiera.

Acompañó a Estela hasta su casa y quedaron en verse al día siguiente en una pizzería de la Gran Vía para trazar «un plan», según sus palabras, y él se volvió a su casa andando. Un paseo de más de una hora a marcha ligera que le sirvió para pensar en todo aquello, y en especial en lo que le gustaba estar a su lado y hablar con ella. Le había sentado bien contarle cosas que no le había dicho a nadie, ni siquiera a Óscar, que era su mejor amigo: la vida en su casa tras la muerte de su padre, cómo habían pasado de una existencia sencilla y sin sobresaltos al caos, como si un huracán hubiera arrasado todo a su paso y lo hubiese puesto patas arriba. No habían sabido qué hacer; estaban perdidos en el dolor hasta ir poco a poco recuperándose. Y a César le había costado más que a

ninguno.

Subía por la avenida de la Albufera cuando empezó a sentir calor y se desabrochó el anorak; eran casi las once, había mucha gente por la calle y en los bares, pues era sábado y a las luces de los escaparates se sumaban las de las farolas y de los coches circulando.

Antes de llegar al estadio del Rayo, atajó por una calle menos concurrida y dobló la esquina. Había un recodo que quedaba en penumbra, pues apenas le llegaba la luz de la farola, y fue allí de donde surgió el brazo que tiró de él con tanta fuerza que acabó desequilibrándolo. Cayó al suelo de costado, en un charco de agua estancada que empezó a mojarle los pantalones. Sin embargo, estaba tan sorprendido que no se movió. Solo miró absorto a todos lados, pensando que iban a atracarlo y le pondrían una navaja en el cuello de un momento a otro. Y sopesaba qué hacer, si enfrentarse o dejar que se llevasen las ciento cuarenta y dos pesetas que llevaba en la cartera, cuando al alzar la cabeza reconoció al tipo que lo había atacado. Era el de la cazadora de cuero negra.

—¡Levántate! —escuchó que le ordenaban, pero la voz procedía de otro que no había visto y que se plantaba de pronto ante él.

Se fijó en las desgastadas botas de estilo militar y los estrechos vaqueros rotos por los bajos antes de incorporarse, no por obedecer su orden, sino porque notaba que el agua del charco le calaba a través del pantalón.

—Vamos a dejarnos de gilipolleces —soltó aquel individuo sin más.

Pablo lo miró. Era algo más bajo y delgado que él, con las mejillas hundidas y el pelo fino y lacio. Su voz tenía el tono entre desgarrado y cavernoso que a veces parecía arrastrar las palabras, típica de los drogadictos y los borrachos.

—¿Dónde está? —Y era el de la cazadora el que le hablaba en ese momento, con la cara casi pegada a la suya.

Pablo se había habituado a la poca luz. Por eso se fijó en su rostro sin afeitar y la nariz aplastada. También se percató de que era más alto que él y, sobre todo, más fuerte. Además, no sabía si tendría algún arma, y por su expresión agresiva presintió que estaban dispuestos a darle una paliza si se resistía. Y no tenía escapatoria. Apenas pasaba gente por allí a esas horas y quedaban medio ocultos por la pared del edificio y los cubos de basura que había en la acera.

—¡A ver, hijo puta, contesta! —bramó el más delgado, mientras el de la cazadora le sujetaba del jersey y tiraba hacia atrás, apretándolo con tal fuerza que pensó que se ahogaba. Forcejeó y logró soltarse, pero en medio de una tos convulsa que no le impidió intentar la huida. Sin embargo, el de la cazadora adivinó sus intenciones y lo sujetó de nuevo, retorciéndole el brazo e inmovilizándole.

—Ya he dicho que no lo tengo —pudo decir.

—¿De qué cojones hablas? —bramó de nuevo.

Pablo no pudo responder, le dolía el brazo y pensó que se lo habían dislocado.

—Tu hermano, dinos dónde está ese hijo de puta —le chilló a la cara, y a Pablo le llegó casi como en un fogonazo. Sabía de quién se trataba. Era del barrio y lo llamaban Boris; no sabía si sería su verdadero nombre o un alias, y era un camello que frecuentaba la zona del bulevar, la plaza y un conocido antro que la policía había cerrado varias veces.

—Me debe setenta mil pelas —continuó.

Al decir aquello lo comprendió todo. El de la cazadora no era ningún espía de Celia Esquivel y de su abogado, aunque la realidad no resultaba mucho mejor. Eran traficantes de droga y delincuentes, y si habían tenido algún trato con su hermano no iba a librarse de ellos, pues no pensaba decirles el paradero de César, aunque lo obligasen a golpes.

—No sé dónde está —respondió.

—Y yo soy gilipollas y me lo trago —dijo Boris, y sin más le dio un puñetazo en el estómago.

No le dolió mucho. Afortunadamente para él, no tenía mucha fuerza, o quizá fuera porque estaba bebido, como pudo comprobar al sentir su aliento que mezclaba un olor a alcohol y tabaco.

—Ahora me vas a contestar.

Volvió a negarse, y entonces recibió otro golpe, esta vez en la nariz. Y ese sí que le dolió, tanto que por unos segundos apretó los ojos para contener un grito.

El de la cazadora de cuero le aflojó la presión del brazo y pudo llevarse la otra mano a la cara y la nariz; notó algo húmedo, y que lo que le corría hacia la boca era su propia sangre.

—Ya no está enganchado, así que dejadlo en paz —se atrevió a decir.

Boris hizo un movimiento como si fuera a golpearlo.

—Me importa un huevo si se ha desenganchado o no, yo solo quiero las setenta mil que me debe, y me las va a devolver. Si hasta

ahora ha creído que se escaqueaba es porque me pilló la *pasma* y estuve en la *trena*, si no el cabrón se enteraba, sabe cómo las gasto, que de mí no se ríe nadie y menos un niñato como él.

—Si no quiere decírtelo que te de él la pasta —apuntó el de la cazadora—. Es un universitario, sale con una pija del barrio de Salamanca, así que algo tendrá.

Boris pareció sopesar la sugerencia.

—No es mala idea —masculló—. Si no quieres decirnos dónde está tu hermanito la pasta me las das tú, y más te vale que no me tomes el pelo porque tarde o temprano acabaríamos encontrándole y puedes imaginarte que sería peor.

Pablo asimilaba la idea de que aquel individuo con cara de boxeador hubiese hablado de Estela y de dónde vivía. Tenía idea de cómo podían actuar gente como ellos, por lo que, si quería proteger a su hermano y que tampoco se metieran con Estela, no le quedaba más remedio que colaborar.

—Está bien, te daré el dinero, pero con dos condiciones.

El traficante se enfureció.

—¡Las condiciones las pondré yo! —exclamó, pero no dijo nada, solo le indicó con un gesto para que hablara.

—La primera es que dejes en paz a César.

—Ese capullo me importa tres cojones. Solo quiero la pasta que me debe.

Pablo se tranquilizó y se atrevió a más.

—La segunda es que te lo daré en dos plazos.

—¡No te jode! ¿Te has creído que soy un puto banco?

—Mitad y mitad —insistió Pablo aparentando calma y una seguridad que a él mismo le sorprendían—. El lunes treinta y cinco mil y el resto cuando pueda porque no tengo más.

—¿Me has tomado por gilipollas? —saltó con ademán de golpearle, pero el de la cazadora intervino.

—Tómalo, Boris, ya me encargaré yo de que no se le olvide.

Pablo no supo qué querría decir, aunque se lo imaginaba, y añadió:

—Os doy mi palabra: lo tendréis y antes de dos meses.

—Más te vale, listillo, porque si no subiré a cuarenta, y no solo iré subiendo, también te lo recordaremos de otra forma más contundente. ¿Entendido?

Él asintió conforme.

—Trae las treinta y cinco el lunes a las nueve, en el parque Azorín.

—¿En qué sitio?

—Tú ve a esa hora al Azorín, ya te encontraremos nosotros —contestó Boris.

Cuando le dejaron por fin, Pablo respiró hondo, a la vez que sentía un dolor intenso en la nariz. Sacó un pañuelo del bolsillo del anorak y se limpió la sangre, comprobando que ya no le salía más. También movió el brazo; afortunadamente aquel bestia no se lo había roto.

—Es lo que me faltaba —masculló camino de su casa.

No solo tenía problemas sin resolver con la familia Esquivel, también su hermano César le había dejado uno bien gordo con aquella gentuza.

—¡Maldita sea, setenta mil! —exclamó en alto; era casi lo único que tenía en su cuenta, pues en ningún caso debía enterarse su madre.

De pronto sintió nauseas, al tiempo que volvía a correrle un hilo de sangre de la nariz.

10

No supo si su madre le creyó cuando al verle al día siguiente le preguntó por qué tenía la nariz hinchada y le contestó que había sido en el entrenamiento, de un codazo que le había dado un compañero sin querer. Ella solo pronunció un «ten cuidado», que le sonó triste, con aquel tono de preocupación que le ensombrecía la mirada. Él se acercó riendo, tranquilizándola y quitándole importancia, a la vez que le daba un beso en la sien.

Sin embargo, a Estela le contó la verdad de lo sucedido cuando se sentaron en el restaurante con vistas a la Gran Vía y la plaza del Callao.

—Al comentarme que mi madre podía haber mandado a alguien para que te siguiera me indignó porque la creí capaz de hacerlo. Se lo pregunté y me juró que no tenía nada que ver y que sabía por Max que fuiste a su despacho.

—No se me ocurrió otra cosa, sobre todo al ver a ese tipo hablando con el dependiente de tu madre, por eso pensé... Y debió acercarse a él para despistar cuando volví a mirar; siento mucho haberme precipitado —acabó diciendo.

—No te preocupes, ella también lo ha hecho contigo al acusarte de robo. Pero en este caso deberías ir a la policía y denunciarlos por agresión y amenazas.

Pablo meneó la cabeza negando.

—Solo serviría para complicar las cosas —repuso enseguida—. Mi madre acabaría enterándose y César tendría que venir para aclarar el asunto.

—¿Qué harás entonces? ¿Les pagarás?

—No me queda otra. Esta gente es peligrosa. Si alguien les debe algo tiene que pagar, de lo contrario lo buscaran debajo de las piedras para obligarlo, y no quiero que mi hermano vuelva a tener

tratos de ninguna clase con ellos. Si pago, se olvidarán de él, y en cierta forma es justo que quieran recuperar su dinero, aunque sus métodos sean excesivos.

—¿Y si te han mentido? No sabes si tu hermano… a lo mejor deberías preguntarle para cerciorarte.

Él negó de nuevo.

—No creo que mientan, entre ellos tienen su código de comportamiento, para lo bueno y lo malo. Es muy posible que le adelantaran alguna dosis o que se quedara con algo para conseguirla, no sé. Puede que ni se acuerde porque esos meses debieron ser confusos para él, una auténtica locura. Y ya da igual porque lo importante es mantenerle alejado.

—Por ahora lo estáis consiguiendo.

—Sí, y cuando lo llamamos por teléfono hablamos de otras cosas, me pregunta por la tesis y los partidos, y yo le pido que me cuente sus progresos con lo de las abejas. —Esbozó una tenue sonrisa de satisfacción y bebió un poco de refresco—. Mi madre y yo nos conformamos con eso, que siga alejado de todo lo que tenga que ver con el ambiente en el que estaba. Solo así podrá recuperar su vida, aunque para ello tenga que estar separado de nosotros.

Se quedó con la vista baja y la expresión seria.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Estela.

—Cumplió diecinueve el mes pasado —contestó alzando la mirada hacia ella.

—Es muy joven, seguro que lo conseguirá.

Él afirmó devolviéndole la sonrisa, y en ese instante se acercó la camarera con la comida.

—¿La romana con anchoas?

Estela hizo un gesto con la mano y la puso frente a ella, dejando el otro plato ante Pablo, y antes de alejarse les deseó buen provecho.

Habían terminado de comer cuando ella sacó el tema del viaje.

—Tenemos que ponernos de acuerdo. No sé qué día prefieres o te viene mejor.

—Supongo que hablas de lo de ir a ese pueblo —dijo él.

—¡Claro, en eso quedamos! ¿No te habrás echado atrás?

Lo miró expectante y él tardó unos segundos en contestar.

—No, solo que me resulta… pero te dije que lo haría.

Ella pareció relajarse y empezó a exponerle sus planes.

—He pensado que lo mejor es ir el fin de semana. Es más fácil tener una buena excusa con mi madre, y siempre que mi abuelo siga estable seguiré con lo que acordemos.

—¿Y cómo iremos? —se precipitó en preguntar—. El coche de mi padre está muy viejo y no me fio para un viaje así.

—Iremos en el Mercedes —repuso ella enseguida.

—Pero tu madre se enteraría.

—Imposible. Ella no lo coge nunca, no le gusta conducirlo y el suyo está en otro garaje, así que no hay posibilidad de que sepa que nos lo hemos llevado. También tengo elaborada una coartada, una amiga me cubrirá. —Se rio con ganas—. Bueno, a ella tuve que contarle otra mentira, le dije que me escapaba de fin de semana con un chico, y en cierta forma es verdad.

Pablo se quedó mirándola tan impresionado que ella le preguntó:

—¿Qué te parece?

Recordó que tenía un partido que no le comentó, aunque no era algo tan importante y acabó por aprobar con un movimiento de cabeza.

—Entonces saldremos temprano, como dijiste que se tarda unas dos horas…

—Si no hay mucho tráfico.

—Aun así, tendremos tiempo de sobra si salimos pronto —concluyó, mirándolo como si volviese a pedir su aprobación, y él asintió de nuevo.

11

Se llevó la mano al bolsillo y enseguida se dio cuenta de que había olvidado el paquete de cigarrillos en el juzgado. Retrocedió para volver a la calle e ir a comprar otro, cuando su colega salió del despacho antes de que abriese la puerta.

—Ha venido Gonzalo —le comunicó—. Traía una carpeta que dejó en tu mesa y quería que lo llamases en cuanto pudieras.

Maximiliano Ramírez cambió entonces de idea y se encaminó hacia su despacho. En uno de los cajones había guardado un paquete que se dejó el del caso Langa-Soto hacía unos días, y lo buscó hasta dar con él. Tenía cuatro cigarrillos y eran Ducados; curiosamente la marca que se podía permitir cuando no tenía mucho dinero para gastar en tabaco. Encendió uno y, mientras daba la primera calada, se quedó con la vista fija en el logotipo de letras azules sombreadas de negro con la palabra «Gestoría», y debajo «Gonzalo Merino Hernando».

Por un instante pensó en él, en su cara redonda y el bigote fino y bien recortado como el de los galanes del cine mudo. Eran amigos desde los tiempos del instituto, socios del club de Ajedrez Chamartín, y juntos empezaron la carrera de Derecho, aunque Gonzalo se pasó en el siguiente curso a Económicas. Los dos se echaron novia en la misma fiesta-guateque organizada por Raúl Villacampa, pero mientras su amigo Gonzalo se casaba y tenía tres hijos con esa novia, él rompió su relación al descubrir una infidelidad que en el fondo no le había importado, pues había conocido a Celia Esquivel. Fue a través de su madre, Teresa De Mora, que lo había contratado cuando tuvo problemas con un proveedor, y desde entonces se había convertido en su abogado además de amigo de la familia, lo que le hizo albergar la esperanza de pasar a un plano más íntimo con Celia. Sin embargo, se había

interpuesto un italiano que trabajaba en la embajada, Luca Giordani, una especie de dandi que no solo era más atractivo, sino que tenía más dinero y acabó casándose con él.

A pesar del mazazo que supuso a su orgullo y a sus sentimientos, continuó siendo su amigo y confidente, incluso aceptó ser el padrino de la hija que tuvieron, Estela, a la que apreciaba y casi sentía como propia. Luego, cuando el matrimonio empezó a tener problemas y acabaron rompiendo, se le abrieron de nuevo las puertas a la esperanza; Celia podía ser suya y después de un tiempo prudencial iba a pedirle matrimonio. Teresa De Mora siempre había sido su aliada, podía contar con ella para allanarle el camino, pero había muerto en un accidente de coche y su castillo de naipes había vuelto a caer. Debía esperar, y esa espera se alargó más al enfermar el padre de Celia. Entonces pensó que los problemas económicos que empezaron a acuciarle serían un revulsivo; la conocía lo suficiente para saber que no podría soportar ninguna penuria, que le gustaba el dinero y era ambiciosa. Él, con los años, había alcanzado un buen estatus económico, y eso era un punto importante a su favor. Aunque debía esperar de nuevo a que don Saturnino saliera de aquello, de una manera u otra.

Maximiliano aspiró el humo del tabaco que le llevó por unos instantes a tiempos atrás. Acababa de cumplir los cincuenta y seis, pero no se sentía tan viejo como para resignarse a perder el amor de su vida, ni tampoco tan joven como para pasar página y renovar sus sentimientos por otra. Y tenía que ser realista, si después de veintiocho años nadie la había desbancado de su corazón era porque no existía nadie que pudiera hacerlo.

Echó una bocanada de humo y abrió la carpeta, concentrándose en los papeles que tenía delante. Se trataba de las fotocopias de unos documentos, y tras leerlo por encima, subrayó algunas cosas antes de marcar el número de su amigo, al que oyó al otro lado de la línea.

—¡Qué hay, Max! ¿Echaste un vistazo a lo que te lleve?

—Sí, lo tengo aquí delante —contestó—. Pero me he perdido un poco entre tanto concepto contable.

—Lo supongo. Tú sáltate los detalles. Quiero que te fijes solo en los valores en metálico.

El abogado lo hizo. Veía cifras de cinco y seis dígitos, con palabras como escaño, bargueño, ménsula, alacena…

—Como le expliqué a Celia —siguió el gestor—, son anotaciones que en nada tienen que ver con las casas de subastas ni con las ferias. No hay facturas ni se parecen a las de otros tratos con

particulares. Aunque lo que tienen en común es que son anotaciones escuetas, incluso parecen escritas con el único sentido de justificar unos pagos. Y siguiendo la pista de las cuentas bancarias hay cifras que coinciden.

—¿Qué significa eso?

—Simplemente que pueden ser errores, y errores hechos a propósito.

—Explícate.

—Según me contó Celia, una alacena en ningún caso llegaría a las quinientas mil pesetas como se ve reflejado en uno de los asientos contables, ni aun siendo de caoba maciza llegaría a ese precio ya que luego están los gastos asociados como impuestos, transporte…

—Veo que se repiten unas iniciales y que las has señalado —le interrumpió Ramírez.

—Supongo que te refieres a J.P.

—Sí.

—Es cierto, aparecen varias veces en el cuaderno y están escritas al margen. A mí lo que más me llamó la atención es que las cantidades que sacaba del banco y las pagadas a J.P. coincidían, y eran en metálico, nada de cheques ni ingresos en cuenta. Le pregunté a Celia y me dijo que podría tratarse de un intermediario. Su madre compraba en los pueblos antigüedades y tenía a gente que le proporcionaba información sobre ello. Les pagaba comisiones o porcentajes, dependiendo del hallazgo, pero a ella no le sonaba nadie con esas iniciales.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Maximiliano.

—Por eso es por lo que quería hablar contigo. Después de repasarlo con detenimiento se me ocurrió indagar en un pueblo donde al parecer estaba comprando muebles y que según Celia nunca aparecieron en la tienda.

—Puede que los revendiera enseguida —opinó el abogado.

—Es una posibilidad, no digo que no, pero me metí en ello y di con el único J.P. que podía encajar, un tal José Padilla Fernández, al que Teresa De Mora visitó varias veces. Y lo más curioso de todo es que no tiene vínculos con el mundo de las antigüedades ni del arte ni nada que se le parezca.

—¿Qué es? —preguntó impaciente.

—Ganadero.

—¿Cómo que ganadero?

—Espera, Max, que ahora te cuento. —Se escuchó un ruido de papeles al otro lado de la línea y continuó—: José Padilla tiene un

establo con vacas lecheras desde el año mil novecientos ochenta y uno, y antes era el empleado de otro ganadero, un tal Lisardo Moreno. Se independizó, y con sus dos hijos es el dueño de un negocio que salió a la venta y que empezó con la aportación de capital de Teresa Sánchez.

A Maximiliano casi se le atragantó la bocanada de humo que iba a expulsar al aire y tapó el auricular para toser.

—¿Has dicho Teresa Sánchez? —logró preguntar.

—Sí, aunque solo figuraba su nombre y en ningún caso formaron sociedad. Solo existe la constancia de aportaciones económicas.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Como la madre de Celia iba a ese pueblo con frecuencia y, según parece, compró cosas a José Padilla, pienso que quizá llegaron a hacer algún tipo de trato.

—¿A qué te refieres?

—A que todo pudo ser una tapadera.

—¿Y de qué?

La respuesta al otro lado se hizo esperar.

—Pudo ser una forma de blanqueo, o que quisiera descapitalizarla y por eso usó un nombre falso. Y lo más raro, pero no imposible, es que quisiera invertir y diversificarse.

—¡Una vaquería, Teresa De Mora!

Era una exclamación de incredulidad. Conoció lo suficiente a aquella mujer para que no le encajase en absoluto, aunque lo que más le sorprendía es que el pasado que le había contado Evaristo García respecto a la doble identidad de Teresa cobraba mayor verosimilitud con lo que su amigo le decía. Por inconcebible que le pareciese, justificaban los motivos por los que don Saturnino había contratado al detective.

—¿Sabes algo más de ese hombre? —preguntó el abogado.

—En el registro de sociedades ganaderas, José Padilla Fernández posee vacas. La leche la vende a Lecherías Pascual S.A. y es socio de una cooperativa del pueblo llamada Campoverde. Su economía, sin ser excelente, va bien. Se estabilizó hacia mil novecientos ochenta y cinco, no tiene deudas con bancos ni con otras financieras.

Ramírez recordó que en esa fecha murió Teresa De Mora, pero siguió escuchando a su amigo.

—Lo bueno para Celia es que la contabilidad de la tienda está por fin ordenada y puesta al día. Ya sabe las deudas que deberá asumir, aunque no deja de ser un palo para ella el haberse encontrado todo ese lío. Es como un volver a empezar y deberá tener paciencia.

—¿Se puede reclamar algo a José Padilla? —se le ocurrió de pronto.

—Tendría que ser Teresa Sánchez la que lo hiciese —contestó.

—Y si ellas…

—¿Si fuesen las dos Teresas la misma persona?

El abogado hizo un sonido afirmativo.

—En ese caso puedes imaginar que sería del todo imposible porque está muerta.

—¿No habría alguna forma?

—Yo no lo aconsejaría. Indagar en un tema económico tan oscuro y después de tres años… y me huelo a que no debió ser legal, seguro que removeríamos cosas y, es mi opinión, pero puede que personales.

—Quizá tengas razón —dijo Ramírez pasándose la mano por la cabeza.

—Y a Celia podría perjudicarla. No sabemos en lo que estaría metida su madre.

—¿Y si fue Padilla el que lo fraguó?

—Daría igual, es imposible incriminarlo sin pruebas y eso lo sabes tú mejor que yo, aunque si después de lo que te he contado y lo que tienes en tu mesa ves que puede haber alguna posibilidad… La decisión es tuya, y lo de decírselo a Celia también lo dejo a tu criterio, tú la conoces mejor.

—Lo pensaré.

—Si necesitas alguna aclaración, puedes llamarme.

—Sí, claro.

Hubo un breve silencio hasta que Gonzalo cambió de asunto.

—A propósito, ¿cuándo te vas a pasar por casa? Carmen me ha dicho que te invite a cenar un día, y podrías decírselo también a Celia.

—Se lo preguntaré y ya quedaremos.

Tras despedirse colgó el aparato y se quedó contemplando el vacío, absorto en sus pensamientos.

¿Qué sería José Padilla para Teresa De Mora? ¿O debía decir Teresa Sánchez? ¿Era su amante? ¿Su socio? ¿Un estafador? ¿Un chantajista que conocía su truculento pasado con Carmelo Salazar y con su supuesto padre?

Todas esas preguntas sonaban en su cabeza, y sabía que la respuesta estaba precisamente en ese hombre, al que sin duda había ido a ver el día que tuvo el accidente y al que también había visitado don Saturnino. El chico que trabajaba para el catedrático lo sabía, aunque no quisiera decírselo pero, mientras volvía a ojear

aquellos papeles, supo que ya no necesitaba su colaboración. Dio una última calada al cigarro y cerró la carpeta después de retorcer la colilla en el cenicero.

12

Pablo se adentró por el sendero que atravesaba el parque, iluminado por las farolas de forja, arrastrando de manera intencionada los pies para oír el sonido que producían sus pisadas en la arena. Así pretendía ahuyentar la tensión que lo hacía sobresaltarse cada vez que veía a alguien, incluso cuando sentía moverse las hojas de los árboles con la brisa.

Había anochecido por completo y apenas se veía gente salvo algún paseante con su perro, una pareja sentada en uno de los bancos en penumbra, y cerca del área donde estaban los columpios, un corrillo de adolescentes que charlaban a voces y reían a carcajadas. Quizá estuviesen comiendo pipas, o pasándose una cerveza o un cigarro, pero a medida que se alejaba dejó de oírlos. El parque, tan concurrido a plena luz del día, parecía envuelto en una oscuridad misteriosa.

La segunda vez que recorrió el camino con su bolsa de deporte al hombro, se llevó la mano libre al bolsillo; quería cerciorarse de que el sobre con las treinta y cinco mil pesetas sacadas esa misma mañana de la Caja de Ahorros seguía allí. Su saldo, de por sí escaso, había disminuido considerablemente y debía asumirlo solo, pues no pensaba hablar de ello a su madre. Aunque un golpe de suerte le había llegado por mediación de Óscar. Su amigo, como si hubiera intuido el apuro en el que se encontraba, lo llamó para preguntarle si le interesaba dar clases de matemáticas y física al hijo de un vecino suyo. Él aceptó enseguida; no era gran cosa, pero lo sacaría del atolladero mientras llegaba la ansiada beca. Y eso pensaba al mirar de nuevo el reloj; pasaban catorce minutos de las nueve y de improviso, al alzar la vista, divisó dos siluetas, una delgada, otra más alta y fuerte. Boris y el de la cazadora de cuero surgían como apariciones salidas de las sombras, acercándose despacio e

indicándole con un gesto de la mano que fuera hacia el seto donde la iluminación era más tenue.

—Supongo que lo traes —habló Boris después de darle una calada al porro que hizo que se le hundieran más las mejillas.

Pablo sacó el sobre del bolsillo y se lo dio. Él exhaló el humo y le pasó el porro a su amigo para poder contar los billetes sin extraerlos del sobre.

—¿Quieres? —le ofreció el de la cazadora después de dar una calada.

Pablo negó con un movimiento de cabeza, sorprendido de que lo tratase con aquella familiaridad, como si fuese uno de sus colegas.

—Están las treinta y cinco —dijo Boris, que dobló el sobre guardárselo en el bolsillo del pantalón, a la vez añadía—: Cuando tengas el resto te pasas por el bulevar o la plaza, solemos estar a partir de las nueve, nos haces una seña y nos entendemos.

Él hizo el gesto de comprenderlo, y Boris sacó del otro bolsillo algo envuelto en papel de aluminio.

—Es del mejor chocolate de Marruecos, si te interesa o a tus amigos pijos, por quinientas…

—No, paso.

—¿Seguro? Nadie te va a ofrecer nada mejor.

—Te he dicho que paso.

Entonces el de la cazadora levantó la mano con el índice extendido en un gesto inequívoco de amenaza.

—No la cagues, sabemos dónde vives tú y tu piba.

Y ya se iban cuando Pablo les detuvo con aquella pregunta que no dejaba de atormentarle.

—¿Por qué os debía mi hermano ese dinero?

Boris se giró y caminó la distancia que les separaba.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó con su voz cavernosa, envuelto en el humo del porro que fumaba.

—Sí —contestó sosteniendo aquella mirada de ojos enrojecidos.

—Vendía para nosotros en su instituto.

Pablo no pudo evitar una mueca de incredulidad.

—Cuando uno está enganchado vendería a su propia madre —siguió el traficante—. Le pedí la pasta y me dio largas hasta que me enteré de que se la chutaba él, y el marrón lo tuve yo por fiarme de un yonqui. Pero me metieron en la trena. Por eso no ajustamos cuentas antes y se libró de una buena paliza.

—Era un crío —logró decir con apenas un hilo de voz.

Boris soltó una risa que pareció estremecer la oscuridad de la noche.

—Todos lo éramos. Yo tenía quince cuando me metí el primer chute. Mi padre era un borracho y mi madre una infeliz que acabó tirándose por la ventana porque ya no aguantaba más, y a nadie le importó una mierda. —Retrocedió un paso, pero antes de irse le dijo en un tono casi amistoso—: Tu hermano es un cabrón con suerte.

Tal como llegaron, desaparecieron, engullidos por las sombras mientras a él una sensación de angustia seguía oprimiéndole la garganta. Entonces se percató de lo tarde que era y echó a correr hacia el pabellón.

13

No quería esperar hasta el sábado, y el martes, después de dar su primera clase al vecino de Óscar, se presentó en el hospital con la idea de interesarse por el catedrático. Y era sincero al hacerlo; quería saber cómo se encontraba, aunque no pudo verlo y fue la propia Estela la que salió al pasillo para hablar con él.

—Tiene paralizada la mitad del cuerpo, mueve un poco los dedos y con los ojos sigue lo que pasa a su alrededor —le contó después de agradecerle la visita.

—Entonces podréis comunicaros con él.

—Ayer lo intenté. Le dije que si sabía quién era cerrase los párpados dos veces.

—¿Y qué pasó? —se apresuró en preguntar.

—Nada —contestó con tristeza—. Sabemos que puede oír porque se sobresalta con los ruidos fuertes, sin embargo, se queda con la mirada fija. Es como si tuviese una especie de desconexión y no hubiera logrado recomponer quien es y lo que le rodea.

—¿Os han dicho si lo conseguirá?

—No se atreven a aventurarlo, y ojalá, no solo por él, también sería bueno para decirnos todo lo que ha pasado.

—¿Crees que lo haría? Porque antes de lo sucedido pudo y…

—¡A mí sí! —lo interrumpió, exaltada.

Pablo se quedó callado.

—Lo siento… a veces no puedo contenerme, lo echo de menos, poder hablar con él, y cuando lo veo así, mirándome fijo como si no me conociese… Me acuerdo de las llamadas de teléfono. Desde que me fui a Milán no pasaba una semana sin que nos comunicásemos y podíamos estar cerca de una hora hablando. —Sonrió apenas, casi con tristeza—. Mi madre lo increpaba. Decía que iba a gastar un dineral en conferencias, pero yo lo necesitaba porque después de mi

abuela era la persona en quién más confiaba.

Habían caminado hasta llegar al final del pasillo y se detuvieron frente a la gran cristalera por la que se veía la carretera con los coches circulando, los edificios… y más cerca una franja ajardinada que separaba del aparcamiento, con el césped tupido e impecablemente cuidado.

—Pregunté al médico si tenía dolor y me aseguró que no.

—Al menos no sufre —la tranquilizó Pablo.

Estela asintió con un movimiento lento de cabeza, sin apartar la vista del exterior hasta que se volvió hacia él.

—Cuando te contrató me habló de ti. Por eso la primera vez que nos vimos fue como si ya te conociera, aunque según te describía imaginaba que medías dos metros y que te llegaba el pelo a los hombros.

—Me faltan catorce centímetros para llegar a esa altura.

—Ya veo, y tampoco tienes el pelo tan largo. —Y en un tono más bajo añadió—: También me contó que mirabas mucho mi foto de graduación.

En ningún momento había pensado que el viejo se daba cuenta, y que ella se lo dijese en ese momento lo abochornó y no supo qué decir.

—Según mi abuelo eras muy serio para ser tan joven, y sé que en el fondo le caías mejor por eso, porque él también era así a tu edad. Quizá fue el motivo por el que confió en ti más que en mi madre. —Lo miró con más intensidad, para acabar diciendo—: A mí me pasa lo mismo.

Esas palabras, y sobre todo sus ojos dulces posándose en los suyos, le dieron el valor que necesitaba, aunque tartamudeó un poco al hablar.

—Po… podemos quedar luego… ir a tomar algo.

Estela cambió su expresión y su sonrisa le pareció condescendiente.

—Lo siento, he estado todo el día aquí y es agotador. Cuando salgo lo único que estoy deseando es irme a casa, darme una ducha y dormir.

Su decepción fue evidente; no pudo disimularla, pero enseguida se transformó en inquietud cuando vio a Celia Esquivel avanzando directamente hacia ellos.

Muchas cabezas se volvían a su paso; una mujer tan atractiva y elegante no dejaba indiferente a nadie, aunque ella solo dirigía la suya hacia Pablo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin más.

—Mamá, ha venido a ver al abuelo —se apresuró en responder Estela.

Pero Celia no dejaba de observar al joven con sus ojos de hielo.

—Te dije que no quería verte por aquí.

—No se preocupe, ya me marchaba —dijo él.

Sin mediar más palabras se despidió de Estela con un breve gesto y se encaminó hacia los ascensores. Estaba enfadado y furioso con aquella mujer, y sobre todo consigo mismo por no saber plantarle cara, cuando sintió que le tocaban en el brazo y al girarse se encontró con Estela.

—Llámame mañana al mediodía.

No esperó más, fue de nuevo junto a su madre que aguardaba junto a la puerta de la habitación.

—Has sido muy desagradable, mamá.

—¿Y tú? ¿Le has dicho que tienes novio?

Ella estaba a punto de entrar y se quedó inmóvil unos segundos.

—¿Por qué tendría que decirle nada? —repuso al fin.

—Simplemente porque le gustas y puede estar haciéndose ilusiones, porque con tu actitud le has dado pie a que lo crea.

—Yo no le he dado pie a nada.

—¿A no? Te ves con él y sé por Fermín que el otro día te acompañó a casa.

—Solo quería saber cómo estaba el abuelo, como tú no dejas que se acerque siquiera...

—Esa es una excusa y lo sabes —la cortó con desdén—. Además, tratar con él es una traición hacia Fabio.

Estela volvió a sentirse paralizada.

—Tampoco Fabio y yo tenemos ningún compromiso formal.

—¿Cómo qué no? Lleváis saliendo meses, conoces a sus padres. Es un joven estupendo y de buena familia.

—Sí, mamá, su familia tiene dinero y eso es imprescindible para ti —repuso en un claro tono de insolencia.

—¡No me hables así, Estela! —exclamó, conteniéndose para no elevar la voz—. Sabes que no es solo el dinero, que hay más cosas como la educación, la situación social, un comportamiento intachable sin…

—¿Sin ovejas negras? —completó ella.

—Si quieres llamarlo así… Y que no le haces ningún favor a ese chico, y menos aún a ti y a tu relación con Fabio.

Ella no objetó nada. Empujó la puerta de la habitación, y su abuelo abrió los ojos al sentirla entrar.

14

Quedaron en la puerta principal y Estela le propuso dar un paseo hasta su casa.

—Necesito andar un poco. Las horas se hacen eternas y agobia pasar tanto tiempo en el hospital. Es como estar encerrada.

Él le preguntó entonces por su abuelo y ella lo puso al corriente de su estado de salud que no difería mucho del día anterior. Después guardó silencio, mirando distraída los escaparates de las tiendas sin que a Pablo se le ocurriera cómo romper el mutismo, hasta que ella se giró para preguntarle:

—¿Qué tal va tu tesis?

Le sorprendió que se interesara por ello, pero respondió enseguida.

—Bien. Ya tengo fecha de presentación: será el nueve de mayo y una semana después me dirán si me conceden la beca que solicité para el Centro de Investigaciones Científicas. Y dependerá mucho de cómo salga la tesis.

—Ojalá lo consigas —le deseó, y al poco volvió a preguntar— ¿Y de qué trata?

—Sobre la superconductividad. Mi tesis analiza varias fórmulas para aplicar en la resistencia eléctrica por debajo de ciertas temperaturas.

—Parece algo muy complicado.

—Depende de los conocimientos que se tengan sobre física.

—Los míos son nulos. Cuando la estudié, más bien me la aprobaron. Fue en un centro privado y podían ser más tolerantes con los que íbamos a elegir carreras de letras.

—¿A qué parte del Derecho te vas a dedicar?

—Me gustan varias —contestó—. Hice un máster de Derecho Internacional en la universidad de Milán. Es muy útil para la

política o la diplomacia, me lo aconsejó mi padre porque en su familia llevan tres generaciones dedicándose a ello.

—¿Te interesa la política?

—Por supuesto, ¿es que a ti no?

—Cuando empecé la universidad me apuntaba a todos las manifestaciones y seguía las campañas de los partidos para informarme, pero ahora paso bastante de todo eso.

—Porque sin duda estás desencantado. Mi padre opina igual. No le gustan los enredos ni las corrupciones políticas; él habría preferido estudiar arte, pero no se atrevió a romper la tradición.

—¿Tú piensas seguirla?

Ella no respondió hasta que cruzaron la calle cuando se abrió el semáforo.

—No me costaría hacerlo, aunque Max me ha propuesto que trabaje con él por un tiempo. Él se dedica al derecho civil y opina que sería bueno para que viese como se funciona en los juzgados. —Respiró hondo—. Estoy echa un lío, no me decido y ahora con lo de mi abuelo me siento incapaz de pensar.

—Entonces vas a esperar a que él…

No terminó la frase, pero Estela lo entendió y afirmó con un movimiento de cabeza.

—Tienes suerte de tener las cosas claras y saber lo que quieres —acabó diciéndole.

Pablo sonrió levemente. Era cierto que su camino estaba trazado desde que había empezado la carrera; sabía que quería dedicarse a la investigación y los pasos que debía seguir para conseguirlo, aunque dicho camino no estaba exento de complicaciones. No todo dependía de su buen expediente; también estaban las circunstancias personales que había tenido que afrontar y que habían ralentizado su rumbo. No obstante, quedaba menos, en dos semanas sabría si lo había logrado, y de pronto sintió como si algo le corriera por el estómago: los nervios que de cuando en cuando lo acechaban con el transcurrir de los días. Por eso cambió de conversación; no quería pensar en ello y le preguntó a Estela si tenía familia en Italia además de su padre.

Ella le contó que sus abuelos paternos habían muerto cuando era pequeña, y que su padre era el menor de tres hermanos.

—El mediano está en Varsovia y trabaja en la embajada. El mayor tiene sesenta y siete años, se retiró y vive con su mujer en una casa preciosa en Menaggio y con vistas al lago de Como. He ido un par de veces con mi padre a verlos. Luego tengo seis primos y también los tíos y tías de mi padre con sus respectivos hijos. Son un

montón, pero la relación con ellos ha sido en estos meses, antes apenas los había tratado y por eso no termino de sentirlos como algo cercano, igual que les pasará a ellos conmigo. Mis abuelos maternos e incluso Max son mi auténtica familia.

—Pero te llevas bien con tu padre.

—Sí, con él sí, además soy su *bambina* —dijo con orgullo.

Una moto pasó haciendo sonar el tubo de escape y ambos miraron como el piloto sorteaba los coches antes de perderse entre el tráfico.

—Mi abuela decía de él que era un picaflor —le contó riendo—. Y tenía bastante razón, es muy guapo y encantador con las mujeres, y la última novia que tuvo era casi de mi edad, lo que resultaba un poco chocante para mí. Afortunadamente rompió con ella y ahora creo que está empezando algo con una diseñadora de moda con la que parece muy ilusionado. —Se encogió de hombros—. Veremos si es la definitiva y acaba sentando la cabeza.

Siguieron caminando en silencio, envueltos en el sonido de la calle. Caía la tarde y las luces empezaron a encenderse poco a poco, haciendo que los escaparates adquirieran una nueva presencia, un brillo que potenciaba su contenido.

—Mi madre y Max sí que hacen buena pareja, aunque ella continúa dándole largas, no sé cómo no se rinde el pobre —y murmuró—: Si pudiera haría algo.

—¿Qué harías? —preguntó Pablo.

—No sé, salvo que esto que ha pasado contigo, la recaída de mi abuelo y los problemas con la tienda los ha unido más.

Él no hizo ningún comentario y ella continuó.

—Quizá es el empujón que necesita para darse cuenta, sobre todo porque, si mi abuelo muere, se quedaría sola.

—No creo que tuviera problemas por eso. —No pudo evitar decir con un gesto de indiferencia que hizo detenerse a Estela.

—Porque, según tú, es dura y calculadora —dijo seria.

—No tengo motivos para opinar otra cosa —habló en el mismo tono.

El escaparate junto al que se habían detenido exhibía zapatos en medio de una luz azulada que se reflejaba en su pelo como si estuviera envuelta en un halo.

—Sin duda tienes razón —habló a media voz—. Aunque lo que pasó es que se equivocó, debió casarse con Max en lugar de con mi padre.

—Tenía que hacerlo para que nacieras tú —se apresuró él, y Estela sonrió.

—Ahora debe hacerlo. No va a encontrar a nadie que la quiera tanto como él.

Pablo meditó un segundo antes de expresar en alto lo que opinaba.

—Puede que tu madre no busque una relación. Hay mucha gente que no siente la necesidad de emparejarse.

—No digo que no, sin embargo, hay más cosas en la vida. Mi madre parece estar obsesionada por la tienda y el dinero, y si mi abuelo muere y yo regreso a Milán, me daría pena que se quedase sola.

Volvió a reanudar el paseo mientras Pablo, por un instante, se quedaba rezagado. O más bien paralizado por la impresión que le habían producido sus últimas palabras. Había hablado de irse como si fuera lo más natural, un destino inevitable cuando la situación de su abuelo se resolviera. Y se apresuró en alcanzarla, con la mente aún confusa, haciéndose preguntas que no se atrevió a formularle cuando llegó a su lado, entre ellas: «¿Vas a volver a Milán? ¿No regresarás? ¿No volveré a verte más? ¿Tendré que olvidarte?».

Se había echado la noche cuando llegaron frente al portal y ella suspiró profundamente, recostándose por un segundo contra la pared.

—Ha sido un buen paseo y me ha sentado fenomenal.

E iba a abrir cuando él la detuvo para pedirle si quedaban al día siguiente.

—Podríamos ir al cine o a tomar algo —propuso tímidamente.

—Sí, lo del cine estaría bien. No sé qué ponen, si no te importa mirar tú la cartelera… aunque, si no hay nada interesante, me encantaría ir al Retiro, hace años que no paseo por allí.

—Igual que yo, antes iba con mis amigos a remar al lago.

—Y a perseguir a las chicas para salpicarlas.

—Bueno… también.

Ambos se reían, hasta que ella sacó la llave del bolso.

—Si me llamas, es mejor al mediodía.

Él asintió conforme y como despedida le soltó:

—Pues hasta mañana o *arrivederci*.

—*Arrivederci* es adiós o hasta luego —repuso ella—. Hasta mañana sería *a domani*.

—Entonces *a domani*.

—*A domani*.

Y de improviso se acercó a él, dándole un beso amistoso de despedida.

Pablo se quedó mirando su imagen distorsionada por el bisel de

los cristales hasta que entró en el ascensor y desapareció dentro. Solo entonces se alejó caminando con lentitud hacia la boca del metro, descendiendo la escalera como si lo hiciera en sueños. Tenía el contacto de sus labios aún pegados en la mejilla cuando el aire brusco que despidió el subterráneo al empujar la puerta lo devolvió a la realidad.

15

No hablaron apenas desde que salieron del casco urbano, en medio de un tráfico lento que no permitía adelantamientos, hasta que Pablo rompió el silencio para comentar que el viaje podía prorrogarse más de lo que le había dicho.

—No importa —dijo Estela sin mirarlo.

—En Madrid es así, da igual el día y la hora, siempre hay vehículos circulando.

—Decían que cuando hiciesen la circunvalación de la M treinta se acabarían los atascos.

Pablo rio.

—No por mucho tiempo, desde luego.

Solo cuando dejaron atrás las salidas de las zonas industriales o comerciales y después de los barrios periféricos, la circulación se volvió fluida y sin retenciones.

—Te agradezco mucho que vengas conmigo —oyó decir a Estela —. Aunque sé que casi te he obligado, y ni siquiera te pregunté si tenías algún compromiso.

—No me ha importado, y no tenía nada mejor que hacer —repuso, acordándose de la decepción de Óscar cuando le avisó de que no podría jugar el partido.

—Gracias de todas formas.

Pablo hizo un gesto de asentimiento, pues no podía sino agradecer la oportunidad de estar con ella, igual que la tarde anterior.

Habían ido al Retiro, y tras pasear entre los senderos arbolados para llegar al Palacio de Cristal, Estela había sugerido remar por el lago. Una experiencia que nada tenía que ver con la de sus amigos, haciendo el gamberro o persiguiendo a las chicas para ligar. En un principio se habían turnado con los remos, pero habían acabado por

sentarse juntos, llevando cada uno un remo y sin dejar de reír hasta que lograron sincronizar el ritmo. Luego habían tomado un refresco en una terraza y cuando se había despedido de ella frente a su portal, se había sentido plenamente feliz cuando volvió a besarlo en la mejilla y le había dicho que lo había pasado tan bien que incluso había llegado a olvidarse de los problemas.

—¿Te importa que ponga la radio? —le pidió ella sacándole de sus recuerdos.

—En absoluto.

—¿Qué te gusta? —le preguntó mientras giraba el dial para sintonizar una emisora.

—¿De música?

—Sí.

Tardó unos segundos en responder.

—Sobre todo el rock.

—¿Incluido el heavy?

—Menos, pero no me disgusta. ¿Y a ti?

—He pasado por muchas fases, pero ahora me encantan los grupos nuevos que han salido, como Los Secretos, Nacha Pop, Gabinete, Mecano… Antes de irme a Milán iba mucho a Rock Ola y los locales de Malasaña; había un ambiente estupendo, aunque las cosas se desmadraban a veces.

—Yo fui a tres conciertos —comentó Pablo—. En el último hubo una pelea tremenda entre *mods* y *rockers*. Llegó la policía y empezó a dar porrazos a diestro y siniestro. Nos cachearon a todos y no nos llevaron a comisaría porque ya no cogíamos en el furgón.

—Puede que estuviese yo también —dijo ella—, recuerdo muchas movidas por el estilo. Durante un tiempo estuve muy metida en ese mundillo, era punki.

—¿De veras? —y la miró durante un segundo—. No te imagino con ese estilo.

—Pues lo fui. Me hice una permanente en el pelo que lo encrespaba y me lo teñí de naranja, también me pintaba los ojos y los labios de negro o morado; parecía una loca salida de un manicomio.

—Supongo que a tu madre no le haría mucha gracia.

—No —se carcajeó—. La espantaba. Creyó incluso que me había captado alguna secta y me llevó al psiquiatra que la tranquilizó diciendo que eran rebeldías de juventud.

—Acertó entonces.

—Eso parece, ahora soy más normalita —sonrió de nuevo.

Las dos horas pasaron casi sin darse cuenta en medio de la

amena charla, hasta que a la salida de un tramo de curvas vieron el letrero con el nombre del pueblo.

Habían llegado a su destino, y después de un parque y la hilera de árboles a lo largo de la acera, se abrió ante ellos una explanada. Varias calles confluían y siguieron por la que parecía la principal, pavimentada en cemento, con casas a ambos lados. Al final acababa desembocando en una plaza y las ruedas del coche traquetearon al pasar sobre las losas de granito. Pablo reconoció enseguida el ayuntamiento por los soportales y las tres banderas colgando de sus mástiles. También vio el bar, y la farola central con los árboles y unos bancos rodeándola; en ese momento había cuatro viejos sentados que siguieron con la vista al coche que pasaba.

Él continuó recto, hasta que una fachada de color rojizo le sirvió de referencia para recordar que debía girar por la primera a la derecha. Después de unos metros se detuvo junto a una puerta grande de madera oscura que destacaba en medio de la pared encalada. Todas las ventanas estaban cerradas y solo en dos se distinguían cortinas tras los cristales.

—Aquí es —dijo deteniendo el vehículo y echando el freno.

Estela hizo una mueca de asentimiento, sin apartar la vista del exterior hasta que se volvió a mirarlo.

—Estoy nerviosa —murmuró en voz baja.

Pablo le dio a entender que lo comprendía y añadió:

—Tu abuelo no quiso entrar, se arrepintió antes de llamar siquiera a la puerta.

—Quizá tuvo miedo —comentó en el mismo tono.

—De la verdad —dijo él—. De eso me habló cuando tiró el sobre al fuego de la chimenea, que después de buscar la verdad ya no quería saberla. Y puede que tampoco le gustase que la supieseis tu madre y tú.

—Debió ser duro llegar a esa conclusión —apuntó ella, y respiró hondo antes de oprimir el tirador para salir del coche.

El aire que soplaba era frío, y por el cielo no dejaban de moverse las nubes dejando ver retazos de cielo azul cuando se encontraron frente a la puerta. La aldaba era una argolla que al golpear resonó con un eco metálico en medio de aquella calle solitaria. Pero nadie abría y Pablo volvió a intentarlo, esta vez más fuerte y durante más tiempo. No obtuvo respuesta, ni oían nada al otro lado. Estela miró por el ojo de la cerradura; solo logró distinguir unas plantas de lo que podía ser un patio.

Llamaron por tercera vez, y entonces oyeron el quejido de una puerta al abrirse, pero no era la que tenían ante sí, sino a su

espalda, al otro lado de la calle.

Una anciana vestida de negro, con el pelo blanco y recogido en un moño, los miraba con las arrugas de la frente más fruncidas, a la vez que les decía que no se molestasen en llamar, que no había nadie en la casa.

—A estas horas andan en el corral —les dijo sin dejar de observarles, en especial a Estela que vestía vaqueros con un jersey de color naranja bajo una gruesa chaqueta de tweed de corte masculino y amplias hombreras.

—¿Son forasteros? —preguntó la mujer.

—De Madrid, y veníamos a ver a José Padilla —contestó Pablo— ¿Vive aquí, verdad?

—¿Y pa' qué buscan a Pepe? —volvió a preguntar ella.

—Un asunto privado —respondió Estela.

La anciana puso un gesto de desconfianza; sin duda no le satisfacía la respuesta y se aproximó con las manos hundidas en los bolsillos del mandil de cuadros.

—Pues hasta las tres lo menos no asoman, y luego a las seis vuelven otra vez al ganao. La Nati se fue a casa de su hermana, que la operaron de una hernia y la pobrecilla no se puede valer…

—¿Quiere decir que no vendrá esta mañana? —la cortó Pablo.

—Eso mismito.

Ellos se miraron decepcionados, como si no pudiesen aceptar que no estuviese allí para recibirles después del largo viaje que habían hecho.

—¿Por algún casual vienen de parte de la señora esa? —preguntó la mujer y Estela se sobresaltó.

—¿A qué señora se refiere?

—Una forastera mu' fina, con el pelo como la paja y los ojos así, como los suyos —dijo sin dejar de mirarla—. Venía mucho a ver a Pepe, pero ya hace lo menos tres años que no se la ve.

Hizo un mohín con la boca antes de acercarse más a ellos.

—La gente es meticosa, siempre hay chismes y critiqueo.

Ninguno de los dos entendía sus palabras y ella bajó más la voz, como si temiese que alguien pudiera oírla, aunque por la calle no se veía un alma.

—Dicen que ella le dio las perras pal' corral y las vacas, porque si no nadie se explica de dónde iba a sacarlas. Los pobres no tenían ni donde caerse muertos antes de que ella apareciera, y claro que algo debe haber porque de balde nadie da duros por pesetas.

—No entiendo lo que quiere decir —dijo Estela.

—¡Si yo no digo na'! —exclamó echando la cabeza hacia atrás—.

Pachasco me meto yo en esos berenjenales, y pal' caso lo mismito da, el Pepe y la Nati son buena gente, aunque se diga que cuando el río suena…

—¿Podría indicarnos dónde está ese corral? —preguntó Pablo; estaba cansado de aquella charla de la que presentía no llegarían a nada.

—Queda un poco lejos y no sé cómo explicarlo.

—¿Y algún vecino podría hacerlo?

—El Luciano, pero ya se fue a la huerta y no viene hasta el mediodía, y el Dioni… pero mejor ni mentarlo, está tan sordo que nos darían las uvas antes de que se enterase de la misa la media.

—Pues díganos usted, más o menos —le pidió Estela.

Y como la mujer les indicó, siguieron por esa calle hasta acabar de recorrerla. Al final se encontraron con lo que ella llamó «las escuelas», un gran edificio gris lleno de ventanas y rodeado por un muro rematado por una verja. Después, con las últimas casas, empezaba un camino polvoriento, dejando a mano izquierda el abrevadero junto a un bosquecillo de abedules. A partir de ahí vieron huertos, y la última referencia de la vecina de José, que debían continuar por el primer desvío después del estercolero.

Ante sí tenían un camino en constantes subidas y bajadas, con una arena compactada que se ondulaba por los baches y surcos que producían las rodadas de los tractores. Por eso Pablo conducía con cuidado, esquivando los cúmulos de barro, los desniveles y los charcos que le hicieron arrepentirse de haberse metido por allí. Y se planteaba volver cuando dieron con otro cruce.

Los dos contemplaron el paisaje, la sucesión de colinas y prados, zonas aradas con la tierra removida, cultivos y vegetación exuberante con flores amarillas y violetas. También el rojo de las amapolas y el blanco de las margaritas destacaban entre los árboles, en su mayoría encinas, que se sucedían hasta perderse en la distancia. El sol que se colaba entre las nubes contribuía a resaltar los matices de aquel día primaveral hasta donde alcanzaba la vista, en la cadena montañosa que recorría el horizonte.

—¿Por dónde sigo? —preguntó Pablo.

—No sé, la mujer dijo que si nos equivocábamos llegaríamos al río, y de vuelta todos los caminos acaban en el pueblo.

—Tiremos entonces por ahí, a ver qué pasa.

La única razón por la que eligió aquel desvío fue porque estaba en mejores condiciones y, si tenía que equivocarse, prefería hacerlo sin añadir más contratiempos.

—El paisaje es muy bonito —comentó Estela cuando reanudaron

la marcha.

Pero él no podía fijarse en ello. Su atención seguía al frente, con las dos manos sujetando firmemente el volante pues el camino empeoraba por momentos y no era prudente sobrepasar los veinte kilómetros por hora.

Entre tanto ella no dejaba de observarlo todo: las vallas de granito o pizarra que separaban las fincas, unas construcciones en ruinas, un rebaño de ovejas disperso en lo alto de un cerro y las encinas de troncos retorcidos entre la tierra ocre... Un sendero que serpenteaba por una loma condujo su mirada hacia una casa medio camuflada entre la vegetación de olivos. Pero nada de lo que veía se asemejaba a un establo de vacas. Más aún, el camino se estrechaba con espesas zarzamoras y el suelo iba cubriéndose de hierba y pedruscos. Hasta que resultó imposible continuar, no solo por los macizos de retamas y piedras teñidas de musgo que cortaban el paso a cualquier vehículo, también unos metros más adelante un gran charco inundaba el camino.

—Nos hemos perdido —dijo Pablo y volvió el rostro preocupado hacia ella.

Estela se encogió de hombros.

—¡Qué le vamos a hacer! Pero ya que hemos llegado hasta aquí podríamos dar una vuelta y ver el paisaje.

Sin más abrió la puerta y salió del coche, rodeando el charco hasta llegar al borde del cerro donde esperó a que Pablo se acercara a su lado. Estaban en un alto y desde allí se divisaba el sendero estrecho y pedregoso que los conducía al río y que empezaron a bajar, esquivando la vegetación y las rocas desprendidas. El viento que arreciaba se había detenido al abrigo de los montes que tenían enfrente y a su espalda, hasta llegar a una franja de hierba y flores silvestres que los separaba de la arena y las piedras de la orilla. El sol en ese momento se colaba por los grandes claros que se abrían entre las nubes, iluminando el agua que casi cegaba con su brillo de espejo.

—Me encanta este sitio. ¿Nos quedamos un rato? —propuso Estela.

—Como quieras —y alzó la vista al cielo—. Al menos mientras no empeore y se ponga a llover.

—No seas aguafiestas —se rio dándole con el codo y corrió hacia la orilla.

El agua parecía quieta hasta llegar a las ruinas de una construcción medio sumergida que provocaba que el líquido al chocar formara una espuma blanca que se hacía y deshacía,

produciendo el mismo sonido antes de seguir corriente abajo.

Estela se inclinó y cogió una de las redondeadas piedras de la orilla y la lanzó lo más lejos que pudo, luego otra a la que intentó dar efecto para que saltara. No lo consiguió y se hundió, formando ondas concéntricas.

—Tienes que hacerlo desde más abajo —dijo Pablo—. El secreto está en tirarla a ras del agua para que rebote sobre la superficie, y cuanto más plana sea la piedra, mejor.

Para demostrárselo tiró una, consiguiendo en el primer intento que brincara tres veces antes de sumergirse.

Ella lo felicitó entusiasmada, y lo intentó siguiendo su consejo, pero no lo logró, y cada vez era peor porque no podía dejar de reírse en cada fracaso. Pablo, que se lo tomaba más en serio, llegó a los cuatro saltos.

—¡Eres un fenómeno! —exclamó ella.

—Solo es cuestión de aplicar las leyes de la física y luego mucha práctica en el pantano de San Juan, donde íbamos todos los veranos con mis padres cuando éramos pequeños.

—¿Tu familia es de Madrid?

—Mi madre sí, aunque de sus padres, él era asturiano y ella de Murcia.

—¿Y tu padre?

—Era de un pueblo de Cáceres, cuando tenía trece años se quedó huérfano y tuvo que irse porque no había forma de ganarse la vida.

—¿Y se vino solo?

—Así es. Pensaba emigrar a Francia, pero el poco dinero que tenía solo le llegaba para un billete a Madrid y, en cuanto se bajó del tren, buscó un empleo en la primera obra que encontró. Se lo dieron y empezó a trabajar de peón, con jornadas de diez y doce horas diarias, y estaba encantado porque lo dejaban dormir en la caseta de la obra hasta que pudo pagarse el alquiler de una habitación.

—Es admirable, y además fue muy valiente.

Pablo sonrió. Cuando era adolescente le avergonzaba el pasado de su padre, oírlo contar aquellas penurias con su acento de pueblo, y más si lo hacía en público. Luego no, más bien al contrario, se sentía orgulloso y agradecido.

Habían dejado el juego para sentarse sobre la superficie plana y casi pulida de una gran piedra próxima a la orilla; estaba caliente, como si la hubiese dado el sol durante horas. Estela, con las piernas recogidas hacia el pecho, las rodeó con los brazos, apoyando la cara en las rodillas.

—Se pierde la noción del tiempo, es tan relajante… —dijo con la vista fija en el agua.

Parecía absorber la tranquilidad de aquel entorno, y como ella, Pablo también se concentró en el constante rumor del agua revolviéndose entre los escoyos.

Fueron unos minutos hasta que escuchó su voz como si fuera otro murmullo.

—No dejo de pensar en lo que nos contó la mujer del pueblo, ni termino de comprender qué pretendía insinuar.

—Para eso has venido, para averiguarlo.

—Sí, pero es tan extraño… —Y volvió el rostro hacia él—. ¿Por qué vendría a ver a ese hombre? ¿Será verdad que mi abuela le dio dinero para montar su negocio?

—Según esa mujer, es lo que se decía en el pueblo, pero no sabemos si será cierto.

—Sin embargo, encajaría con lo que me contó mi madre, la situación económica por la que atravesaba la tienda cuando revisó la contabilidad tras su muerte.

—Debió tener un buen motivo para hacerlo, puede que el mismo por el que tu abuelo vino, y lo suficientemente grave como para no querer decírselo a nadie.

—¿Por ejemplo? —preguntó ella.

—Algo que le incumbía solo a él, algo muy personal.

Estela se sobresaltó.

—¿Te refieres a una infidelidad?

—Suele ser lo más común —dijo con cautela, y ella meneó bruscamente la cabeza.

—Imposible, mis abuelos no, nunca.

—No puedes saberlo con total seguridad...

—Lo sé —interrumpió ella, y su voz temblaba al hablar—. No he conocido a ninguna pareja que se quisiese tanto como ellos; se amaban y respetaban. No tengo la más mínima duda.

Pablo iba a contarle que su abuelo le habló precisamente sobre eso, la duda, y con ella la búsqueda de la verdad, aunque resultara dolorosa. Una verdad a la que al final fue incapaz de enfrentarse. Sin embargo, no se atrevió a decírselo al ver la expresión y el brillo húmedo de sus ojos.

—¿Quieres seguir con esto? —le preguntó, no obstante.

Ella afirmó con un rotundo movimiento de cabeza y volvió el rostro al frente, cerrando los párpados.

—¿Y si no te gusta lo que averigües? —volvió a preguntar.

Ella tardó en contestar.

—Tengo que hacerlo —murmuró apenas.

—Vas a ser una buena abogada —dijo él al instante.

Aquel comentario alivió su tensión y sonrió sin llegar a abrir los ojos.

El agua continuaba su constante fluir y chocar entre las rocas, y Pablo llevó los brazos hacia atrás, apoyando las manos que recibían su peso con las piernas extendidas. Tenía ramitas y hojas pegadas al pantalón vaquero y se echó hacia adelante para sacudirse un poco. Pero enseguida se volvió hacia ella; también tenía algunas hojas adheridas, aunque en lo que se detuvo fue en la perfecta línea de su perfil hasta los labios, carnosos y ligeramente entreabiertos. Estaban tan cerca el uno del otro que podía oír su respiración pausada a pesar el sonido del agua. Y solo necesitaba un ligero movimiento para inclinar la cabeza y hacer lo que deseaba, que era poner sus labios en los suyos, besarla larga y apasionadamente.

Casi empezaba a hacerlo cuando ella abrió los ojos, retrocediendo.

—Tenías razón, va a llover —dijo alzando la vista.

El cielo se había cubierto por completo de nubes y ningún claro dejaba ver los brillantes colores del paisaje ni el resplandor del agua.

—Deberíamos irnos —añadió poniéndose en pie.

Él también lo hizo, despacio y sin atreverse a mirarla. Se sentía ridículo, incluso humillado, pues era evidente que ella había adivinado sus intenciones y no había querido que la besara. Y durante todo el trayecto de vuelta, mientras subían a toda prisa la cuesta, no dejó de pensar en su rechazo.

—No soy deportista como tú —la oyó decir a su espalda, con el aliento entrecortado por el esfuerzo.

Pablo se dio cuenta de que había sido desconsiderado por no ofrecerle su ayudar en la subida, pero no se excusó. Solo dijo que era mejor apresurarse para volver al pueblo, comerían algo y luego irían a la casa de José Padilla.

Se disponían a entrar en el coche cuando Pablo se percató de que una de las ruedas traseras estaba desinflada. Se agachó a revidarla y vio un corte en el neumático.

No pudo evitar que le saliera un bufido de fastidio, pero no le quedaba otra opción que sacar la de repuesto. Sin embargo, al ir a hacerlo, comprobó enseguida que estaba sin presión, y de un golpe brusco cerró el capó.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—No está en condiciones, así que nos hemos quedado tirados. —

Y dio un puntapié a la rueda pinchada profiriendo un «maldita sea» entre dientes.

Estela se acercó y le puso una mano en el brazo.

—No te preocupes, seguro que encontramos a alguien que nos lleve al pueblo.

Pablo miró el cielo cubierto por completo de nubes grises.

—Será mejor que vaya yo, va a llover.

—No —se apresuró ella—, prefiero mojarme a quedarme aquí sola.

Sin más preámbulos se pusieron en camino.

—Calculo que estaremos a más de una hora del pueblo, y lo peor es que si no pasa ningún coche nos mojaremos.

Estela se acordó entonces de la casa que había visto en la loma, medio oculta por los olivos; no debía estar a más de un cuarto de hora.

—Puede que no viva nadie —dijo él.

—Habrá que arriesgarse, y nos dará tiempo a llegar antes de que descargue la tormenta.

16

El cielo ya era de un gris plomizo cuando se toparon por fin con el sendero que ascendía entre los olivos, e hicieron un esfuerzo para acelerar el paso, pues el frio arreciaba y a lo lejos avanzaba una neblina espesa y oscura. Estela se apretó la chaqueta con el bolso, alzándose las solapas y cruzando los brazos para protegerse del viento que les llegaba a ráfagas y le revolvía el pelo tapándole la visión. Aunque era peor el cansancio. Creía que no podía dar un paso más para seguir el ritmo rápido que llevaba él, y Pablo al darse cuenta, la tomó de los hombros.

—Falta poco —la animó.

Ella apenas pudo hablar. El frio no le dejó mover siquiera los labios y él aminoró la marcha para ayudarla a continuar. Veía la casa al final del camino de arena y distinguía perfectamente la fachada blanquecina y las columnas de piedra del frontal donde se enredaban las ramas de una parra que subían casi hasta el tejado.

—Ya estamos llegando —volvió a decirle, y el aire sopló con más intensidad a la vez que empezaban a caer las primeras gotas que enseguida se convirtieron en una tromba.

Corrieron los metros que los separaban hasta el porche, suspirando aliviados al ver como el agua caía con fuerza y ellos se encontraban a salvo sin haberse mojado mucho. Pero su alegría duró un instante, cuando el ladrido de un perro les sobresaltó. Estela se abrazó asustada a Pablo que la apretó contra sí para protegerla, aunque no sabía qué iba a hacer. Era un pastor alemán que enseñaba los dientes entre ladrido y ladrido, como si de un momento a otro fuera a abalanzarse contra ellos.

—¡Quieto, Ringo! —oyeron que gritaba alguien.

El perro dejó de ladrar y se sentó sobre sus cuartos traseros, sin dejar de vigilarlos, hasta que volvió la cabeza hacia la puerta que se

abría.

Una mujer que vestía un delantal floreado sobre una bata azul salía de la casa y acarició al perro entre las orejas. Luego alzó la vista hacia ellos que continuaban abrazados.

—Pasad dentro —dijo echándose a un lado.

Estela apenas pudo balbucear un «gracias», y la mujer la miró preocupada.

—Chiquilla, estás temblando de frio, entra deprisa a calentarte. —Y la condujo hacia el interior, junto a una estufa de forja por la que a través del cristal se distinguía el brillo de las llamas.

Hizo que se sentara cerca, en una silla baja, y le colocó un chal sobre los hombros, mientras Pablo se acomodaba en el sofá, algo más apartado. Ella se quedó medio acurrucada, recibiendo la calidez de la estufa, mirando el fuego mientras Pablo se sentaba en el sofá, algo más apartado.

—¡Menuda la que está cayendo, parece el diluvio universal! —exclamó la mujer.

Con los brazos en jarras miraba hacia la ventana, pendiente de la lluvia que sonaba con fuerza, hasta que se volvió hacia ellos.

—Por poco no os ponéis pingando. —Y con expresión curiosa les preguntó—: ¿Qué hacíais por estos andurriales?

—Estábamos viendo la zona —se apresuró Pablo en responder —. Llegamos hasta el río y al volver vimos que la rueda del coche estaba pinchada. Lo malo es que no sabía que la de repuesto estuviese sin presión, por eso queríamos llegar al pueblo. —Y en un tono de disculpa añadió—: Sentimos molestar.

—¡No es molestia! —saltó ella—. Al contrario, es agradable tener visitas, y con eso de la rueda ya os ayudará mi marido en cuanto vuelva.

Miró hacia un reloj en forma de plato que colgaba de la pared y que estaba a punto de marcar las dos menos veinte.

—Basilio no tardará en llegar, antes de las dos estará aquí, es cuando comemos —y los volvió a mirar—. Porque habrá que comer antes.

—No se preocupe, si nos deja llamar por teléfono o si puede acercarnos al pueblo… —empezó Pablo.

—Claro que comeréis con nosotros —dijo ella como si no hubiese oído lo que acababa de decirle.

—Es que no queremos molestar —repitió Estela.

—¡Qué vais a molestar! ¡Faltaría más! Y tengo comida de sobra.

No les quedó más remedio que aceptar su ofrecimiento para no ofenderla y lo agradecieron al unísono.

—No hay de qué, pareja, y a propósito, me llamo Emérita, pero me dicen Meri, es más corto y fácil de recordar.

Ellos también se presentaron.

—Pues voy a seguir con la comida, la estaba terminando cuando sentí ladrar al perro —y les preguntó—: ¿Os gustarán las albóndigas?

Los dos asintieron a la vez que Estela se ofrecía a ayudar.

—No, chiquilla, vosotros no os mováis del lado de la estufa que aún estáis destemplados. Yo termino en un pis-pas, solo me falta freír unas patatas y echar los fideos a la sopa, va a estar calentita, ya veréis cómo os entona.

Los dejó en el salón, un confortable espacio con el techo de vigas de madera y suelo de baldosas de barro encerado. Frente a ellos tenían una mesa camilla con faldas de una gruesa tela verde a juego con el tapizado del sofá, aunque este tenía un reposacabezas de ganchillo. A unos metros de la estufa estaba la zona del comedor con una mesa alargada rodeada por sillas de asiento de enea, y una alacena de estilo castellano exhibía la vajilla y la cristalería mezclada con fotos y adornos de todo tipo.

Pero lo que más llamaba la atención era la pared inmediata, con un auténtico collage formado por platos de cerámica decorados en contraste a la opuesta donde un cuadro al óleo representaba un campo de olivos. Pablo lo identificó enseguida con el que habían visto cuando llegaban por el camino, salvo que en el cuadro lucía un cielo azul y completamente despejado.

Se volvió entonces hacia Estela, que en ese instante se quitaba el chal de los hombros, lo dejaba sobre el respaldo de la silla y se sentaba junto a él en el sofá.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Sí, ya entré en calor, ¿y tú?

—También —respondió él.

—Es una mujer muy amable, sin conocernos de nada nos ha invitado a comer, y da un poco de apuro —comentó con la vista en la puerta por la que había salido.

—Ha dicho que le gustan las visitas, y no me extraña, es un sitio bastante solitario.

—Yo me preguntaba cómo no le dará miedo vivir tan apartada del pueblo, aunque con ese perro… Me dan pánico los perros grandes y ese me hizo temblar más que el frio.

Se oía el agua de la lluvia que golpeaba a ráfagas contra los vidrios de las ventanas.

—De buena nos libramos —dijo ella al rato.

—Desde luego —repuso Pablo, y no pudo evitar mirarla con una intensidad casi impertinente antes de decirle—: Estela, lo de antes, cuando estábamos en el río… Yo iba a…

—Lo sé —lo interrumpió.

—Me gustas —logró decirle a media voz, y se quedó en el fondo de sus pupilas hasta llevar una mano a su mejilla.

—No lo hagas —musitó ella.

Pero él no leía la negativa en sus ojos, sino todo lo contrario; por eso se aproximó más hasta rozar sus labios con los suyos.

Notó su tensión, como intentaba echar la cabeza hacia atrás donde el sofá le impediría retroceder más. Pero no se movió. Se quedó esperando sin dejar de mirarlo, y cuando la besó respondió abriendo su boca a la suya, rodeándole el torso con los brazos a la vez que él pasaba la mano de su cara a sus sienes, y de ahí hundió sus dedos entre sus cabellos para acariciarlos mientras recorría su boca por la suya. Primero suavemente, hasta que sus labios y su aliento solo eran uno y sus lenguas se encontraron, transmitiéndose la excitación que los invadía. Y no habrían dejado de besarse si no les hubiese interrumpido el sonido de pasos. Meri había entrado en el salón y ellos se soltaron un tanto avergonzados al ser descubiertos, aunque la mujer no pudo contener una sonrisa disimulada.

Estela se levantó entonces, preguntándole por el baño.

—Esa puerta, la primera a mano izquierda.

Pablo siguió con la mirada su andar apresurado y no la apartó hasta que oyó hablar a su anfitriona.

—Vais a tener unos hijos muy guapos —dijo sonriendo, y él no pudo evitar sentirse feliz y orgulloso de que creyese que eran una pareja.

Y lo serían, pensó para sí, pues no dejaba de tener en su mente que ella lo había correspondido. Sus brazos al rodearlo, su entrega y su boca en la suya… Había besado a otras chicas, pero nunca había sentido lo que había sentido en ese momento: un anhelo satisfecho y maravilloso del que siempre querría más. Estaba enamorado de ella y no había vuelta atrás.

Estela regresó y, al mirarla, le pareció que estaba inquieta mientras se ofrecía a ayudar a Meri a poner la mesa. Él también se levantó para ir al baño y, antes de hacerlo, ella lo rodeó con el brazo. Pablo esperaba algo cariñoso e íntimo por el beso de hacía unos minutos, y no era por eso.

—Fíjate en una de las fotos —le susurró al oído.

Al adentrarse por el pasillo después de encender la luz, se

encontró con una serie de fotografías enmarcadas y perfectamente alineadas en la pared. Eran de distinto tamaño y estaban distribuidas en dos niveles, con lo que fue una por una hasta que llegó a la última, la que estaba justo al lado de la puerta del baño. La luz escasa incidía casi de plano y por eso se veía perfectamente el retrato en blanco y negro de una mujer.

Supo enseguida que esa era la foto que Estela quería que viese porque el adorno con el que aquella mujer engalanaba su vestido era un camafeo idéntico al que le había enseñado ella en la cafetería. La misma imagen de perfil sobre el fondo, y la filigrana de oro que lo rodeaba con los mismos dibujos distinguiéndose las incrustaciones de rubíes y esmeraldas.

De pronto, con aquella fotografía a él le llegó a la memoria algo que había olvidado por completo. Había sido cuando don Saturnino le había pedido que hiciera la reserva para la casa rural del pueblo y le había dicho que debía estar a su disposición el fin de semana. Por eso había pedido las dos habitaciones, las había necesitado para estar seguro de que tendría tiempo, pues resultaba evidente que para ir a ver a José Padilla le bastaría un día. Lo recordó con claridad, también que al entrarle las prisas por marcharse le había comentado que no hacía falta ir «al otro sitio». Él se había alegrado por el cambio de planes, ya que no le había apetecido lo más mínimo tener que pasar allí todo el fin de semana, y lo que menos le había importado en esos momentos era el motivo, que por supuesto no se le había ocurrido preguntar.

En ese momento, mientras seguía con la vista fija en el camafeo, tuvo el convencimiento de que ese debía ser el lugar al que iría el catedrático después de visitar a Padilla.

Cuando volvió del baño, Estela lo miró con expresión interrogante. Él iba a decirle no solo que había visto la fotografía, también pensaba contarle lo que acababa de recordar de su abuelo. Pero no pudo más que hacerle un gesto afirmativo con la cabeza, pues el ladrido del perro y el motor de un coche deteniéndose fue la señal de que el marido de Meri llegaba. Y al poco entró por la puerta un hombre delgado con una gorra de paño marrón que se quitó y dejó al descubierto la parte alta de la cabeza sin un solo pelo en contraste con la tupida barba canosa.

—¡La hostia, vaya día! —dijo a la vez que sacudía el agua que le había mojado la chaqueta de pana.

No había reparado en la visita hasta que Meri le riñó por aquella palabra y le presentó enseguida a la joven pareja. Basilio los miró con la misma expresión afable de su mujer, y mientras tomaban

asiento frente a la mesa, le contaron lo sucedido con el coche.

—La bomba está en la casa que tenemos en el pueblo, se la dejé a Remigio y olvidé traerla, pero en cuando escampe voy por ella y lo arreglamos.

Pablo se lo agradeció y Basilio, después de sorber la primera cucharada de sopa, les preguntó lo mismo que su mujer. Él, para compensar su amabilidad, fue más explícito y le contó que se habían perdido cuando buscaban el establo de José Padilla.

—Seguisteis el camino que lleva al viejo molino de Los Capitanes —dijo él—. En lugar de ese tenías que coger el otro, luego hay que tirar derecho dejando los canchales del Verraco que están a mano derecha después de unos pozos y continuar recto hasta que se ve la valla y la nave de tejado de uralita, pero es complicado si no se conoce la zona.

Meri acababa de servir el segundo plato.

—Pepe y yo nos conocíamos desde chicos, casi nos criamos juntos. Hasta que un día mi madre me echó un buen rapapolvo porque había oído por el pueblo que nos habíamos hecho novios.

Miró a su marido, que sonreía a la vez que mojaba un poco de pan en la salsa de las albóndigas.

—A tu madre no le hacía gracia Pepe porque entonces no tenía ni donde caerse muerto, y a ella siempre le gustó el dinero.

—No sé si fue por eso —repuso la mujer—. Era buen mozo, pero a mí no se me había pasado por la cabeza, solo nos llevábamos bien y teníamos tanta relación porque nuestras madres eran amigas, pero cuando salió ese chisme de que éramos novios, riñeron y dejamos de tratarnos.

Estela iba a preguntarle sobre ello, pero Meri empezó a contarles que tenían dos hijos casados y dos nietos, de ocho y cuatro años respectivamente, que el hijo mayor era maestro en un pueblo cercano y del menor que no había querido estudiar, pero que se le daba muy bien la pintura y trabajaba en una fábrica de cerámica.

—Todos los platos y el cuadro los ha pintado él —dijo orgullosa—. Lo de artista debió sacarlo de mi abuelo, era orfebre y trabajó para gente importante, pero el pobre no tenía ni los cuarenta cuando se murió de tisis.

—¿El broche que tiene la mujer del retrato que hay al lado del baño lo hizo él? —se atrevió Estela a preguntar.

Meri puso un gesto de indecisión.

—¡Hay, hija, esa es una larga historia! —Y se levantó para ir a la cocina de donde trajo una fuente con varias piezas de fruta.

Estela intentó volver al tema del camafeo, pero Meri pelaba una

manzana mientras hablaba de su nieta Laurita, la hija del pintor de cerámica. Luego Basilio les dijo que llevaban dos años viviendo allí.

—Desde que me jubilé, porque antes como trabajaba en el ayuntamiento solo veníamos los fines de semana.

—¿Y no les da miedo vivir tan apartados? —preguntó Estela.

—Ni pizca —repuso Meri—. Lo único que se echa en falta es hablar con la gente y yo soy una charlatana, pero aquí no nos aburrimos. Siempre hay cosas que hacer y mientras tengamos salud…

Les enumeró sus tareas, como cuidar los olivos, el huerto que tenían detrás de la vivienda, las gallinas, y por supuesto la casa.

—Pero todos los domingos vamos al pueblo. Ella, a misa y a pegar la hebra con las amigas.

—Y tú, al bar —rio Meri dándole con el codo.

—También vemos a los chicos y los nietos —volvió a decir la mujer—. En verano y cuando hace buen tiempo son ellos los que se acercan. A Javi y a Laurita les gusta esto: correr detrás de las gallinas y jugar con el perro.

Habían terminado de comer y Basilio se levantó excusándose porque debía seguir su costumbre de echarse la siesta. Según él no sería más de una hora.

—Así daremos tiempo a que escampe —le dijo a Pablo, y que cuando se levantase irían a por la bomba para inflar la rueda.

Ayudaron a Meri a retirar los platos de la mesa, pero no dejó que hicieran más; ella se encargaría de fregar y recoger la cocina, y luego serviría café para los tres.

—¿Por qué os apetecerá un cafetito caliente?

Ambos asintieron, y volvieron a quedarse solos, sentados frente a la mesa con el mantel aún puesto, y Pablo miró a Estela concentraba en hacer dobleces a la servilleta. Aproximó más la silla a su lado y le cogió una mano, pero tenía una expresión ausente, como si estuviese en otra parte.

—¿No es extraño que el broche sea igual? ¿Crees que se trata del mismo?

Había retirado la mano de la suya, y Pablo tuvo que recomponerse para contestar.

—No lo sé, pero es evidente que no quería hablar de ello.

—También a mí me pareció que no quería hacerlo.

Se oían los cacharros y el trajinar en la cocina, lo que aprovechó Pablo para acercarse y besarla de nuevo. Estela dejó que sus labios se pegaran a los suyos, pero él no sintió la misma entrega por su parte, incluso le pareció un acto mecánico que casi hacía por

compromiso, y más cuando acabó levantándose, excusándose con que necesitaba ir al baño.

Cuando volvió, Meri entraba a su vez con la cafetera humeando y esparciendo su aroma, además de una jarra con leche caliente y un plato con galletas caseras que colocó sobre la mesa.

—No hay como un café después de comer, y mejor si es en compañía —dijo sirviéndoles—. A Basilio no le gusta y tengo que tomármelo yo sola.

Mientras mojaba una galleta, Estela se atrevió a preguntar por la mujer de la foto del pasillo.

—Es mi madre —contestó después de comerse un trozo de galleta.

—Me ha llamado la atención el camafeo, parece antiguo y es muy bonito —dijo con cautela, esperando que no tuviera ideas equivocadas por su interés.

—Lo es —repuso tan solo.

—Si no es indiscreción… ¿Lo tiene aún?

Meri la observó curiosa antes de contestar.

—No, y nunca lo vi. Cuando le pregunté a mi madre por él, me dijo que no era suyo sino de su hermana.

La respuesta la sobresaltó y miró a Pablo, cuyos ojos se cruzaron con los suyos.

—Fue entonces cuando me enteré de que tenía una hermana, aunque no del mismo padre —continuó Meri mientras a Estela la invadía una sensación de angustia—. Me dijo que llevaban años sin verse, pero que sabía que vivía en Madrid, que estaba casada con alguien de dinero, y que el camafeo estaba maldito.

Estela no creía haber entendido bien y la miró interrogante.

—Mi madre era muy supersticiosa, supongo que sería algo que no le gustaría recordar, y a mí me extrañó porque yo ya tenía mis años cuando supe de su existencia. Al intentar preguntarle más cosas dijo que no quería hablar, que no le hiciera remover historias antiguas, que a los muertos que están en el infierno es mejor no mentarlos.

Ambos la miraban en silencio y ella siguió hablando.

—Pero soy muy curiosa y todo aquello me intrigó, sobre todo lo que habría pasado para que llevasen tanto sin verse y que encima no me hubiese hablado de ella. —Bebió un poco de café y sonrió a medias—. Otra cosa extraña como el caso de mi padre. Nunca supe gran cosa, yo tenía dos años cuando apareció muerto en una zanja con un tiro en la cabeza y nunca encontraron al culpable. Pero yo sospecho que mi padre no era una persona lo que se dice honrada, y

que mi madre sabía más de lo que callaba.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó Estela.

—Porque la oí decir que se lo merecía y que, como el otro demonio, estaba donde debía. —Alzó la cafetera y se sirvió otra taza con leche—. A veces pensaba que se le estaba yendo la cabeza porque fue cuando le diagnosticaron el cáncer y me saltó de pronto que tenía que ver a su hermana.

—¿Entonces la conoció? —preguntó Estela disimulando su emoción.

Meri tomó un poco de café y afirmó con un gesto de cabeza.

—Estaba muy enferma, pero sacó fuerzas para hacer una llamada de teléfono y al día siguiente se presentó una mujer. Era más joven que ella, rubia, con los ojos claros, y muy elegante. Cuando entró en la habitación y mi madre la vio, se echó a llorar, bueno, lo hicieron las dos y se abrazaron durante varios minutos.

Meri se quedó por un momento con la mirada fija en las manecillas del reloj a las que se oía avanzar lentamente en medio del silencio; ya no llovía.

—Estuvieron hablando, o más bien era mi madre la que lo hacía, oía el murmullo de su voz y… No sé si hice bien, el caso es que después de dejarlas un rato solas, sentí la necesidad de saber lo que pasaba, de conocer por fin el motivo que las había llevado a estar tantos años sin verse y me acerqué a escuchar.

—¿Y lo supo? —preguntó Estela, que no podía aguantar su impaciencia por conocer la historia.

—A medias —contestó ella—. Oí a mi madre rogar que la perdonase, dijo algo de que él la había obligado, pero su voz sonaba cansada y entendía la mitad de lo que hablaba, aunque sí escuché que nombraban a mi padre y que se refirieron a él como «ese sinvergüenza». Mi madre lloraba todo el rato y su hermana, que estaba sentada al borde de la cama, se levantó de pronto, como si alguien la hubiese clavado un alfiler, y pude ver como se le había puesto la cara tan blanca como la cal de la pared. Me asusté porque pensé que iba a darle algo y entonces oí un grito angustioso. Era mi madre que decía: «¡Fue él, me obligó, no podía hacer otra cosa!».

Meri había escenificado aquel grito que a Estela le hizo estremecerse, y continuó:

—Su hermana con una voz que me sonó dura y cruel le dijo que sí había podido, que había tenido cincuenta años para hacerlo. Y acto seguido salió tan rápido de la habitación que no me dio tiempo a apartarme y se chocó conmigo. A mí me avergonzó que me hubiese pillado escuchando, pero estoy segura de que estaba tan

ofuscada que ni me vio siquiera y se marchó sin despedirse.

Tanto Estela como Pablo seguían impresionados por lo que contaba.

—¿Supo lo que dijo? —preguntó ella; no le cabía ninguna duda de que se trataba de su abuela.

—No. Y mi madre solo repetía que quería morirse, que no merecía vivir y volvía a hablar del infierno, que allí acabaría con ellos si no la perdonaba; no paraba de repetirlo una y otra vez.

—¿No volvió más? —preguntó de nuevo.

—Eso creí, al menos fue lo que me dio a entender su forma de marcharse; sin embargo, volvió a los dos días. La noté distinta, con aspecto cansado, como cuando no se duerme bien, y mi madre estaba peor, el médico nos había dicho que era cuestión de horas. Pero fue un milagro, justo cuando su hermana se acercó a la cama abrió los ojos y pude oír claramente como decía: «Perdóname, Teresa».

Su voz fue como un desgarro y se quedó unos segundos en silencio antes de seguir.

—Me partió el alma cuando volvió a repetirlo ya sin fuerzas, hasta que solo se movían sus labios.

—¿Y ella la perdonó? —preguntó Estela imbuida por una emoción que debía contener.

—No escuché que lo hiciera. Le cogió la mano y supongo que fue su forma de hacerlo, aunque no lo dijera con palabras. Al menos espero que mi madre lo sintiera así y muriese en paz. Luego, antes de irse, la besó en las mejillas y se despidió de mí. No fue al entierro, pero alguien mandó una corona sin nada escrito en la cinta malva y estoy convencida de que era suya.

Exhaló hondo suspiro recostándose contra la silla.

—Después me enteré de que conocía a Pepe y tenía negocios con él, y me pareció raro porque era una mujer muy fina, de ciudad, y ellos son gente humilde. Hacía años que no tenía tratos con Pepe así que no pregunté, aunque oí de todo por el pueblo —suspiró de nuevo—. Cada uno tiene sus cosas y a veces no nos enteramos de las propias como para hacerlo de las ajenas.

Estela seguía tan impresionada que no podía moverse ni hablar, y no sabía si después de contarle aquello debía confesarle que se trataba de su abuela y que ellas eran parientes. Pero se sentía extraña. Entrar en aquel pasado desconocido le resultaba agotador, tanto física como mentalmente.

—Me desahoga hablar de ello. Aunque es cierto lo que dice Basilio: soy una charlatana sin remedio y me pongo muy pesada.

—No lo ha sido —dijo Pablo.

Ella sonrió, les ofreció otro café que ninguno quiso, así que recogió todo para llevarlo a la cocina. Fue cuando Pablo se volvió a mirarla y vio que estaba con la vista baja.

—¿Te encuentras bien? —preguntó cogiéndole de la mano.

Su voz le había sonado como si viniese de muy lejos porque su mente no estaba allí, en esa casa rodeada de olivos, sino ocho años atrás. Ella iba a cumplir su mayoría de edad y la situación de sus padres se había definido por fin; no vivían juntos y se había trasladado con su madre a la casa de los abuelos. Se acordaba que entonces su abuela se había puesto enferma, algo de una indigestión, y había quedado más delgada. Su marido había insistido en que debía dejar la tienda y sobre todo olvidarse de los viajes. Pero Teresa De Mora siempre había sido un espíritu libre e inquieto, y después de unas semanas había vuelto a la normalidad, incluso estaba más activa si cabía. Poco más había sabido de aquel pequeño desacuerdo, pues había sido cuando ella había tenido su primer novio, un repetidor de primero de Derecho llamado Jaime, «un hijo de papá», que había sacado su rebeldía faltando a clase y tocando en un grupo punki. Ella había adoptado aquel *look* que le había durado los cuatro meses de su relación. Luego Jaime había vuelto «al redil», había acabado la carrera y se había afiliado a un partido político de derechas. Pero dejó a un lado el recuerdo de aquel novio porque pensaba en su abuela, en cómo al mudarse a su casa su relación fue más estrecha e intensa. Quedaban muchas tardes para tomar algo en una cafetería cerca de la tienda y charlaban de sus cosas como dos amigas. Lo único extraño era que había sido por ese tiempo cuando había dejado de oírla hablar de su padre, del que antes le contaba mil anécdotas. Tampoco recordaba que le hablase de aquel pueblo ni dijo nunca que tuviese una hermana, menos aún la había oído mentar a José Padilla hasta que Pablo lo había nombrado como el hombre al que fueron a ver. Nada sabía de ese misterio que parecía envolver su vida, aunque empezaba a sospechar que su abuelo había acabado averiguándolo. Sin querer sintió una gran tristeza mezclada con la decepción de que su abuela no hubiese confiado en ella.

Todos esos pensamientos se le habían cruzado por la mente en apenas unos minutos, los mismos que estuvo Pablo acariciando su mano y esperando una respuesta que no obtuvo. Meri volvió de la cocina diciendo que había recogido todo, cuando se presentó su marido, fresco y activo después de su siesta, dispuesto a ir a buscar la bomba para solucionarles el problema de la rueda.

Por eso debían despedirse, y ellos le agradecieron su hospitalidad y la invitación a comer.

—No hay de qué, pareja, y si volvéis por aquí otra vez pasaros a hacernos una vista. Nos encantará recibiros —terminó diciendo con una sonrisa.

Estela, a pesar de que tenía al perro al lado, se acercó a ella y le dio dos besos de despedida.

—Ha sido un placer conocerla, Meri.

—Lo mismo digo, Estela —y se quedó mirándola al preguntar a media voz—: ¿La hermana de mi madre era tu abuela?

Ella se sintió aturdida.

—¿Cómo… cómo ha sabido…?

—Heredaste sus ojos —dijo con una suave sonrisa dibujada en los labios—. Y no te preocupes, no hace falta que me des explicaciones. Comprendo que asumir las cosas lleva su tiempo.

Basilio y Pablo esperaban en el coche, y ella seguía sin saber qué decir. Al final hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se apresuró en subir al vehículo.

Durante el trayecto los dos hombres estuvieron hablando del campo, y en especial de las condiciones del camino, tan difíciles en algunos tramos, mientras que ella no dejaba de pensar en Meri y en cómo había llegado a deducir su parentesco. Seguramente no había sido solo por el parecido, también por el interés que habían mostrado y que buscasen a José Padilla, con el que había tenido su abuela relación. Entonces comprendió porqué había sido tan sincera con ellos y les contó aquellas cosas tan personales.

—Ya estamos llegando —dijo Basilio.

En lo alto de un cerro divisaron la pequeña silueta de una ermita. Estaba medio envuelta por una bruma gris, la misma que aún flotaba en el ambiente húmedo que había dejado la tormenta, pero ya no llovía y faltaba un minuto para que fueran las cuatro y media. Estela, al reconocer el edificio de las escuelas, le pidió a Basilio que la dejase frente a la casa de Padilla mientras ellos iban a inflar la rueda.

—¿Quieres ir sola? —le preguntó Pablo, girándose desde el asiento del copiloto.

—Es para ganar tiempo —contestó.

Él no objetó nada. Recordaba lo que les había dicho la vecina de José y comprendió su impaciencia. Detuvieron el coche detrás de la furgoneta blanca con los bajos manchados de salpicaduras de barro que estaba aparcada junto a la puerta de la entrada a la casa, y se bajó del coche a la vez que lo hacía ella.

—Quedamos en el bar que hay en la plaza, está siguiendo por ahí, se ve desde la esquina.

Ella estuvo de acuerdo.

—¿Estás segura de que quieres ir sola?

Estela contestó que sí, y él no insistió más, pero antes de despedirse la tomó de los hombros y la besó, casi fugazmente, como un «hasta luego».

La siguió con la mirada, esperando que se volviera, pero avanzaba deprisa y cuando subía de nuevo al coche, ella cruzaba el umbral de la vivienda.

17

De la plaza adoquinada siguieron por una calle que giraba hasta terminar a los pies de una iglesia, una construcción imponente de robustos contrafuertes, muros de color tierra y una alta torre por cuyas ventanas se veían dos campanas. Rodearon el muro de piedra que los separaba del templo y continuaron por una calle empinada, torciendo a la derecha y después hacia el lado contrario, donde se detuvieron frente a una fachada pintada de blanco con el zócalo de pizarra. Sin apagar el motor, Basilio bajó del vehículo y regresó al cabo de unos segundos con la bomba.

Llegaron al lugar donde había quedado el Mercedes. El agua de lluvia había embarrado el polvo que cogió del camino, en especial en la zona trasera, y con la rueda totalmente desinflada parecía un vehículo abandonado.

Basilio, como le había pasado a él, se extrañó del corte limpio que tenía el neumático, pero enseguida se pusieron manos a la obra y sacaron la de repuesto. Sin embargo, después de inflarla dos veces, comprobaron que perdía presión, por lo que a ninguno le cupo duda de que también estaba pinchada.

Pablo se mordió el labio para no maldecir a gritos, y se llevó las manos a la cabeza desesperado hasta que Basilio lo tranquilizó.

—Se la llevaremos al Emilio, tiene un taller en el pueblo, la arreglará o quizá haya suerte y tenga alguna que sirva.

A pesar del apuro que le producía seguir aceptando su amable ayuda, no le quedó más remedio que volver con él al pueblo. Pero el mecánico no estaba en el taller y tuvieron que ir a buscarlo a su casa, donde el hombre veía la televisión medio adormilado en el sofá.

Esperaron casi diez minutos a que se desperezara, oyendo desde la calle como su mujer lo increpaba para que se apresurara, y él

salió al fin, frotándose los ojos.

—No tengo ruedas nuevas para esa llanta —les explicó el mecánico—. Parchearé la de repuesto.

Y mientras iban al taller, le dijo a Pablo que de regreso parasen a que les pusiesen una nueva pues no le aconsejaba que hicieran todo el viaje con aquella parcheada. Fue entonces cuando él miró su reloj y se dio cuenta de que había pasado una hora desde que había dejado a Estela, y el mecánico le acababa de comentar que necesitaba tiempo para colocar el parche y que este agarrara bien. Por eso le dijo a Basilio que se acercaría a la plaza para ver si ella lo estaba esperando en el bar, y él estuvo de acuerdo en pasar luego a buscarlos. Pablo pagó al mecánico lo que le pidió y dejó a los dos hombres en animada charla.

Las nubes habían empezado a abrir grandes claros por lo que el sol se colaba haciendo resaltar el brillo del agua que empapaba el suelo de la calle principal. También los canalones descargaban el líquido acumulado de los tejados y el sonido de ese fluir acompañó a Pablo que no dejaba de pensar en la rueda; era importante resolver aquello para estar de vuelta en Madrid antes de que se hiciera más tarde. Aunque antes quedaba lo de José Padilla y deseó que Estela hubiese terminado de hablar con él. Y con esa esperanza se dirigió directamente al bar.

Cuando empujó la puerta, los rostros de la clientela se volvieron casi a un tiempo para ver quien entraba. Pablo miró a su derecha, donde dos mesas estaban ocupadas por viejos que jugaban al dominó y que habían detenido la partida para observarlo. Él siguió recorriendo con la vista el local, que lo llevó al rincón, donde casi pegada al techo había una televisión encendida a la que ninguno de los ancianos prestaba atención; habían seguido con su partida y se oía el ruido de las fichas contra la mesa. Entonces vio a un hombre tras la barra; no sobresalía mucho sobre el mostrador y su cara alargada con un gesto de forzada amabilidad le dio las buenas tardes. Él contestó lo mismo y siguió su recorrido visual por las paredes de color ocre, entre estantes con botellas, un cartel de un concurso de tiro al plato, un calendario con la foto de un caballo… después de unas mesas apiladas, al fondo del local, divisó a Estela sentada junto a la ventana. Estaba absorta mirando hacia la plaza y no parecía haberse dado cuenta de su llegada, pues no se volvió hasta que se aproximó.

—¿Lo viste? —preguntó arrimando una silla a su lado.

Tenía ante sí una taza de café a medias y otra vacía.

—¿Hablaste con él? ¿Le preguntaste lo que querías saber? —

insistió ante su silencio.

Ella afirmó con un movimiento lento de cabeza, cuando el del bar se acercó a preguntar qué quería tomar. Dudó un segundo porque no le apetecía nada, pero pidió una caña de cerveza y, nada más irse, volvió a interrogar a Estela.

—¿Qué ha pasado?

—Solo estuve unos minutos, no más de un cuarto de hora —habló muy bajo, sin apartar la vista de la ventana.

—¿Por qué?

—Tenían que ir a ocuparse de sus vacas, y en el momento que se iban se presentó Max. —Pablo no hizo ningún comentario y ella continuó—. Se llevó una buena sorpresa cuando me vio, aunque más yo al contarme que sabía toda la historia de mi abuela y solo estaba allí para aclarar unas dudas con José.

—¿Qué quieres decir?

El camarero los interrumpió al dejar la cerveza y él volvió a plantearle la misma cuestión.

—Que todo está claro —dijo ella mirándole.

—¿Todo?

Estela afirmó con un gesto y desvió de nuevo la vista hacia la ventana. Pablo miró en su misma dirección; había unos niños jugando entre los soportales del ayuntamiento, donde tenían en el suelo las mochilas, y dos de ellos con katiuskas de goma saltaban en los charcos que había dejado la lluvia. Pero no era eso lo que ella miraba con tanta atención. Junto a una casa de piedra había unos coches aparcados y en uno distinguió una silueta.

—Quiero irme enseguida —dijo de pronto.

Pablo le contó lo que ocurría con la rueda y que debían esperar.

—Fue uno de los hijos de José el que rajó la rueda —declaró Estela y él se quedó tan estupefacto que no supo qué decir mientras ella se lo explicaba—. Al poco de irnos llegó a su casa a buscar algo y la vecina le dijo que unos forasteros habían preguntado por su padre, le contó que estábamos muy interesados en sus negocios y que queríamos ver el establo.

Por un instante no pudo reprimir una sonrisa.

—La mujer lo enredó todo y él fue enseguida a avisar a su padre, pero al ver las marcas de las ruedas del coche las siguió. Nosotros habíamos bajado al río y no se le ocurrió otra cosa que clavar la navaja en el neumático.

—¿Y por qué hizo semejante estupidez? —preguntó incrédulo.

—El pobre chico dijo que le dio miedo. Pensaba que éramos una especie de inspectores.

—¡Qué absurdo! —exclamó él.

—No tanto. Al parecer no es la primera vez que gente de fuera indaga sobre ellos, hace unos meses estuvo un hombre haciendo preguntas, en concreto sobre mi abuela, de la que José no había vuelto a saber y con la que tenía intereses que no he terminado de comprender. Incluso un gestor con permiso de Hacienda pidió informes sobre su cuenta bancaria y también en la cooperativa de la que es socio. —Hizo una pausa y prosiguió—. José se enfadó mucho con su hijo cuando le contó lo que había hecho, fueron al lugar donde dejamos el coche, pero nosotros ya estábamos en casa de Meri. Llovía a cántaros e imaginaron al no vernos que alguien nos habría recogido de vuelta al pueblo. Se han ofrecido a ayudarnos y a pagar los gastos, pero les dije que ya estaba resuelto.

—Pues menuda gracia, pudimos pillar una pulmonía por su culpa.

—Al final fue lo mejor —dijo ella—, gracias a eso acabamos en casa de Meri, vimos la foto y nos contó lo de mi abuela.

Él no tuvo más remedio que reconocer que a pesar de los problemas había sido provechoso. Bebió un poco de cerveza e iba a contarle que Basilio pasaría a recogerlos, cuando ella cogió su bolso que colgaba del respaldo de la silla y sacó un sobre que le enseñó. En la zona del destinatario solo había una palabra escrita: Nino.

—Así llamaba a mi abuelo —dijo poniéndolo sobre la mesa—. Esta carta se la dejó olvidada mi abuela en casa de José la última vez que vino, que fue el mismo día del accidente. Le había llevado unos papeles y debió olvidarla entre ellos. José la guardó, y como no volvió a saber de ella ni conocía su dirección… Al decirle que yo era su nieta, me la dio.

Pablo iba a preguntarle si la había leído, pero al fijarse en el sobre cerrado no lo hizo.

—Me voy con Max —dijo volviendo a guardar la carta en el bolso—. Me ha dicho que antes de venir habló con mi madre. Mi abuelo había recuperado la conciencia y ha preguntado por mí.

Del coche aparcado en la plaza salió un hombre, y Pablo reconoció enseguida a Maximiliano Ramírez, que fumaba recostándose contra el capó, a la vez que miraba hacia el bar. Estela se colgó el bolso del hombro con ademán de levantarse y él la detuvo.

—Lo siento, Pablo, tengo que irme enseguida. Estoy deseando ver a mi abuelo y no puedo esperar para darle la carta.

—Pero… solo serán unos minutos, no tardaremos en poner la rueda.

No le había dicho que además debían pasar a colocar la nueva, pero ella repitió lo mismo.

—No puedo esperar.

—Hemos venido juntos.

—Lo sé, pero tengo que irme.

—Entonces, ¿nos vemos luego en el hospital?

—No vayas —le cortó ella—. Es mejor no vernos más.

Él se quedó confuso con aquella respuesta y no supo que decir hasta que ella añadió:

—Quizá has pensado… y no puede ser porque estoy saliendo con alguien.

—¿Qué significa que estás saliendo con alguien? —repuso con el gesto descompuesto por la sorpresa.

—Eso mismo. Salgo con un chico de Milán.

Tuvo que sacar fuerzas para volver a preguntar:

—¿Me lo dices ahora, después de lo que ha pasado entre nosotros?

—Lo que pasó debes olvidarlo —dijo simplemente.

—¿Qué lo olvide? ¿También el beso?

—Sí, fue un error.

Pablo seguía sin entender, y menos la expresión que leyó en sus ojos, de una frialdad que hasta entonces no había visto en ella.

—Has dejado que crea que te gusto —empezó, haciendo esfuerzos para dominarse y no hablar más alto y que los jugadores de dominó se percataran de su discusión; no así el hombre de la barra, que ya no atendía a la televisión y los observaba con disimulo.

—Ya te he dicho que lo siento —insistió ella—. Todo ha sido una confusión.

—¿Una confusión dices? —repitió él, y no salía de su asombro hasta que creyó comprenderlo—. No, Estela, no te has confundido, has hecho exactamente lo que planeaste desde el principio, que era utilizarme para lo que necesitabas. Y ahora que lo tienes, que has resuelto tu enigma y se acabó el juego de los detectives… entonces hay que olvidar. He sido un completo imbécil. Me he dejado manipular pensando que tú…

Estela no esperó a que siguiera y se levantó.

—Piensa lo que quieras —dijo, y antes de dejarlo su voz se volvió casi un susurro—. Siento todas las molestias que te he causado, y si…

Pero no terminó la frase porque se apresuró en salir. Él, después de unos segundos de quedar paralizado sin saber qué hacer, se

precipitó hacia la puerta; quería ir tras ella, intentar decirle algo, lo que fuera para que no se marchara, pero alguien lo interceptó y le cortó el paso.

—Déjala —dijo Ramírez con su voz ronca—, está muy alterada por lo sucedido y es mejor que te vayas solo, ya la llevo yo a Madrid.

Del bolsillo de la chaqueta sacó una cartera y extrajo unos billetes.

—Me ha dicho Estela que habéis tenido problemas con una rueda, así que toma, por si necesitas cambiarla y para la gasolina.

Pablo miró los billetes sin cogerlos, y ante su pasividad, Ramírez le agarró de la muñeca y se los puso en la mano.

—El coche lo dejas en el garaje y el lunes me llevas las llaves al despacho —a lo que añadió—: No se te ocurra ir a su casa ni al hospital. Es mejor para todos que Celia no se entere de esta escapada, ¿de acuerdo?

Pablo no respondió. A través de la puerta vio a Estela entrando en el coche y poco después al abogado. Las piezas del dominó seguían sonando como un estallido sobre las mesas mientras él se guardaba el dinero en el bolsillo del pantalón y se acercaba con lentitud a la barra para preguntar qué debía.

Los cafés estaban pagados, así que dejó sobre el mostrador una moneda de cien pesetas y salió sin esperar el cambio.

Justo cuando enfilaba subiendo la calle, vio el coche de Basilio que bajaba.

—¿Y tu novia? —preguntó asomando la cabeza por la ventanilla.

—Aún no llegó al bar —contestó casi sin voz, y más repuesto logró decir—: Es mejor ir a poner la rueda y después pasaré a buscarla.

El lunes a primera hora se presentó en el despacho del abogado con las llaves del coche, la factura de la rueda nueva y de la gasolina, junto al dinero que había sobrado. Lo dejó sobre su mesa y Ramírez lo miró por encima de las gafas, esbozando una leve sonrisa cuando apartó el dinero y se lo ofreció diciendo que se lo quedara.

—No, gracias —repuso él sin reprimir un gesto de desprecio.

Dio media vuelta para salir cuando la voz del abogado lo detuvo.

—Estela nos ha dicho que ella tiene el camafeo, y por lo que respecta al dinero que había en la caja fuerte, sabemos que lo cogió

el propio Saturnino. Con todo aclarado quedas libre de sospechas y nadie volverá a molestarte.

Iba a replicar algo, pero se aguantó las ganas de hacerlo al acordarse del viejo profesor, y la estima que en el fondo sentía por él le dio impulsó suficiente para preguntarle por su salud.

—Volvió en sí, reconoce a todos, aunque apenas puede hablar. La movilidad es lo peor, pero después de todo quizá salga de esta.

Él asintió y dio unos pasos hacia la puerta.

—Por cierto, quiero que sepas que el viejo se enfadó cuando se enteró de las acusaciones que hizo su hija contra ti. Supongo que sería Estela quien se lo contó, no se aparta ni un momento de su lado.

Pablo no hizo ningún comentario al respecto. Solo pronunció un adiós ahogado y abandonó el despacho.

Nada lo ligaba ya a la familia Esquivel con su patriarca don Saturnino y su hija Celia; tampoco con Estela, por mucho que aún sintiera en sus labios el dulce sabor de los suyos.

18

En la primera fila vio al director de su tesis, y dos asientos después a su madre arreglada como cuando iba a misa los domingos, que le hizo un gesto para indicarle que se enderezara la corbata torcida. Era la azul marino con finas rallas rojas de su padre; combinaba con la camisa azul clara y el traje nuevo de color gris comprado en una tienda del barrio. Además, se había rendido ante la insistencia de su madre y pasó por el peluquero para cortarse aquellas «greñas», como le decía ella y así dar buena impresión al Tribunal.

La voz le temblaba un poco y le costó arrancar, pero enseguida se tranquilizó. Empezó con la introducción apoyada en los gráficos que había copiado antes en la pizarra, luego las fórmulas comparativas, las diapositivas con ejemplos, las conclusiones… Contestó con claridad y sin dudas a las cuestiones que le fueron planteando, y solo cuando recogió el material y salió al pasillo, los nervios y la agitación volvieron a apoderarse de él.

—No he entendido nada, pero lo has hecho muy bien, hijo. —Oyó decir a su madre—. Lástima que no haya podido venir César, y tu padre habría estado tan orgulloso…

Su emoción no hizo más que acrecentar su propio nerviosismo, aunque lo animaron las felicitaciones de algunos de los compañeros de carrera que habían asistido. Hasta que por fin se le acercó su profesor y le chocó la mano.

—Enhorabuena, tienes el *cum laude*.

Respiró hondo y sintió el brazo de su madre y su beso en la mejilla. El objetivo estaba cumplido, después de meses de trabajo no exentos de complicaciones. Sin embargo, tuvo una sensación extraña, como si nada pudiera llenar el vacío que lo invadía porque no podía quitarse a Estela de la cabeza. Recordaba la forma de su rostro, su pelo castaño, los ojos de ese azul cálido, su sonrisa… y su

presencia, estar con ella, hablar, tenerla cerca y poder besarla. Si estuviese allí en esos momentos habría sido la felicidad completa, y eso era imposible porque la realidad se imponía; debía olvidarla, borrar de su memoria cualquier rastro de su recuerdo.

Pero los días pasaban sin conseguirlo, como tampoco pudo el saber que le concedían la beca y que el siguiente lunes empezaba a trabajar. No obstante, lo ayudó estar ocupado en algo que le fascinaba y le abstraía de sus pensamientos. Lo mismo que intentaba hacer en su tiempo libre, entrenando duro para así llegar a casa cansado y no darle más vueltas a lo irremediable. En especial quería borrar de su mente el último día que se habían visto, en el que habían ocurrido tantas cosas y que había pasado de ser maravilloso al más completo de los desastres. Lo visualizaba en cada detalle, preguntándose si habría debido ido ir tras ella y decirle que la amaba. Y se imaginaba la escena como en una película, cómo en el momento en que se despedía, él corría tras ella y la detenía, le confesaba su amor y ella acababa entregándose a sus brazos, fundidos en un beso largo y apasionado. Entonces su mente racional lo hacía volver a la realidad; las palabras, por grandiosas que fueran no bastaban para transformar los sentimientos. Si ella no lo quería, daba igual lo que hubiese hecho.

Tenía que continuar con su vida, incluido zanjar el feo asunto de llevar el resto del dinero que su hermano debía a los traficantes.

Se pasó por el bulevar a última hora de la tarde como le habían dicho, pero no vio a Boris; sí a su colega, el de la cazadora de cuero negra. No hacía frío como para vestir esa prenda, aunque la llevase desabrochada, y mientras se acercaba no pudo evitar sonreírse pensando si también la llevaría puesta para dormir.

—¿Traes la pasta? —le preguntó como si lo escupiera.

Pablo afirmó con un gesto de cabeza.

—En media hora en ese portal —e hizo un movimiento con el mentón hacia el que había al lado.

Tuvo que hacer tiempo, y salió a la avenida, más iluminada y con más gente que en aquellas calles estrechas y solitarias que no solía frecuentar, impaciente porque llegara la hora para acabar de una vez con aquello.

Cuando llegó el momento y entró en el portal, vio a los dos hombres bajo la bombilla desnuda que pendía de un cable y que apenas iluminaba aquel lugar que olía a una mezcla de orines y basura.

Sin pronunciar una palabra, le dio el sobre a Boris, que se puso a contar los billetes de inmediato.

—Ok —dijo al terminar.

—Pues ya estamos en paz.

—¿Y lo que hablamos? —preguntó.

Él se encogió de hombros sin entender.

—Sí, tío, lo de si les interesaba a tus amigos pijos pillar algo de costo.

—No tengo amigos pijos —repuso con desdén.

—Vale, tronco, no te mosquees, pero si cambias de idea… Puedo pasarte coca y maría de la buena, sin guarrerías, garantizado.

Pablo no se molestó en replicar. Se volvió, aunque escuchó con claridad su voz rasposa en medio de unas risas que sonaron con eco desde el interior del sucio portal.

—¡Dale recuerdos al cabronazo de tu hermano!

De regreso a su casa aún le duraba la misma sensación de hastío. Apenas cenó e iba a acostarse temprano cuando llamaron por teléfono. Al descolgar oyó la voz de Óscar al otro lado de la línea.

—Es tarde, pero no he podido llamarte antes.

—¿Es que ocurre algo?

—No, bueno, sí, era para que supieras que el Satur se murió esta madrugada.

No sabía qué decir, y fue su amigo el que habló.

—El entierro es mañana a las diez y media, va a ir gente de la universidad, el rector y toda la camarilla. Los de la secretaría vamos a la misa funeral que es por la tarde, en la iglesia de las Salesas.

Pablo pensaba en Estela más que en el pobre don Saturnino y se apresuró en preguntar:

—¿Dices que vas a ir a la misa funeral?

—Sí, todos los del departamento.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro, por eso te he llamado; pensé que quizá querías venir. Y es mejor que vayamos en metro porque por allí no hay quien aparque.

—De acuerdo, hasta mañana entonces.

19

No quedaban asientos libres y tuvieron que permanecer de pie en uno de los extremos de la nave lateral. Desde allí solo veían la masa de gente frente al altar, donde la luz hacía resaltar en todo su esplendor los dorados y el mármol verde del retablo. La voz del cura resonaba por todo el templo, aunque Pablo no atendía a sus palabras, tampoco a los cuchicheos de Óscar con uno de sus compañeros de trabajo. Se había puesto a pensar en el viejo profesor, en la primera vez que había pisado su casa y en cómo lo había recibido con aquel tono áspero y malhumorado después de alabar su cuadro de Sorolla. Sin embargo, no era eso lo que más le asaltaba la mente desde que había sabido que había fallecido, sino el viaje que habían hecho juntos al pueblo. Las imágenes de ese día se sucedían con total nitidez, como el momento en que le había dado el ataque cuando regresaban y había tenido que poner el Mercedes a la máxima velocidad para llevarlo al hospital. También la expresión de su rostro ajado, claramente vencido y agotado, cuando se había derrumbado en el sofá del hotel rural tras tirar el sobre al fuego de la chimenea. Allí estaría escrita la causa que le producía aquel tormento, algo que no había llegado a conocer y que tampoco le había dicho Estela cuando se había visto con José Padilla. Ese hombre era la clave del misterio, de eso no tenía ninguna duda, pero a él en el fondo le daba lo mismo. No le importaba porque lo único que quería era verla a ella, aunque no supiese muy bien porqué y le resultase imposible atisbarla por mucho que siguiera esforzándose desde el lugar donde se encontraba.

Cuando terminó la misa y la gente empezó a dispersarse, no se movió; se encontraba próximo a la puerta, así que tendría que salir por allí también ella. Pero Óscar le dijo que iba a acercarse con sus

compañeros a dar el pésame a la familia, y no lo pensó siquiera. Lo siguió hacia el pasillo de la nave central, esquivando a los que avanzaban en dirección contraria, chocando a veces porque su impaciencia no lo dejaba ver por dónde iba, confundido por el aroma del incienso y el murmullo de voces, hasta que distinguió de pronto el inconfundible peinado de Celia Esquivel, a Ramírez a su lado, y después la melena castaña de Estela que se apoyaba en un hombre alto y moreno que la rodeaba con el brazo por la cintura.

Observó a medida que se acercaba que era la hija de don Saturnino la encargada de recibir los apretones de manos y los abrazos o besos de los más allegados, aunque la mayoría se limitaban a pasar haciendo una inclinación de cabeza en señal de respeto y condolencia, como hicieron Óscar y sus compañeros en tanto él se ocultaba tras ellos, buscando el rostro de Estela para encontrarse con su mirada. A pesar de lo sucedido, quería expresarle que sentía mucho lo de su abuelo. Pero ella no levantó la vista ni separó la cabeza del hombro que la sostenía. Tampoco encontró la manera de llamar su atención porque debía seguir avanzando para dejar que otros transmitiesen su pésame. Además, no quería que su madre ni Ramírez lo viesen, pero Celia Esquivel desvió por un momento la vista hacia él y sus ojos se cruzaron con los suyos. Hizo un rápido gesto de sentimiento y apuró el paso, cruzando a grandes zancadas la iglesia hasta salir fuera.

La luz del sol que empezaba a ocultarse tras los edificios le dio de pleno y exhaló un suspiro ahogado. Estaba molesto consigo mismo por haber ido. No sabía qué pretendía con ello, aunque en ese momento lo que sí tenía claro es que se encontraba mal y quería largarse de allí cuanto antes. Pero tuvo que esperar a Óscar que no tardó en aparecer con sus compañeros.

—Vamos a tomar una cerveza, supongo que te apuntas.

—No puedo, tengo cosas que hacer —se excusó.

Óscar no insistió, bajaron juntos hasta la acera, y mientras ellos tiraban hacia la Plaza de Alonso Martínez, él pensaba tomar la contraria hacia Colón y seguir por Recoletos hasta su barrio, un buen paseo que lo ayudaría a despejarse y a olvidar aquella pesadilla. Pero antes volvió a mirar a través de la verja que rodeaba el muro de la iglesia, los setos y la hierba, los grandes árboles que la sobrepasaban, y en especial a la gente bajando por la amplia escalinata del atrio. No parecían tener prisa, algunos formaban corrillos y charlaban, quizá sobre el catedrático, recordándolo en sus logros académicos y sus investigaciones de los vetones y los olvidados pueblos prerromanos. Y en especial en sus buenos

momentos, porque era lo que solía hacer todo el mundo cuando alguien muere.

También él tuvo un último pensamiento de despedida, un rictus de ternura que se le escapó sin darse cuenta antes de meterse las manos en los bolsillos y echar a andar. Pero algo lo detuvo. Creyó oír su nombre y miró de nuevo hacia la escalera. Estela bajaba apresurada los últimos peldaños y siguió corriendo hasta salir a la acera donde él esperaba entre incrédulo y emocionado.

—Me dijo mi madre que te había visto —habló con la respiración agitada—. Gracias por haber venido.

Él no dijo nada, miraba sus ojos marcados por leves ojeras, y su piel le pareció más pálida en contraste con la blusa negra. Aun así, estaba tan guapa y seguía tan vivo el recuerdo del beso al contemplar sus labios, que no sabía si iba a poder resistir el estar a su lado.

—Mi madre quería disculparse contigo —empezó—. Me pidió que te dijera que pases cuando puedas por la tienda para hacerlo personalmente, o si lo prefieres le doy tu número de teléfono y te llama.

—Dile que no se preocupe, que no hace falta y que acepto sus disculpas.

Ella intentó sonreír, pero sus labios solo dibujaron una mueca.

—Yo también quería pedirte perdón por haberme ido de esa manera… Sé que me porté fatal contigo.

—Da igual, ya no importa —volvió a decir—. Y siento mucho lo de tu abuelo.

Dicho eso, debía seguir su camino, pero ella no se movía, y Pablo, a pesar de intentarlo, tampoco.

—Me acordé de ti el 9 de mayo —dijo de pronto—. Quise llamarte para preguntarte cómo te había ido, pero no me atreví.

El gesto tímido y sincero que expresó su rostro lo conmovió, sin embargo, no le hizo perder el contacto con la realidad.

—Todo salió bien —repuso tan solo.

—¿La tesis y la beca?

—Sí.

—Te felicito y me alegro mucho por ti.

Él se lo agradeció, a la vez que se decidía a preguntarle si iba a volver a Italia.

—Después del homenaje que le harán pasado mañana a mi abuelo en la universidad, me iré con mi padre que ha venido al funeral. Me ha conseguido un contrato en prácticas en la embajada.

Pablo hizo un movimiento de aprobación, incluso pensó desearle

suerte y una vida feliz con su novio, pero no pudo proferir una sola palabra porque la voz se le había quedado aprisionada en la garganta. Hizo entonces el ademán de marcharse y ella lo detuvo con sus palabras.

—Quería que leyeras la carta que me dio José.

—No es necesario, son cosas privadas de tu familia.

—Aun así, después de haberte involucrado en ello creo que es justo que lo sepas.

Pablo volvió a negar, pero ella persistió en la idea y lo citó al día siguiente en la misma cafetería.

—¿A las siete te viene bien?

—Sí —contestó.

Parecía que estaba todo dicho, que debían despedirse, y ella esbozó aquella sonrisa que tanto le cautivaba.

—Te queda bien el corte de pelo.

No supo qué decir, cuando su padre se acercó a buscarla.

—Estela, *andiamo*.

Ella se dejó llevar de los hombros hacia uno de los coches aparcados, el mismo que Pablo vio en la plaza del pueblo. Al volante estaba el abogado y Celia al lado, con gafas oscuras, por lo que resultaba imposible saber si sus ojos azules se fijaban en él o en su exmarido y su hija que se aproximaban para acomodarse en el asiento trasero.

Pablo se quedó mirando el vehículo mientras se incorporaba al tráfico. Luego, como algunos curiosos ajenos al acontecimiento, echó un último vistazo a los que se dispersaban dejando vacía la escalinata que conducía a la iglesia. Entonces cambió de idea, en lugar de ir a Colón, cruzó la calle para atajar por la de Barquillo hacia Cibeles.

20

Aguardaba impaciente junto a la puerta de la cafetería cuando la vio acercarse por la acera. No llevaba ninguno de los llamativos colores que solía usar en su atuendo, aunque fuese en un detalle. Iba sobria, con vaqueros y una blusa de un estampado oscuro, con un bolso de cuero cruzado en bandolera. Se saludaron con un simple «hola», y enseguida pasaron dentro.

No había muchos clientes y pudieron sentarse al lado de la ventana después de pedir en la barra lo mismo, un café con leche. Y ambos siguieron con la vista al camarero, como rellenaba el depósito, lo encastraba en la máquina girando por el mango con un breve tirón y ponía bajo el surtidor las tazas. Entonces ella sacó del bolso un sobre blanco que a Pablo le hizo recordar su primera cita, cuando le había enseñado el broche envuelto en un pañuelo también blanco.

—No quiero leerla —dijo enseguida.

El camarero llegó en ese momento y dejó los cafés, mientras el sobre se quedaba en medio de las tazas humeantes con la espuma de leche flotando en la superficie.

—De veras, no creo que sea necesario —repitió.

Ella no hizo caso, arrastró el sobre con los dedos de uñas bien cuidadas pero sin pintar y lo detuvo a su lado, en el mismo borde de la mesa.

Pablo lo miró. Iba a negarse de nuevo pues en nada le incumbían los secretos de aquella familia, sin embargo, acabó cogiéndolo, extrayendo los dos folios que desdobló despacio. Estaban escritos a mano con tinta azul, y la letra era clara y ágil, sin tachones, como si la persona que la escribió lo hubiese hecho con seguridad y sin dudas.

Y empezó a leer, asimilando cada palabra y cada frase, mientras

Estela lo observaba en silencio.

Querido Nino, mi amado:
No es sencillo contarte lo que voy a decirte, por eso he preferido escribirlo, para que leas con tranquilidad y sin interrupciones lo ocurrido en mi vida antes de que nos conociéramos, un pasado que quise olvidar en medio de la felicidad que me diste en todos los años que hemos compartido. Pero el pasado es como una sombra que nos sigue y no podemos desprendernos de él, solo aceptarlo, aunque nos duela y avergüence. Y el mío ha resurgido con fuerza arrastrándome consigo, y no puedo seguir con mi vida sin que lo sepas tú, la persona que más me importa en el mundo.
Lo primero que debo confesarte es que mi apellido no es De Mora, sino Sánchez, por lo tanto, mi padre no era Rafael como siempre has creído, ni mi madre una cantante que me dejó a su cargo al morir. La realidad es que no conocí a mi padre y mi madre era una humilde lavandera que murió de una pulmonía agravada por la desnutrición y el frío cuando yo tenía ocho años. Mi hermana Felisa se ocupó entonces de mí, era doce años mayor que yo y también trabajaba en la lavandería, donde consiguió que me dieran un empleo. Vivíamos en una buhardilla de una sola habitación en el barrio de La Latina, hasta que mi hermana se casó con el hijo de un artesano. Se llamaba Carmelo Salazar y nunca supe a qué se dedicaba, solo que vestía bien y era amable y generoso conmigo. Me fui a vivir con ellos mientras seguía en la lavandería, y fue al cumplir los quince años cuando me percaté de la atracción que despertaba en los hombres, que me piropeaban por la calle o me pedían citas. También mi cuñado me agasajaba; había vivido algunos años en París donde, según me decía, estaban las mujeres más bellas, y que lo eran por los bonitos vestidos y las joyas que lucían porque en nada tenía que envidiarlas. Y creí sus palabras, que me daban vueltas a la cabeza mientras frotaba manchas hasta que me salían callos y sabañones en las manos.
El orgullo y la soberbia se mezclaban con el desprecio absoluto por mi propia vida, y para salir de ese mundo solo existía el camino que Carmelo me trazó. Era sencillo, debía dejarme guiar por él, tomármelo incluso como un juego del que mi hermana Felisa no tendría que enterarse. Para eso Carmelo era un maestro; le hizo creer que una señora rica

necesitaba una sirvienta de mis características y me alojó en un piso cercano a la Glorieta de Bilbao, donde vivía una amiga suya que me iría aleccionando, ocupándose de mi vestuario y maquillaje, adornándome con joyas falsas, pero que a mí me gustaban porque brillaban cuando me miraba en el espejo. Allí fue donde tuvo lugar mi transformación y mi desesperada huida de la miseria.

Me resulta difícil escribir esto, pero debo hacerlo. Carmelo hizo lo que quiso conmigo, me llevó a lugares donde debía estar «encantadora y cariñosa» con hombres a los que les gustaba seducir a una jovencita, y mientras eso ocurría, él los robaba o chantajeaba. Ninguno se atrevió a denunciarlo para no comprometer su reputación por ser yo menor de edad, y eso era lo único que puedo decir a mi favor, la inocencia de los años y mi ansia por dejar la pobreza que me pesaba desde que tenía uso de razón. Porque todo transcurría sin sentir, sin plantearme si hacía bien o mal, hasta que alguien denunció y nos detuvieron. Fue entonces cuando apareció Rafael De Mora-Torrens.

Mi cuñado le pidió ayuda. Se conocían de cuando estuvo en París y gracias a él no lo encarcelaron ni a mí me metieron en uno de esos centros de mujeres regentados por monjas. Pero aquel escándalo salió a la luz, incluso en los periódicos, y al enterarse mi hermana se deterioró nuestra relación, sobre todo porque me culpó a mí más que a su marido. Estaba celosa porque me creía enamorada de Carmelo y no era así, al contrario, lo odiaba porque había abusado de mí y me acusó ante mi hermana de haberle seducido. Felisa me echó de su casa y yo me encontré en la calle sin saber qué hacer ni dónde ir. Además, había descubierto que estaba embarazada de Carmelo, y en mi desesperación solo se me ocurrieron dos cosas: tirarme del viaducto o pedir ayuda a Rafael De Mora. Era una cobarde y no me atreví a suicidarme, así que opté por esto último y me presenté en su tienda; había aprendido mucho con Carmelo y pensaba que podría responsabilizarlo de mi embarazo, algo absurdo ya que estaba de cuatro meses.

Aun así, me acogió en su casa, con la condición de que nadie me viese con el vientre abultado. Nunca me planteé porque hacía eso, qué sentido tenía… Ahora lo sé, pero entonces no pude imaginarlo, pues él me parecía la persona más honorable que había conocido y el primero que me demostró verdadero cariño.

Di a luz en su casa, un parto difícil en el que perdí la conciencia, y cuando la recuperé el propio Rafael me comunicó que el bebé había nacido muerto. No llegué a verlo y a pesar de que el padre era Carmelo y lo despreciaba con toda mi alma, quería al ser que había sentido en mis entrañas y me sumí en una depresión que duró meses.

En todo ese tiempo, Rafael estuvo a mi lado porque de mi hermana no volví a saber, aunque quise ponerme en contacto con ella. Deduje que seguiría odiándome, que me creería culpable de la infidelidad de su marido. Y yo no solo sentía vergüenza y miedo, con diecisiete años estaba sola y no tenía donde ir, salvo seguir con De Mora y atenerme a sus condiciones. La principal era que, debido a su posición social, debía cambiar mi identidad para no comprometerlo. Así fue como me convertí en su hija, el fruto de su desliz con una cantante que al morir le había hecho asumir su papel de padre.

Gracias a sus contactos destruyó mi identidad y generó una nueva. Me convirtió en su hija a los ojos del mundo, aunque en privado era su amante, más por agradecimiento que por amor, porque después de lo ocurrido nada me importaba y Rafael me ofrecía una vida confortable, sin preocupaciones. Era mi salvador y además me enseñó todo sobre las antigüedades, hasta que llegó a apasionarme tanto como a él.

Así transcurrieron seis años. Durante ese tiempo no salía de la tienda ni me interesaba ningún contacto social fuera del negocio. Hasta que Rafael enfermó y me habló de ti. Le gustaste porque eras serio y responsable, e intuí que quería dejarme en buenas manos porque empezaba a sentir la muerte cerca; había dejado de ser un amante celoso para convertirse en un auténtico padre que se preocupaba por su hija. Y yo no tenía ganas de conocer a nadie, sobre todo porque no me sentía digna de que alguien me amase después de la vida que había llevado. Sin embargo, cuando te conocí, todo cambió.

Recuerdo tus ojos tímidos, la sonrisa apenas dibujada, tu voz fuerte que evitabas elevar para no parecer que querías imponerte, como me tendías la mano cada vez que nos veíamos… La primera vez que la sentí en la mía lo supe, me enamoré y sé que a ti te pasó lo mismo conmigo, que supiste que lo que había surgido entre nosotros ya no tenía vuelta atrás. Por eso me resultó fácil olvidar. Nadie conocía mi historia, al menos nadie que quisiera contarla, porque ante

todo yo era Teresa De Mora, la hija del anticuario.

Pero detrás existía algo que no llegué a saber hasta hace poco: el bebé no murió en el parto, y fueron Rafael y mi hermana quienes lo hicieron desaparecer para mí, cada uno por distintas razones que puedo imaginar. Lo dieron en adopción a un matrimonio del pueblo al que mi hermana se había ido a vivir, con un pacto de silencio que Carmelo quiso romper, y Rafael, para evitarlo, lo empleó en sus negocios. Luego supe que lo chantajeaba, amenazándolo con decirme lo del niño. Rafael debió temer que lo abandonaría si me enteraba y puede que acabase matándolo, no lo sé, pero el caso es que no supe más de él ni de Felisa, hasta que hace tres años mi hermana me llamó. Estaba muy enferma, y los remordimientos le acuciaban; quería verme para contarme lo ocurrido, lo que habían hecho entre los tres, ocultarme a mi hijo y hacerlo pasar por muerto cuando en realidad vivía.

Ese hijo se llama José, un hombre humilde con familia al que, desde que supe de su existencia, intento ayudar, aunque aún no le he dicho que soy su madre. Antes quiero que lo sepas tú, la persona que más amo en el mundo.

Pablo dejó de leer, aunque aún quedaba un párrafo antes de la escueta firma con una línea subrayando el nombre de Teresa. Alzó entonces la vista hacia Estela y no pudo evitar exclamar un «¡vaya!», al tiempo que guardaba las hojas en el sobre.

—Supongo que la leyó tu abuelo.

—Se la leí yo porque él no podía —dijo ella—. Fue una revelación para ambos, aunque muchas de las cosas las había averiguado tras su muerte cuando encontró unos papeles que le hicieron sospechar. Contrató a un detective privado que averiguó que Rafael De Mora no era su padre y que había cometido delitos con su cuñado, además de que su verdadero apellido era Sánchez. Pero lo más importante, lo de José, no lo sabía. Lo único que tenía era su nombre, por eso te pidió que le llevases a ese pueblo, él le daría respuesta a sus dudas.

—Que al final no quiso aclarar —apuntó Pablo.

Estela afirmó con la cabeza y guardó el sobre en su bolso.

—Si hubiese entrado en la casa de José, le habría dado la carta, habría sabido la verdad y puede que… no sé, quizá si hubiese leído la carta antes, no le habría dado el segundo ataque, todo lo que tenía en su cabeza, lo que le angustiaba y torturaba… Nada de eso quiso compartirlo con nadie y se convirtió en una obsesión. De ahí

sus arranques de mal humor y las discusiones con mi madre. La verdad era terrible, pero aún peor lo que él temía, que ella…

No pudo más, se le humedecían los ojos y tardó unos segundos en serenarse antes de continuar.

—Cuando le leí la carta lo entendió todo, supo que no debió cuestionar su amor, que a pesar de todo era lo único importante y el resto, por duro que fuese…

Se detuvo ante la imagen que le llegaba de su abuelo y sus labios ajados pronunciando el nombre de su mujer.

—Es una historia complicada —dijo Pablo—. Debió ser difícil para tu abuela, no tenía muchas opciones en aquella época.

—Casi es como un culebrón de telenovela. —Esbozó una tenue sonrisa.

—¿José lo sabe? —preguntó él.

—Aún no.

—¿Y se lo diréis?

Estela se colocó detrás de la oreja el mechón de pelo que le caía hacia la cara.

—Es mi madre la que se niega a hacerlo, quiere que me deshaga de la carta para que todo siga como antes, y eso ya es imposible.

—¿Qué opina tu padrino?

—Max no quiere llevarle la contraria, pero sé que opina lo mismo que yo, que José tiene derecho a saber la verdad.

—Iría en contra de los deseos de tu abuela —dijo Pablo—. Al menos eso he entendido, que solo esperó porque quería que tu abuelo fuera el primero en saberlo.

—Yo también lo creo así.

—Puede que tu madre se sienta amenazada de alguna forma, o quizá la avergüence —se le ocurrió decir, y ella hizo un claro gesto de asentimiento.

—Pienso igual que tú. Max me dijo que destruyó los papeles de la investigación del detective para que no se enterase, la conoce y sabe lo duro que sería para ella saber la oscura procedencia de su madre. Y no solo eso, estoy segura de que si mi abuela viviese no la perdonaría.

—¿Qué harás entonces? —preguntó de nuevo.

Su gesto fue resolutivo.

—Intentaré convencerla, pero si no lo consigo, lo haré sin su consentimiento.

A él le admiró su determinación, y se acordó de pronto del broche, por el que le preguntó.

—Hubo dudas sobre su autenticidad, pero lo es, y muy valioso

—contestó—. Con lo que sé ahora pienso que el cuñado de mi abuela debió robárselo a Rafael De Mora y este lo recuperó cuando lo mataron y se lo regaló a ella. Una historia bastante aterradora si se piensa, y mi madre tiene un comprador, un coleccionista que está deseando hacerse con él.

—Pero es tuyo.

Estela se alzó de hombros.

—Da igual, y prefiero que sea así. Mi abuela renegó de muchas cosas de su pasado y el broche fue sin duda una de ellas, una especie de símbolo maldito. Por eso entiendo que lo guardara en la caja fuerte y no volviera a ponérselo; algo debió encajar en su historia que no le gustó. —Hizo una mueca de resignación—. No sé qué habría hecho al final con él, pero le servirá a mi madre para saldar las cuentas de la tienda y deshacerse a la vez de un mal recuerdo. Y yo, con tal de que no venda el Sorolla…

Se quedó en silencio y apoyó los codos sobre la mesa, ocultando la cara entre las manos. Pablo sabía que lloraba, e hizo un amago de levantarse y ponerse a su lado para rodearla con el brazo y darle un consuelo de amigo. Sin embargo, no pudo, y al cabo de unos segundos ella separó las manos limpiándose las mejillas.

—Lo siento, no puedo dejar de pensar en cosas… aunque al menos pude despedirme y estar a su lado. Con mi abuela no, desapareció sin llegar a saber si él la habría comprendido y perdonado.

Pablo lo entendía, le había pasado lo mismo con su padre y su muerte repentina.

—Es normal que te sientas así, todo es muy reciente.

Ella afirmó con un movimiento de cabeza y lo miró; tenía los ojos más azules y brillantes que nunca.

—Cuando le leí la carta, volvió a ser mi abuelo, el que yo conocía. Le costaba mucho hablar, pero se esforzaba en hacerlo y empezó a hacer planes para cuando se recuperase; entre ellos quería terminar un trabajo sobre los asentamientos vetones en el sur de Ávila, incluso planeaba visitar una excavación que había promocionado en esa zona. —Sonrió abiertamente, mirándolo—. Me dijo que volvería a contratarte como secretario porque le habías demostrado que eras de fiar al cumplir tu palabra y no decirle nada a mi madre.

—Pero la rompí cuando te lo dije a ti.

Ella esbozó una tenue sonrisa.

—No le importó. Gracias a eso obtuvo la verdad y un alivio que estoy segura le habría gustado agradecerte.

Su tono de voz pareció emocionado y aquellas palabras casi lo conmovieron, pero no hasta el punto de olvidarse de su propia decepción.

—Tu padrino el abogado también conocía la dirección de ese hombre. Se presentó en su casa y te volviste con él.

Ella tardó unos segundos en replicar.

—Ya te conté el motivo. Tenía que regresar enseguida al saber que mi abuelo había recuperado la consciencia. Además, a él nunca le hubiese dado la carta de mi abuela.

Y volvió a quedarse en silencio. Cogió uno de los azucarillos y quitó el papel, echándolo en el café y revolviendo, luego se llevó la taza a los labios.

—Se ha quedado frio —murmuró, dejándola de nuevo en el plato.

—¿Quieres que te pida otro?

—No —se apresuró en contestar—. No tengo tiempo, he quedado con unas amigas para despedirme.

Él no supo que decir; Estela miraba por la ventana, después a su reloj, moviéndose inquieta en el asiento.

—Tengo que irme —dijo, sin embargo, seguía allí, con la vista fija en la taza, hasta que la alzó hacia él—. No me gusta despedirme así, sin decirte… —Se detuvo, como si las palabras se resistiesen a salir de su boca.

—No te vayas —le rogó, cogiéndola de una mano que ella retiró enseguida, como si le hubiese dado calambre.

—Tengo que hacerlo —murmuró.

—¿Por tu novio?

—No… él no es… pero tengo que verlo para aclarar las cosas.

Pablo se sintió renacer.

—Intentémoslo, Estela, sabes que yo…

—No lo digas, por favor —lo cortó, girándose para alcanzar su bolso.

Pablo contempló su gesto, como pasaba el asa por la cabeza hacia el hombro y se lo ponía en bandolera, mientras a él lo invadía una sensación de malestar y de angustia que no podía expresar con palabras. Solo como un autómata se puso en pie a la vez que ella.

—¿Volverás? —preguntó.

—Tengo las prácticas hasta agosto.

—¿Y luego?

—Luego tendré que plantearme muchas cosas respecto al futuro, si quedarme en Milán o venir. Max me ha vuelto a proponer lo de su despacho, pero seguramente se casará con mi madre y sería raro

trabajar para mi padrastro.

—Puedes hacerlo en otro sitio, tienes más opciones.

—Sí, supongo que las habrá.

Lo miró de pronto con una intensidad que iluminó su rostro, pero no habló. Adelantó el cuerpo, le dio un beso en la mejilla y salió precipitada del local.

Él continuó en la misma postura unos segundos, viendo impotente como detenía un taxi y entraba. Se dejó caer en el asiento y miró su café del que no había probado ni gota, con la espuma de leche ya disuelta. Sabía que estaría frío, aun así, echó el azucarillo y removió despacio, observando la calle a través de la ventana. A pesar de la hora, se veía con nitidez porque los días iban siendo más largos a medida que se acercaba el verano.

21

Llevaban meses sin ver a César, y su madre le propuso ir a visitarlo. También a él le pareció buena idea. Estaba deseando comprobar con sus propios ojos como se encontraba su hermano y no solo por llamadas telefónicas.

En la estación de Plasencia tomaron otro autobús menos confortable que los llevó durante tres cuartos de hora por una carretera sinuosa en mal estado. Pero al fin llegaron, ya era mediodía y nada más bajar vieron a César que les esperaba bajo la sombra de una marquesina, a la entrada del pueblo.

Su madre no pudo reprimirse y lo abrazó enseguida, sollozando de alegría, llamándolo «mi niño» hasta que terminó de desahogarse y se separó para mirarlo con más detenimiento.

—¡Qué guapo estás! —exclamó orgullosa, recorriéndole de arriba abajo con los ojos inundados por las lágrimas—. Has engordado y estas más moreno, y también has crecido.

—El aire libre —repuso él riendo.

Pablo saludó a su hermano con un abrazo, y aunque no fue tan efusivo como el de su madre, estaba sorprendido de su aspecto. No solo le parecía mayor, también le veía más saludable, sin la cara demacrada y el rictus desdeñoso de los últimos tiempos. No tenía los ojos enrojecidos ni se le marcaban los huesos del pómulo, más aún, le enseñaba con expresión satisfecha las manos, con las palmas callosas y ásperas de trabajar con ellas.

—Ahora soy un hombre de campo.

—Pues te pega; nunca te había visto mejor.

Y por un instante a Pablo le llegó la imagen de los dos traficantes, cuando le dijeron que le diese recuerdos de su parte. Desde luego no pensaba hacerlo, como tampoco le diría nada sobre la deuda que había tenido que pagar por él, ni la implicación

indirecta en la acusación por robo. Tanto César como su madre no lo sabrían nunca; como el caso de los Esquivel, era otro capítulo cerrado.

Antes de caer la tarde los dos hermanos fueron a dar una vuelta por el camino de tierra que entre vallados iba hacia el monte, donde César le hizo fijarse en las cajas de madera de colores que contenían los panales.

—No tenía ni idea de apicultura y todo era nuevo para mí. Lo de la reina, las obreras que recolectan el néctar y lo llevan a la colmena, los zánganos... —Se rio con ganas— ¿Sabías que los zánganos cuando cumplen su misión de tirarse a la reina los expulsan de la colonia? Porque si no se van, se los cargan. Son unos bichos asombrosos —acabó diciendo, y se quedó como abstraído mirando hacia el monte.

—Entonces, ¿estás bien aquí? —le preguntó Pablo, aunque intuía su respuesta.

—Mejor que bien —contestó enseguida y se volvió a mirarlo—. Nunca imaginé que pudiera vivir así, y si alguien me hubiese dicho que me gustaría, te juro que me habría reído en su cara.

—Pues me alegro de que te guste.

—Me siento como en casa, aunque no sé si a mamá le parecerá bien que quiera quedarme. Porque lo he pensado mucho y no voy a volver al barrio. Los amigos que tenía me dieron de lado cuando me enganché y sé que hicieron bien. Me convertí en una basura y era mejor alejarse de mí. Luego la gente que conocí, las cosas que hice como cogerle dinero a mamá y a ti cuando te robé el radiocasete para venderlo y conseguir coca... Llegué a hacer cosas que no puedo ni sería capaz de contarte porque…

—No hace falta que me cuentes nada.

—Pero me gustaría pediros perdón, agradeceros a mamá y ti… si no llegabais a ingresarme en el centro de desintoxicación, habría acabado de mala manera.

—Olvídalo, César, fueron errores del pasado que has logrado superar. —Le puso una mano en el hombro—. Eso es lo que importa, que está superado. Y no te preocupes, tanto a mamá como a mí solo nos interesa que estés bien. Si esto es lo que quieres y estás seguro de tu decisión, pues adelante.

—Lo estoy, Pablo, aunque os echaré mucho de menos.

—¡Tampoco esto es el fin del mundo, aunque lo parezca! —exclamó mirando a su alrededor—. Además, no me extraña que te guste; es un sitio precioso.

—Y eso que no lo has visto en primavera, cuando florecen los

cerezos. Es un espectáculo, parece como si hubiese nevado.

—Cuando ahorre compraré un coche y vendremos a verte con más frecuencia.

—¿Se acabó de escacharrar el de papá?

—Tenía demasiados kilómetros, ya sabes que le fallaba la transmisión y no entraban bien las marchas, y para remate empezó a quemar aceite. Tuve que llevarlo al desguace y me dio mucha pena. Me acordaba de cuando éramos pequeños y hacíamos excursiones los domingos.

—Y nos perdíamos casi siempre —se rio César—. Tú discutías con papá y él decía: «Mi instinto me dice que es por aquí». —E imitó la voz de su padre con el acento extremeño que nunca perdió a pesar de los años.

—Yo miraba el mapa y él jamás lo hacía —continuó Pablo—, y con su instinto casi acabamos en Burgos cuando íbamos al Escorial.

—Era un caso. —Por un momento se puso serio—. Me acuerdo mucho de él, y más ahora que estoy en su tierra.

—De la que tuvo que irse para ganarse la vida y escapar de la pobreza.

—Es cierto, y resulta curioso que yo haya venido para recuperarme y que al final sea mi sitio. Pero no nos pongamos melancólicos y cuéntame, ¿qué tal por el barrio?

Por unos segundos volvió a acordarse de Boris y de su colega, el de la chaqueta de cuero.

—Todo como siempre.

—¿Y Óscar?

—Bien, no sé si te dije que va a ser padre.

—No, felicítalo de mi parte.

—Lo haré.

—¿Y el trabajo qué tal?

—Estupendo, el ambiente es inmejorable y yo estoy en el área de Ciencias y Tecnologías Físicas. Me asignaron a un proyecto de investigación sobre propiedades y resistencia de materiales.

Le habló entusiasmado sobre eso, aunque su hermano no entendía ni una palabra y acabó cortándolo para preguntarle de pronto:

—¿Y esa chica de la que me hablaste, la nieta del viejo para el que trabajabas?

Él tardó en contestar. En ese momento se arrepentía de haberle hablado de Estela.

—No pasó nada —acabó diciendo.

—Si era como el estirado con el que me crucé en la escalera de

su edificio, casi mejor.

Aquel comentario de su hermano lo hizo pensar si sería por eso, si Estela lo consideraría inferior por proceder de una familia humilde. Pero lo desechó enseguida, y no por lo que conocía del pasado de su abuela. Sabía que ella no era clasista como su madre y que jamás minusvaloraría a nadie por esos motivos. Que si no había correspondido a su amor era única y exclusivamente porque no sentía lo mismo que él.

Empezaba a ponerse el sol tras el monte y habían decidido darse la vuelta para regresar.

—¿Te ocurre algo? —preguntó su hermano al verle cabizbajo.

—No —contestó, sin apartar la vista del suelo y de las huellas que habían quedado marcadas sobre la arena.

—¿Es por esa chica?

Ante su silencio César insistió.

—Vamos, tío, cuéntamelo. Yo te he dicho lo de Ángela.

Su hermano le había presentado a una chica del pueblo con la que había empezado a salir y estaba muy ilusionado con aquella relación.

—No es lo mismo, César, ella te corresponde. Es algo mutuo entre vosotros.

—O sea, a ti te gustaba, pero ella…

—Tiene novio, eso es todo.

Pablo notó la mirada consoladora de su hermano.

—Lo siento —murmuró.

—Da igual.

Y se giró un momento para ver como el sol se ocultaba tras el monte y dejaba el cielo teñido de un color anaranjado y violeta.

Entonces miró de nuevo a César.

—Fue culpa mía. Creí lo que no era.

22

Era el primer partido de la temporada, y no solo ellos, también el rival —los vigentes campeones de aquella liguilla de aficionados— querían empezar con buen pie. Eso hizo que el encuentro fuera reñido hasta el último minuto, donde un tiro separaba la victoria de la derrota. Pablo, encerrado entre dos defensores que le impedían dar un buen pase, tuvo que lanzar a la desesperada. El balón dio en el tablero y tras un bote acabó entrando en el aro, justo en el instante que la bocina resonaba con estrépito. El encuentro terminaba y habían conseguido el triunfo. Y Pablo se sintió un héroe al recibir los abrazos efusivos de sus compañeros y los aplausos del público desde las gradas.

La celebración continuó en los vestuarios, festejándola como si hubiesen ganado el campeonato. Porque si habían ganado a los campeones significaba que tenían aspiraciones reales de quedar entre los primeros. Esa era la opinión general, de lo único que hablaban a medida que salían del vestuario para ir juntos hacia el bar de Paco.

Pablo, por su parte, esperaba a los más rezagados repasando el acta del partido con otros dos compañeros. Sus números eran dieciséis puntos; no estaba nada mal, y en especial su protagonismo en el tiro que les había dado la victoria.

—¡Álvarez! —lo llamó Enrique, que siempre lo nombraba por el apellido para diferenciarlo del otro Pablo.

Él alzó la vista.

—Hay una tía que pregunta por ti.

—¿Por mí?

—¿Y está buena? —preguntaron a coro sus dos compañeros.

—Como un queso —contestó Enrique.

Acababan de salir los que quedaban en el vestuario y parecía

que aquello se había convertido en el centro de la atención y las bromas, en tanto a él le recorría algo parecido a un calambre que lo hizo ponerse en pie. Cogió su bolsa y sin decir palabra salió seguido por los demás. Incluso Mario, que era el más lento, se precipitó tras ellos mientras intentaba calzarse la zapatilla para no perderse el acontecimiento.

Sentada en el banco de piedra que recorría la zona de entrada al pabellón estaba Estela. Llevaba un sencillo vestido veraniego, sandalias de tacón y colgado del hombro un bolso de un llamativo color rojo.

Nada más verlo se levantó, sonriéndole a la vez que hacía un gesto de saludo con la mano, tan natural que por un segundo le hizo dudar si tenían una cita.

—Sí que es guapa —oyó a su espalda.

—El cabrón del Pablito, que callado se lo tenía —y reconoció la voz de Antolín; no podía decir una frase sin meter algún taco.

Se volvió un momento. Todos se agolpaban tras él, pero solo atendió a lo que le decía Óscar.

—Supongo que no te vienes donde Paco.

Él negó con la cabeza, y sin más fue hacia ella que, aunque no oía los comentarios, empezaba a sentirse intimidada con tanta atención.

—Vamos a otro sitio —le dijo, tomándola del brazo.

Ella se dejó llevar, y Pablo la hizo caminar tan deprisa que estuvo a punto de tropezar varias veces porque el tacón de sus sandalias se metía una y otra vez entre las rendijas de las baldosas. Dieron la vuelta al pabellón, en dirección opuesta a la que tomaron sus amigos para ir al bar, hasta detenerse en la zona arbolada que se extendía ante la carretera. Había un banco lleno de pintadas y algunas hojas secas, sobre el que dejó su bolsa.

Ninguno hizo el amago de sentarse, solo se observaban en silencio hasta que Estela lo interrumpió.

—Te llamé y tu madre me dijo que jugabas un partido. Le pedí la dirección y cuando llegué acababa de empezar el último cuarto según me dijo el chico al que pregunté, así que estuve viéndolo. No entiendo las reglas del baloncesto, pero fue muy emocionante. Te aplaudí a rabiar, sobre todo cuando metiste la última canasta. —Y sonrió al decir—: La gente comentaba que era increíble, que pocos pueden hacer algo parecido.

—Pura suerte —repuso con modestia, aunque por un instante también sonrió orgulloso. Hasta que fue consciente de lo que pasaba, de la contradicción que suponía preguntarse qué hacía allí

mezclada con la inmensa emoción de contemplar de nuevo sus ojos azules. Y estaba preciosa, más de lo que recordaba.

—Te sorprenderá verme y lo entiendo —dijo adivinando su desconcierto—. Seguro que no esperabas… y yo tampoco creí… pero ya ves, estoy aquí.

—Pensé que te quedabas en Italia y que nunca más…

No pudo seguir, le temblaba la voz y ella sonrió alzándose de hombros.

—Yo también, pero llegué hace dos días y el lunes empiezo a trabajar con Max.

—¿Y qué quieres de mí? —preguntó enseguida, casi con brusquedad.

—Bueno, es que quería proponerte que vinieses conmigo al pueblo el próximo fin de semana, voy a llevarles la carta a José y a Meri, y a contarles la verdad.

Pablo no dejaba de mirarla perplejo, y ella pareció perder su seguridad.

—Si no quieres venir, lo entendería. Me lo merezco por haberte tratado como lo hice y, además, seguro que tienes otros planes, algún partido o…

—Para ir allí no me necesitas —la interrumpió—, puede llevarte tu padrino.

Lo dijo en un tono seco, incluso dio a sus palabras un intencionado tinte de desprecio que ella notó, pero pasó por alto.

—Max no puede, está ocupado con la boda —dijo y sonrió abiertamente—. Por fin se casan mi madre y él a finales de octubre.

Pero Pablo no se inmutó. Seguía serio y no le importaba lo más mínimo aquel acontecimiento que a ella le ilusionaba.

—Además prefiero ir contigo —volvió a decir ante su silencio, dejando que su sonrisa se diluyese lentamente.

—Va a hacer cuatro meses que no te veo —repuso él como si no hubiese escuchado lo que acababa de decirle—. La última vez en la cafetería, donde te despediste de mí dándome a entender que no nos veríamos más y ahora… ahora te presentas de pronto y me vienes con lo mismo, y piensas que voy a ir detrás de ti como un perrito… ¿Es que no tuviste bastante y quieres seguir tomándome el pelo?

Ella negó bruscamente.

—Te equivocas, ni antes ni ahora. No pretendo eso que dices, además estos meses tampoco han sido fáciles para mí. La muerte de mi abuelo me afectó mucho. No podía tomar decisiones, fue duro y…

—¿Solo para ti? —la cortó exaltado—. Me enamoré y pensé que sentías lo mismo que yo porque eso me hiciste creer, pero solo fue un plan para tenerme a tu disposición y luego darme la patada. Me quedé hecho polvo, y si no hubiese sido por el trabajo, me habría sentido como una mierda porque…

No pudo seguir, ni siquiera mirarla, y volvió la cara hacia la carretera y el tráfico. Hasta que escuchó su voz.

—En cierta forma puede que hiciese eso. Sé que no fui sincera contigo, pero tampoco tenía intención de mentirte. No lo planeé.

Pablo la miró de nuevo, aunque seguía sin poder hablar.

—Estaba bien contigo —continuó ella—, cada minuto que pasamos juntos. Lo que sentí cuando estábamos en casa de Meri y nos besamos… Todo fue real, solo que me asusté al descubrir que también me gustabas… y tenía que estar segura, debía hablar con Fabio, averiguar si existía algo todavía y lo que empezaba contigo no era más que una confusión. Pensaba que al irme y no verte aclararía las cosas, porque ante todo quería estar segura de cuales eran mis sentimientos.

—¿Y lo sabes? —preguntó nervioso.

—Por eso he venido.

Le explicó con calma lo que había ocurrido esos meses, como había intentado organizar su vida, que tras las prácticas se había ido con su padre a Bruselas donde había estado trabajando para la embajada.

—Cuando volví a Milán comprendí que no pertenecía a ese lugar. Había roto definitivamente con Fabio y sabía por fin lo que quería, que era estar contigo. —Y lo miró con cautela—. Pero si tú ya no sientes lo mismo por mí, si me habías olvidado…

No dejó que continuara. Llevó una mano a su mejilla y la acarició despacio.

—Sabes que no —dijo a media voz.

—Entonces, ¿por qué tienes esa actitud tan distante conmigo?

—No quiero volver a ilusionarme, creer que sientes lo mismo que yo y pegármela por dar el primer paso.

Ella se rio con ganas y le enlazó los brazos al cuello.

—No te preocupes —le susurró, uniendo sus labios a los suyos—. Esta vez lo daré yo, y estaré encantada de hacerlo.

Epílogo

> Mi querido Nino, sé que cuando leas esta carta la sorpresa no te dejará pensar lo difícil que ha sido todo para mí. Quiero que sepas que nunca quise hacerte daño y que con mi confesión no solo espero tu perdón, también tu comprensión y la seguridad de que, si no hubieses entrado en mi vida, yo sería distinta. Tú hiciste que todo tuviera sentido, que fuera plena al darme la oportunidad de rehacerme, de dejar de ser la hija del anticuario para ser tu esposa. Esa ha sido mi mayor felicidad.

Teresa no se limpió las lágrimas que le corrían por el rostro. Recordaba aquel último párrafo de su carta y sintió la necesidad de verla. Encendió la luz y aferró el volante con la mano izquierda mientras que con la otra sacaba del bolso la carpeta de piel que abrió con dificultad. Por el rabillo del ojo miró sus papeles, pero no veía el sobre blanco donde había escrito «Nino»; solo estaban las facturas y los folletos de la feria de antigüedades. Volcó nerviosa el contenido en el asiento y parte cayó al suelo, entre otras cosas, la funda de las gafas y el estuche con sus cosas de aseo que se quedó entre el asiento y la palanca de cambios. Revolvió en aquel caos, apartando la agenda, las llaves y el cuaderno de notas. Fue inútil, no estaba allí. Tampoco en el compartimento de la guantera que abrió con dificultad, donde guardaba su documentación y las tarjetas. Por un instante hizo memoria, cómo le daba el sobre con el dinero a su hijo José, además de los documentos para formar la sociedad. La carta para su marido, la que pensaba entregarle esa misma noche y que tanto le había costado escribir, debió mezclarse con estos. Aún incrédula, volvió a revisarlo todo. Nerviosa, impaciente… Perdió de vista la carretera. Solo un segundo. Lo último que vio fue el fogonazo de los faros de un coche antes de

estrellarse contra la mediana.

¿Cómo un licenciado en física que prepara su tesis acaba envuelto en una acusación por robo y haciendo tratos con delincuentes?

Es lo mismo que se pregunta Pablo cuya vida, ya de por sí complicada, da un giro inesperado cuando empieza a trabajar para don Saturnino Esquivel, un catedrático de Historia jubilado.

Pablo tendrá que acostumbrarse al carácter arisco y desconfiado del anciano, también al trato con su hija Celia que no deja de incitarle para que le informe de los movimientos de su padre. El catedrático se comporta de forma extraña desde que su mujer —la hija de un famoso anticuario— murió en un accidente. Pero todo marcha con relativa normalidad hasta que don Saturnino le pide que le acompañe a un viaje del que no debe enterarse a nadie, y menos aún su hija. Un viaje que acabará con don Saturnino en el hospital, y con Pablo inmerso en una complicada trama familiar y la desaparición de un valioso camafeo del que Celia Esquivel le hará responsable.

Es entonces cuando Pablo conoce a Estela, la nieta de don Saturnino, la misma joven que no dejaba de contemplar en la foto que tenía su abuelo sobre la mesa del despacho y por la que se siente atraído. Tanto, que por ella acabará involucrándose más de lo que hubiese imaginado.

Ana I. Martín nació en Valdeverdeja (Toledo). Vive en Ferrol-La Coruña. Está casada y tiene un hijo. Cursó estudios de Diseño e Ilustración en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, y de Relaciones Laborales en la Universidad de Ferrol-Coruña. Trabajó como pintora de paisajes al óleo. Le gusta leer y la escritura es una de sus pasiones. Para Elisa será su primera novela publicada.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Ana I. Martín
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-005-9

Composición digital: Plataforma de conversión digital